

GUILLERMO ESTIBALLES



OTRA LUNA  
ENTERRADA

LA VIDA DE TRES AMIGOS, DE TRES AMORES;  
TRES PASIONES VELADAS, OCULTAS TRAS LOS MUROS  
DE UN MODESTO HOGAR EN UNA VILLA VALENCIANA  
A FINALES DEL SIGLO XIX.

# **OTRA LUNA ENTERRADA**

**GUILLERMO ESTIBALLES**



**Rocaeditorial**

© 2020, Guillermo Estiballes

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

**[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)**

**[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)**

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418014277

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

## **OTRA LUNA ENTERRADA**

Guillermo Estiballes

*LA HISTORIA DE ESPAÑA SE HA CONSTRUIDO SIEMPRE SOBRE SILENCIOS  
ENTERRADOS.*

*UNA NOVELA QUE DA VOZ A LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA.*

*UNA VILLA VALENCIANA EN EL SIGLO XIX LLENA DE SECRETOS Y MISTERIOS.*

*UNA OBRA QUE ILUMINA LA HISTORIA OCULTA DE LOS MASONES EN ESPAÑA.*

Buñol (Valencia), siglo XIX. Teodoro el judío, Julia la gitana y Alberto el andaluz se conocen desde niños y, por avatares del destino, sabiendo aprovechar un horrible suceso acaecido a la muchacha, Teodoro y Alberto consiguen llevar su amor al término que siempre desearon. Así pues, los tres consiguen convivir bajo el mismo techo en una sociedad rural que, a priori, no admite una relación entre dos hombres. Pero el destino es un traicionero bastardo y pronto los problemas tocarán a la puerta en esta inusitada familia, pues en el pueblo vive Roberto Cotino, hijo pródigo de un poderoso empresario que, obsesionado con la muchacha y enemistado desde antaño con el judío, sacudirá los cimientos hasta desbaratar sus planes de felicidad y convivencia.

*Otra luna enterrada* constituye una atmósfera de fábula con tintes lorquianos donde la naturaleza tiene voz propia. Una obra pincelada con las luces y oscuridades de los primeros librepensadores españoles, en una tierra que se recupera después de más de cincuenta años de guerra civil, mientras avanza a traspies ante el cambio social y tecnológico de aquella no tan lejana época.

### **ACERCA DEL AUTOR**

**Guillermo Estiballes** (Bilbao, 1980) ganó en 2016 el IV Premio de Novela Tandaia con su ópera prima *Imagina que eres Dios (una historia de rabia)*. Desde entonces ha publicado dos novelas más y colaborado en proyectos musicales, cinematográficos y radiofónicos con alguno de sus relatos. Ha sido también miembro fundador de la compañía de teatro independiente La Lotería (Logroño, 1995-2001).

### **ACERCA DE LA OBRA**

*Una novela costumbrista sobrenatural que ahonda en las raíces enterradas de la intrahistoria española.*

Al Capi,  
por inspirarme con su regalo.

A Carol,  
por empujarme con su ímpetu.

La vida y las relaciones  
pueden resultar tejido o maraña.  
Reconozco que siento cierta insana atracción  
hacia el espacio enrarecido  
de mi instinto.

Me equivoco a menudo  
pero otras veces no y eso,  
eso sí que da miedo.

*Poesía de Combate, INMA LUNA*

Muchos dirán que el pasar del tiempo es una condena, una cruz bestial que se arrastra por el suelo y asola todo aquello que toca. Lo abate, lo machaca y tritura dejando solamente polvo, escoria y un rastro en forma de surco yermo y profundo.

Otros, los menos melancólicos, afirmarán de forma jocosa que, al menos, el tiempo mejora los caldos, los vinos y brebajes espirituosos para el deleite de paladares. Que a las personas las hace más sabias, más calmas y reflexivas; que el ciclo de la vida se hizo con esa intención y que así debe ser para el bien de la humanidad.

Pero en realidad el tiempo es algo que, queramos o no, se nos escapa de entre los dedos como una maraña de hormigas inquietas, que nos muerden en su huida y saltan al vacío sin pensar ni conocer qué habrá más abajo. No les afecta. Ellas se esfuman correteando con sus patitas queratinosas y no importa si atrapamos alguna y la aplastamos, el resto continuará su transitar sin mirar atrás, sin preocuparse por quién o quiénes se quedan en el camino.

Así es el tiempo.

Afecta a todas las formas de vida que pisan esta tierra, todos y cada uno de los seres nacen y mueren, dejando apenas un rastro que termina borrándose en el transcurrir de las eras incontables.

Sin embargo, hay un ente que opone resistencia desde el albor del tiempo: la naturaleza. Ella utiliza esa cadencia eterna del pasar de las horas, los días, las estaciones, para medrar y hacerse más grande, poderosa, frondosa y viva. Y aunque el hombre persiste en adueñarse de su territorio, empecinado en explotar su madera, sus esencias y savias, finalmente este caerá, igual que cayeron otros antes, para dejarla continuar con su obra, haciendo de nuevo grandes los bosques, poderosos los robles, sinuosos los ríos, crujiente la hojarasca, frescos el musgo, los líquenes y los hongos que habitan bajo tierra.

La historia que ahora empieza lo hace en uno de esos lugares mágicos y sempiternos, un bosque que antaño conoció la virtud de ser salvaje, inexplorado, tan espeso y antiguo como las piedras y la tierra que sustentan su suelo. Un bosque primigenio en el que aún en aquella época que empezaba a ser moderna, los rumores y supersticiones contaban historias de hadas y duendes, de serpientes mágicas y árboles errantes. La historia que hoy comienza abre su telón en un calvero amplio y llano cercano a la linde oeste, rodeado de álamos, enebros, carrascas y algarrobos.

## *Buñol, julio de 1875*

Una nebulosa blanquecina, ahora niebla temprana, ahora humo de rescoldos de las hogueras que la pasada noche iluminaban el caótico campamento, se extiende por el claro sin levantar apenas un metro del suelo. El vapor de cafeteras, cazuelillas y cacharros puestos al fuego a calentar el desayuno de los feriantes se suma a la tranquila atmósfera, mezclando sus aromas a café y hierbas salvajes con el olor metálico de la tierra húmeda, la paja seca y el estiércol aún caliente de las bestias que tiran de los carromatos.

Esta tarde se abre la feria ambulante y los comerciantes y titiriteros preparan con calma sus productos, cepillan los caballos enanos, planchan sus lucidos ropajes, revisan los maquillajes, pelucas y disfraces... un ritual que repiten cada mañana. Hay que tenerlo todo a punto para el gran público.

Sin embargo, el director de marionetas aún no ha salido de su carruaje de madera. El vagón que le sirve de hogar y taller en sus viajes permanece cerrado con celo, pues contiene uno de sus mayores inventos: algo sorprendente y novedoso, última tecnología, casi mágica, que hará que grandes y pequeños se acerquen a su puesto, emocionados, quizá temerosos, y paguen buenas monedas por el espectáculo que tiene preparado. A sus pies, un baúl de grandes dimensiones guarda algo más de un centenar de réplicas a escala reducida de su invento, y del muelle que conforma el cuello de cada uno cuelga un papelito recortado con el precio convenido: 5 reales.

No muy lejos de allí, un pueblo a dos niveles. Una villa antigua por la que pasaron varias culturas. Conquistada, asediada y derrotada por el enemigo que, tras las contiendas, hizo suyas sus murallas, su castillo y plaza de armas, sus calles serpenteantes y estrechas, laberínticas.

Un pueblo grande en aquel tiempo, rico en industria papelera, batanes, molinos harineros, talleres artesanos de madera, cuero y telas de mil variedades. Un pueblo de tierra fértil, regado por las aguas de tres ríos: el Mijares, el Juanes y el que da nombre a la localidad, el río Buñol.

Es domingo y las gentes de Buñol, en su mayoría, están escuchando la oración que el cura tiene a bien contar en cualquiera de sus dos parroquias. Pocas o ningún alma se deja ver en sus calles regadas por cientos de fuentes. Además, el sol de julio y el aire de poniente que lleva día y medio soplando sin tregua hacen que pasear se convierta en un verdadero martirio de calor y sequedad. Solo dos figuras se intuyen callejear por los rincones sombreados de las paredes encaladas. Dos figurillas menudas, la una más que la otra, ascienden la loma del castillo, atraviesan su plaza de armas y continúan para salir a la gran avenida de Las Ventas, cruzar el puente del barranco y salir del centro urbano por la carretera que lleva al vecino pueblo de Godelleta.

—... y Pedro el Gordo dice que hay un hombre máquina que hace cosas increíbles.

Teo, el más alto de los dos, marca el ritmo de la marcha a casi un metro de su acompañante, girándose de cintura para seguir hablando mientras camina, casi corre, hacia el bosque que limita el pueblo al oriente.

—No sabe cómo lo hace —parlotea—, debe de tener palancas o algo que lo mueva pero... el



Gordo dice que es magia, ¡brujería!

El muchacho viste pantalón ocre y sandalias de esparto. La camisa hace horas que se salió de la cinturilla y dejó de ser blanca, cuando Julia y él anduvieron chapoteando a orillas del charco del Turche. Un refrescante juego matutino que le servirá de reprimenda y por el que su madre le dará dos cachetes bien *pegaos*. Tras él, una gitana de once años camina descalza, intentando frenar un poco el ritmo frenético de su amigo. Arrastra los pies cada dos pasos y se detiene cada vez que dice algo, interrumpiendo el entusiasmo del joven Teodoro.

—No digas tonterías —le reprende Julia. Aunque es casi tres años más joven que él, siempre tuvo el carácter más fuerte—. La magia ya no existe... ni siquiera la gitana. Mi *pai* dice que las pitonisas que leen las cartas y las líneas de la mano son todas unas bastardas *farfasiantes* que lo único que quieren es sacar los cuartos a los payos tontos como tú.

—¡Có! —exclama Teo—. Tú sí que eres tonta, Julita.

Arruga el morro y reemprende su marcha feroz con la cabeza a modo de ariete.

—¿Por qué pierdo el tiempo hablando contigo? —musita Teo—. *Farfasiante*, dice. ¡Já! —El joven se detiene de golpe y gira ciento ochenta grados, encarándose con su amiga—. ¡No se dice *farfasiante*, para que te enteres!

La gitana avanza hasta quedar nariz con nariz de su colega, cierra muy fuerte los ojos y le saca la lengua.

—¡Aprende primero a hablar y luego ya veremos! —insiste Teo.

—¿Y cómo se dice, payo listillo? A ver, dímelo tú, que vas a escuela.

El muchacho, rabioso, aprieta los puños con los brazos pegados al cuerpo.

—No te lo digo —responde tras unos segundos de enfado contenido—. Aprende a hablar tú solita, ya que eres tan lista...

Julia se mantiene desafiante, de puntillas para llegar a la altura de Teo. De repente abre los ojos, agarra la cabeza de Teodoro y le pega un lametazo lleno de saliva en la mejilla. El joven recula asqueado, secándose la baba con la manga de la camisa, y le lanza una mirada asesina. Ella sonríe, divertida, devolviendo el desafío con un bizqueo de ojos y una mueca bobalicona. Teo intenta contenerse pero no lo consigue; estalla en una carcajada amistosa, dejándose caer de culo al suelo. Julia lo imita, añadiendo al momento más muecas tontorronas y balbuceos ininteligibles.

—¡Puaj, qué asco! —cacarea el jovencuelo—. Te pareces a Rufo, el perro de mi tío, que solo sabe ladrar y babear todo el tiempo...

Los dos se ríen un buen rato, allí tirados en mitad de la carretera. La conversación va derivando de lo tonto del cánido Rufo a otros menesteres menos intensos. Pasado un rato, se levantan y reemprenden el camino al bosque, donde la feria está ya poniéndose en marcha. Cuando llegan al claro, todo está dispuesto y los feriantes van haciendo su trabajo con el propósito de llamar la atención a los pocos lugareños que pululan por ahí, algo más de una veintena de personas que se han acercado antes que nadie.

Van visitando cada puesto. Es Teo el que lleva la batuta, pues quiere dejar para el final el carromato del inventor titiritero. Lo ha visto nada más llegar y se ha percatado de que el feriante todavía no tenía su puesto montado.

El carruaje se ha convertido en palestra al desplegarse uno de sus laterales. Una escalerilla en el frontal da acceso al tablao, sobre el cual hay colocados tres estantes repletos de coloridos muñecos, que a todas luces son marionetas divertidas. En una esquina hay dispuesto un teatrillo

con cortinas negras echadas, como si de un escenario real se tratara. Colgada mediante cuerdas atadas a dos largos bastidores hechos con caña, hay una pancarta que anuncia el evento: SABIERO EL FARANDULERO. ESPECTÁCULO DE MARIONETAS E INVENTOS FASCINANTES. Pero lo que ha captado la atención del muchacho, nada más llegar a la feria, se esconde debajo de una tela púrpura y brillante, decorada con pasamanería dorada y ribeteada de flecos negros, muy cortos, que le dan un aspecto más misterioso si cabe.

El enorme bulto ocupa un rincón del escenario, pero, sin duda, esconde algo importante, pues además del paño que lo oculta de miradas curiosas, lo circunda un grueso cordón de lana naranja pendiente de cuatro peanas metálicas.

«Ahí está —piensa el joven Teodoro—. Ese es el hombre máquina, estoy seguro.»

Pero el muchacho es paciente y no quiere acercarse aún, con el espectáculo sin preparar del todo. Prefiere visitar antes cada puesto y dejar para el final aquello por lo que en realidad ha venido hasta el viejo bosque.

Mientras Sabiero el Farandulero ultima los preparativos, barre la tarima y saca brillo a cada títere, Julia y su amigo cotillean el resto de los puestos: un feriante que alquila caballos poni por medio real, una mujer que adivina la buena fortuna, un quesero de Castellón, un tinajero que fabrica piezas *in situ* en su torno impulsado por vapor, un cuarteto de músicos ambulantes, un tablao de payasos con un enano, un barbero de elegantes y alargados bigotes, un espectáculo de equilibristas, con prestidigitador incluido, y tres carromatos que han dispuesto mesas y bancos donde la gente puede degustar embutidos, vinos y cervezas de todo tipo y variedad.

A la feria se han sumado tres ganaderos autóctonos que venden machos cabríos bien fornidos y un grupo de cabras y cabritos a un precio bastante rebajado.

—Acércate, muchacho. —Una gitana vieja llama la atención de los niños. Está sentada en una silla hecha con el corte de un tronco sin pulir y tres patas toscas y arqueadas—. Ven, jovencito, solo quiero verte de cerca —le dice a Teo, con una sonrisa torcida.

Los dos amigos se preguntan sin hablar; Julia encoge los hombros y sonríe. Teodoro da tres pasos y se acerca a la mujer de mil colores.

—Ah, sí... ya lo veo —dice la vieja.

—¿Qué ves? —pregunta Julia. No se acerca un paso pero va tomando posición a la derecha, dibujando un círculo imaginario.

—Veo que hay una cosa que debes saber, nada más... ¿Cómo te llamas?

—Teo... —responde el niño—. Teodoro Azag.

—Presta atención, Teodoro, y no te olvides nunca: aléjate del corazón del bosque. No entres en él, tú no.

—¿Qué bosque?

—Existe un lugar sagrado, un lugar de fuerza viva y salvaje. No lo pises nunca, ¿me oyes? Si lo ves algún día, si lo encuentras, allí mismo quedarás muerto.

La mujer intenta sujetar la camisa de Teodoro pero él se zafa con un gesto.

—No le hagas caso, Teíto —dice la niña, agarrando a su amigo de la muñeca—. Esta bruja es una bastarda *farfasiante*.

—Sí... —asiente el judío—, no se piense que nos va a sacar los cuartos metiéndonos miedo.

La pitonisa le dedica un beso al muchacho, se santigua tres veces: frente, cabeza y torso, y se pone a buscar a otra persona a la que llamar la atención con sus trucos.

Después de invitar a Julia a un trozo de queso y haber visto todos y cada uno de los puestos de la feria, Teo decide que ya es hora de buscar un buen sitio frente al farandulero. Hace un rato que no se le ve por las tablas y piensa que en breve comenzará el espectáculo.

Han pasado un par de horas y el gentío empieza a abarrotar las paradas. Las mesas donde se ofrecen vituallas están repletas, chiquillos y mayores deambulan alegres dentro y fuera del improvisado recinto de la feria. Pedro el Gordo saluda a Julia y Teo desde un extremo con un gesto de mandíbula. Es algo mayor que ellos y está con otros cuatro jóvenes de su edad, curioseando y cuchicheando por los puestos.

Los dos amigos se sientan en primera fila, en el suelo, justo delante de la hilera de bancos de madera que Sabiero ha dispuesto para el acomodamiento de los presentes.

Sin previo aviso, un gramófono comienza a emitir un alegre pasodoble al tiempo que las cortinillas del teatro de marionetas se abren con lentitud, dando así comienzo a la diversión. La obrilla que Sabiero y sus marionetas representan de inicio trata sobre las revueltas carlistas y el triunfo de los isabelinos; una pieza moralista donde los traidores terminan siendo apaleados por el populacho y los fieles al régimen salen triunfantes entre trompetas y tambores. Los presentes, que se agolpan sentados o en pie junto a la palestra, ríen y aplauden la sagacidad del titiritero, lanzando flores y monedas al tablado.

Sabiero el Farandulero, vestido elegantemente de frac, pajarita y capa, se deja ver por primera vez y saluda con una vehemente reverencia a los asistentes.

—Pueblo de Buñol —comienza diciendo—, hermosa y gentil villa de nobles caballeros y garbosas damas. Mi nombre es Sabiero Sánchez, más conocido como El Farandulero entre mis amigos y familiares.

Una pausa larga, estudiada, hace que los presentes se muestren aún más atentos a las ágiles palabras de Sabiero.

—Me satisface haber llegado por fin, tras un largo periplo a través de nuestra amada patria, a este enclave maravilloso. En mis viajes he conocido gentes y criaturas fascinantes, he convivido y compartido enseñanzas con habitantes de la Francia, con ingeniosos belgas, charlatanes italianos, adorables portugueses y también, por qué no decirlo, con taimados y arrogantes moros de allende el estrecho.

Mientras habla con voz grave, un tanto forzada, Sabiero camina y recorre cada palmo del estrado sin detenerse siquiera a mirar dónde pisa, gesticulando a cada frase y dando un énfasis teatrero a cada palabra final con un aspaviento de manos, un taconazo o haciendo volar su capa alrededor del cuerpo. Teodoro y Julia disfrutan del espectáculo, sonriendo sin parar y aplaudiendo a cada gesto que hace.

—Hace tiempo, años ha —continúa—, tuve el honor de permanecer unos meses en la corte del zar Alejandro II de Rusia. Allí, entre los gélidos muros del Palacio de Invierno, conocí a un artesano inventor de alto renombre en el país del norte. Mijaíl Perkhin era su nombre y su reputación como artista alcanzará la eternidad en los libros de historia.

Otro silencio dramático para estudiar el rostro de los presentes.

Nada, conjunto vacío. Ni una mueca de sorpresa ante el nombramiento de personas tan relevantes en la historia contemporánea de Europa del Este. Si acaso algún carraspeo incómodo o la breve distracción de alguien a quien le viene una sed repentina de cerveza o vino.

—Pero dejémonos de aburrida cháchara —sentencia, astuto, el comediante—. ¡Prestad atención, queridos míos, a la última tecnología forjada y ensamblada con la sabiduría de

mecánicos e ingenieros!

Dando fuertes taconazos a cada paso, Sabiero se dirige altanero hacia el sitio donde espera el invento que pondrá colofón a su espectáculo. Con gráciles y exagerados movimientos, el hombre manipula el objeto que, soportado por invisibles ruedas, gira y se desplaza lentamente hasta la parte central de la tarima.

—Apreciado pueblo de Buñol, aquí está la que, sin duda, será considerada por el mundo como la octava maravilla. Fabricada con metales nobles, engarzada con mimo y esmero, impulsada con energías aún por descubrir. Señoras y señores, niños y niñas, os presento a mi ayudante de cámara. Mi amigo, mi compañero: Sebastián el autómeta.

De un fuerte tirón, Sabiero descubre el bulto, dejando ver al público un muñeco de aspecto increíblemente real. El humanoide está sentado ante una mesa llena de artefactos y enseres del hogar y permanece en reposo, con los brazos apoyados en la tabla y los ojos cerrados. Casi se diría que es una persona que descansa un momento entre tarea y tarea. Una musitada ovación, seguida por el silencio más sepulcral que hasta el momento conociera ese bosque, inunda la totalidad del paraje. Sabiero sonrío, conoce bien aquella atmósfera y sabe lo que le espera a su actuación; el éxito está asegurado.

—Sebastián, mi buen amigo. —El titiritero rompe el silencio momentos antes de que el público comience a cuchichear—. No seas tan grosero, hombre. ¿No ves cuánta gente ha venido hoy a verte?

El autómeta abre los ojos y estira el cuello como un hombre de verdad al despertar de un leve sueño. Se escuchan exclamaciones contenidas, murmullos y preguntas. Un niño de apenas dos años rompe a llorar asustado y su madre se aleja del lugar para tranquilizarlo. Sebastián se incorpora con un movimiento mecánico, nada humano, y apoyando una mano sobre la mesa, saluda con la otra al público presente.

—Buenos días, buena gente.

La voz del autómeta no parece salir de su cuerpo. Sin embargo, boca y mejillas gesticulan cada palabra emitida y los ojos vidriosos del muñeco se mueven y miran a las personas, pestañeando como un ser humano de verdad.

—Es una alegría estar hoy aquí, ¿verdad, Sabiero, amigo mío? —Esto último lo dice girándose hacia el creador, que sonrío y camina hacia la máquina, echándole un brazo por encima de los hombros.

—Ya lo creo, joven amigo —contesta el inventor—. Pocas veces hemos tenido un público tan increíblemente afable. Ya les he dicho las ganas que teníamos de llegar a este lugar. Qué mejor sitio que Buñol para sentirse como en casa, ¿no es cierto?

—Cierto, señor Sánchez —contesta Sebastián—. Incluso... ¡oh, qué ven mis ojos! —El autómeta se inclina de nuevo sobre la mesa fijándose por primera vez en Julia y Teodoro, que permanecen extasiados, sentados en el suelo. La boca abierta, secos los ojos de no parpadear. Paralizados de admiración, asombro y miedo—. Si incluso hay niños entre los presentes. Hola, pequeñuelos, ¿saben vuestros padres que estáis hoy aquí?

Teodoro asiente de forma inapreciable, sin apartar la mirada de los ojos inertes del muñeco. Julia, en cambio, niega con la cabeza y se rasca detrás de la nuca, nerviosa.

—Lo que me temía... tch, tch, tch —chasquea la boca en actitud condescendiente.

El público estalla en una carcajada ante el comentario jocosos del autómeta. Aplausos y

silbidos de aprobación y entusiasmo.

—Amable público —interrumpe el maestro de ceremonias—, no sean ustedes crueles. ¿Quién no se ha escapado alguna vez en un día tan espléndido como hoy? Son solo niños, por dios. No es cuestión de hacer leña del árbol caído...

Nueva carcajada general. Más aplausos y vítores para el titiritero.

—Y bien, señores míos, se preguntarán ustedes qué puede hacer mi fiel servidor, además de poner en evidencia a jóvenes infantes. —El autómatas se sienta de nuevo y regresa a la posición inicial: brazos apoyados, ojos cerrados, mentón ligeramente caído—. Presten atención, pues aquí comienza el verdadero espectáculo...

En la siguiente media hora, Sebastián el autómatas deleita al público con mil y un trucos sencillos. Desde servir el té sin derramar una gota, abrochar y desabrochar los botones de una chaqueta, repartir cartas sobre la mesa y jugar una mano de tute, hasta sostener un violín y hacerlo sonar dulcemente ante el estupor de los presentes. La actuación finaliza con un multitudinario aplauso, jaleos y ovaciones de admiración, risas y enhorabuenas. Terminado el auto, Sabiero recoge su invento y muestra a la gente un estante repleto de imitaciones a escala del autómatas que, dando cuerda desde una manecilla a su espalda, parece que toca un violín en miniatura mientras mueve la cabeza abriendo y cerrando ojos y boca.



Los dos amigos salen de la feria henchidos de alegría. Teo se ha gastado todos sus ahorros en adquirir una miniatura de Sebastián y ambos caminan charlando acerca de lo vivido. El juguete va de mano en mano, fascinando a los muchachos cada vez que le dan cuerda y brota la musiquilla de su interior.

—¡Tú, judío! —Una voz los alcanza desde atrás. Una voz que bien conoce Teodoro—. ¿Dónde vas tan contento, eh? Me debes cuatro reales.

Julia hace ademán de girarse pero su amigo la disuade, agarrándola del brazo, y aprieta más el paso, buscando con la mirada a alguien que pueda ayudarlo.

No hay nadie.

Los presentes en la feria se han quedado a comer allí, y entre los dos muchachos y el pueblo aún queda por lo menos un kilómetro de distancia.

—¡No corras, cobarde! —le grita el joven que tienen detrás—. Si salgo a por ti y te atrapo, va a ser peor y lo sabes, judío.

Teodoro se detiene.

—Vete para el pueblo, Julita —le pide temeroso—. Se-será mejor que no te quedes a mi lado... esto es problema m-mío.

Teo se gira para encararse a su interlocutor, un muchacho mayor que él, fornido y malencarado, que camina decidido hacia ellos.

—¿Q-qué prisa tienes, Ro-roberto? —tartamudea—. Me co-coges sin un clavo en este momento... te dije que te pagaría y puedes confiar q-que así será.

—¿De qué demonios hablas, judío, te crees que soy imbécil?

El agresor ha alcanzado al niño y lleva las mangas de la camisa remangadas. Sin previo aviso, lo agarra de la pechera y lo zarandea igual que a un trapo. Roberto, además de ser mucho más

fuerte, le saca una cabeza a Teodoro, con lo que poco puede hacer ante las manos que lo sujetan.

—No tienes dinero para pagar tus deudas pero sí para gastarlo en bobadas y muñequitos estúpidos, ¿eh?

De un empujón, Roberto hace volar más de un metro el cuerpecillo del niño. Dando una rápida zancada, se coloca a su lado y le pateo el costado una sola vez; suficiente para vaciar de aire los pulmones del pobre Teo.

—Enséñame lo que tengas y saldrás de esta, rata asquerosa.

—No te-tengo nada, p-por favor, Roberto. Te lo juro.

—Eso está por ver —sentencia el abusón.

Se inclina sobre el joven y comienza a rebuscar entre los bolsillos de su ropa. Con un brusco movimiento, desgarró la camisa del vapuleado, quedándose con un trozo de tela en la mano.

—¡Déjalo en paz, payo feo, por tus *mules*!

Julia, que no ha hecho caso a su amigo y se ha quedado en el sitio, carga contra el malhechor con un palo sobre su cabeza, intentando un golpe certero o, al menos, una acción intimidatoria. Pero Roberto no se asusta y, sin moverse un centímetro, sujeta la rama que agarra la niña y se la arranca de las manos.

—Vaya, vaya... —sonríe el muchachote—, ¿qué tenemos aquí? Una gitana valiente. —Sujetando a Julia por los hombros, se dirige a Teodoro, que permanece en el suelo, dolorido—. Y muy bonita, además. ¿Es tu novia, judío?

—¡Suéltala, verraco! Ella no te ha hecho nada.

—Va contigo e intenta defenderte. Para mí, basta.

Con un gesto violento, Roberto voltea a Julita, colocándola de espaldas a su pecho, aferrándola de la garganta y la cintura.

—Vamos a ver si ya te están creciendo las tetillas —se mofa el fortachón. Con la mano derecha comienza a palparla por debajo de la ropa—. Oh, qué pena, todavía eres muy pequeña, ¿verdad? Apuesto a que ni siquiera te han salido pelillos ahí abajo...

—Estate quieto, mamarracho. Y suelta a la niña si no quieres que te rompa esa cabezota que tienes.

La orden llega de unos metros más atrás. Alguien joven, con un acento extraño para estas latitudes, ha visto la jarana y se ha acercado a ponerle fin.

—¿Tú quién eres, idiota? —responde Roberto dándose media vuelta sin soltar a la chiquilla—. ¿Quién te ha dado vela en este entierro? Mejor sería que te fueras por donde has venido si no quieres meterte en problemas. Esto es cosa entre el judío y yo, ¿te enteras?

—La vela me la doy yo, *picha* —contesta el recién llegado, desafiante—. Y si tienes agallas y eres hombre, te metes con uno de tu tamaño.

El jovencuelo con acento andaluz va vestido como un señor: zapatos bajos con hebilla plateada, pantalón de pinzas a rayas, fajín nacarado, camisa blanca y chalequillo a juego con el conjunto. En su mano izquierda sujeta un sombrero de paja, típico de esta zona, que desentona enormemente con el resto del atuendo, y con la derecha agarra de la mano a una niña de no más de cuatro años. Aunque el joven ni por asomo se acerca a la veintena, sobre su labio superior ya sombrea lo que, en su día, será un bigote moreno y espeso, como sus cejas y cabello, que mantiene repeinado con la raya a un lado y un mechón revoltoso sobre la frente morena.

—Lárgate de aquí, forastero, o tendré que aplicarte correctivo a ti también —fanfarronea

Roberto.

—Te estoy esperando, *cipollo*.

Roberto suelta de un empujón a la joven y se escupe en las manos, dispuesto a dar una paliza al flacucho que ha aparecido de repente. El andaluz no es tan alto como él, ni tan corpulento, pero le espera en postura desafiante, con los puños cerrados delante del rostro.

Roberto emite un aullido y carga.

El extraño no se inmuta.

Cuando el abusón llega a la altura de su contendiente, el chaval da un rápido y ligero paso a la izquierda, lo justo para que Roberto se desestabilice y pierda el objetivo. Girando ágil sus talones, el forastero propina una colleja sonora en el pescuezo del grandullón y un puntapié en el trasero que lo empuja en su avance, haciéndole morder el polvo.

—Serás *hijoputa* —masculla Roberto, enfurecido—. Ahora verás lo que es bueno.

Apretando los dientes vuelve a cargar contra el aparentemente lánguido señorito. Esta vez este no se mueve cuando el bruto lo alcanza, y suelta un directo de derecha que se estrella contra la nariz de Roberto, quien cae de golpe al terreno. La sangre brota como un manantial y, aunque el caído intenta levantarse, el golpe resulta tan bestial que el aturdimiento le impide hacer otra cosa que no sea tumbarse y respirar, mareado y vencido. El forastero se agacha junto a él y, soltándole una peseta, le susurra:

—La próxima vez, mira bien con quién te metes, mequetrefe. —Roberto intenta algo, quizás una réplica, pero de nada sirve ante el noqueo repentino—. En mi pueblo a las niñas no se las toca, se las mima, mi *arma*.

Con un grácil movimiento, el muchacho se incorpora y camina hasta Teo, que, obnubilado, todavía no se ha levantado del camino.

—Me llamo Alberto —dice, ofreciéndole la mano—. Alberto Gabirol González, y esta es Valentina, mi hermana.

—Hola —susurra la pequeña. Valentina, más pequeña que Julia, remueve piedrecillas del camino con la punta de sus zapatos rojo charol, sus preferidos. Juguetea sin levantar la vista, ignorando con inexperta elegancia a los mayores.

Teo acepta la ayuda y se pone en pie de cara al recién llegado. Ambos se miran frente a frente durante unos segundos, manteniendo el apretón más tiempo de lo normal. Alberto sonrío, frotándose con dos dedos la parte alta de la nariz. Teo se sonroja y baja la mirada.

—Te-teo —susurra—. Teodoro Azag...

—Yo soy Julia —interrumpe la gitana. La muchacha se cuela entre los dos hombrecillos y agarra la mano del moreno salvador—. ¡Almas de dios! —exclama—. La paliza que le has *dao* al payo en un momento. ¡Jajajaja!

—Un placer, Julia —sonríe de nuevo Alberto.

—Anda, vámonos ya —apremia la muchacha—. Antes de que el bastardo este se levante y pida más de lo suyo.

—Mejor será —concede Teodoro—. Vamos camino del pueblo, Alberto. ¿Vives tú allí?

—Sí. Nos mudamos el mes pasado. Esta tarde llegan en carro nuestras cosas de Granada.

Los cuatro reemprenden el camino a la villa charlando animosamente. Los dos chicos se sonrío mientras Julita, emocionada, no para de hablar sobre la paliza que le ha caído al matón de Roberto José Cotino.

Aquí comienza la historia de una amistad a tres bandas. Una amistad que, con el tiempo, forjará alianzas y lealtades por encima del colegao, por encima del amor y la pasión.

Aquí comienza la historia del andaluz, el judío y la gitana.



*Granada, 25 de agosto 1931*

—Es aquí.

Susana rebuscaba la llave entre las muchas que iban colgadas a la anilla de bronce. Después de un rato de tintineos y pruebas, dio con la correspondiente y abrió con un chirrido que abarcó la totalidad del pasillo de la segunda planta.

—Pasa, José —ofreció la mujer—. No te asustes por el polvo y el desorden, la habitación está cerrada desde hace dos o tres años... Desde que Manu se fue *pa* Barcelona, se viene usando de trastero.

—Tranquila, prima. —José sonrió complaciente—. En peores plazas hemos toreado... ¡*la vín!* —El joven no pudo evitar la exclamación al entrar en lo que, en lugar de alcoba, parecía una mezcla entre museo, biblioteca y leonera—. Pero ¿esto qué es?

Susana soltó una risita y empujó a su primo para que terminase de entrar, haciéndole tropezar con una caja de madera repleta de libros.

—Y bien, ¿por dónde empezamos? —dijo José.

—Pues al tío Manuel siempre le gustó tenerlo todo por ahí tirado, en esencia. Aunque él aseguraba que en su desorden tenía su propia organización, el muy malaje...

La prima se remangó el mono azul de trabajo y se enfundó unos guantes de cuero blando que usaban los campesinos de la finca para varear la aceituna. Agarrando la primera caja que encontró, la sacó al pasillo.

—Comenzaremos por dejarla vacía del todo —comentó ella—. ¿Te parece? Después iremos colocando cada cosa en su sitio: los muebles, la cama, el escritorio... para luego dejar lo justo y necesario. Solamente lo que sea del tío.

—¿Me está diciendo que aquí hay una cama y un escritorio? ¡¿Dónde, mi *arma*?! —

—Por ahí, digo yo. Debajo de aquellas cajas. Ya te dije que la señora ha estado usándola de trastero mientras el tío no estaba. —Susi levantó un saco repleto de cartas y postales y se lo soltó a José en el pecho—. Deja de quejarte, chiquillo, y vamos a meternos en faena. ¿*Ea*?

—*Ea* —respondió el ayudante, resignado—. Pero después nos vamos a tomar una fresquita por ahí.

—Que sí, *pesao*. —Susana se puso andaluza, agitando las manos enguantadas alrededor de su cabeza—. Te *vi* a llevar a una tasca muy guapa que yo me sé en el barrio la Caleta, ya verás qué ricas las tapas. Para chuparse los *deos* hasta el muñón.

Se pusieron al lío.

Pasaron cuatro horas desalojando el cubículo: separando en el pasillo los bultos y cajas por un lado, los muebles por el otro y los libros, láminas, dibujos, cuadros y figurillas más allá, al pie de la escalera. Cuando consiguieron alcanzar la ventana que quedaba al fondo, para abrirla de par en par, el sol de mediodía inundó el espacio haciéndolo parecer mucho más amplio de lo que en un principio daba la sensación.

Cuando todo estuvo vacío de trastos, la prima Susana se afanó en quitar el polvo y las

telarañas mientras el muchacho se encargaba de barrer y fregar el suelo. Media hora más tarde las baldosas estaban brillantes, las paredes blancas —a excepción de las huellas dejadas por los tres cuadros descolgados— y el olor a cerrado fue sustituido por el del jabón y la limpieza.

—*Ohú*, qué paliza, oiga —se quejaba de nuevo Josete. El sudor y la mugre le cubrían la cara y la ropa, que para nada era la misma que la de su prima. No había supuesto que le llevara tanto trabajo despejar la habitación del artista aventurero—. Ya pueden estar buenas esas tapillas de las que me habló antes, y bien fría la cerveza. No vea el hambre que me ha *entrao*, así, de repente.

—Mira tú, el señorito. Nos ha *salio* refinado el niño. Anda —concedió la mujer—, vámonos para abajo que la señora ya tendrá el almuerzo preparado. Después de comer subimos y rematamos la faena y por la tarde, con la fresca, nos cambiamos el atuendo *pa* salir de romanceros.

José empezó a canturrear, muy bromista él, una tonadilla burlona dedicada a su prima la Susi.



A media tarde el cuarto se iba pareciendo a algo medianamente habitable. Susi y José se esmeraron en arreglarlo todo, hacer la cama y limpiar los vidrios de las ventanas. Los estantes de la pared del fondo estaban repletos de libros, bien ordenados por tamaño, y en el armario dejaron dos juegos de sábanas y una manta de lana para las noches de relente. La desvencijada silla que había por ahí tirada la sustituyeron por una nueva del comedor y, en un estuche muy apañado, dos plumines y un frasco de tinta negra. Un buen taco de hojas de grano grueso puso la guinda a la alcoba, el lugar idóneo para albergar a un poeta de renombre como Manuel.

—¿Qué hacemos con todo esto?—señaló José, refiriéndose a media docena de cajas con cartas, fotografías, figurillas y juguetes, una bicicleta con las ruedas pinchadas y un acordeón maltrecho.

—La señora dijo que lo subamos al altillo hasta que le encuentre un buen sitio...

—El mejor sitio para todo este *chumbío* sería la basura, digo yo. —El joven se rascó la mollera mientras revolvió con desgana una de las cajas de madera—. Aunque, para hacer una buena fogata, también podría valer.

—Si encuentras algo que te interese puedes llevártelo, José. La señora no le da valor a nada de esto...

—¡Espere! —interrumpió el muchacho.

De entre los cuadernillos y hojas sueltas cogió una libreta forrada de tela gruesa y marrón, en cuya tapa delantera había una estrella de seis puntas y, escrito con tinta bastante desgastada, un nombre: Teodoro Azag.

—¿Es el nombre de tu abuelo?

—Sí... pero ¿qué hace aquí?

—Los tíos debieron de traerlo cuando se vinieron de Valencia.

José abrió con cuidado el manuscrito, ojeándolo por encima.

—La mayoría son poemas y dibujos... garabatos del abuelo —añadió José—. Esto me lo llevo yo para casa, quizás el yayo pueda decirme algo.

—¡Ay, qué *cuchi* todo esto! ¿Ves cómo merecía la pena venir a echarme una mano, primo? Te vas a quedar un tesoro y todo, al final.

—No diga *bocanás*. No son más que apuntes y desvaríos. El abuelo Teo tenía fama de medio loco... eso contaba mi madre siempre.

—Bueno, tú cógetelo —sentenció la mujer—. Ayúdame a subir el desaguisado *parriba* y nos vamos a la Caleta. Habrá que decirle a la señora que te lo llevas, no vaya a ser que tenga algún valor para el señorito.

—Muy bien, prima. ¡*Bulla*, va! Que ya tengo ganas de salir de esta casa.

Media hora más tarde, con el sol poniéndose y la fresca despuntando, la pareja salió a callejear con el resto de la ciudad. Ese día el calor no dio tregua y las calles de Granada se llenaron de gentío, música, baile y vino.

*Buñol, 25 de junio de 1884*

La necesidad aprieta —y fuerte— minutos antes de llegar a la venta. No puede más, no se aguanta y, aunque el caserón dispone de unas magníficas letrinas, bien limpias de seguro a estas horas de la mañana, la gitana decide que este es buen lugar para aliviarse el vientre.

Deja el sendero que asciende desde el pueblo y se mete en la penumbra del bosque tirando del cordel de la burra, que, tozuda, se resiste a abandonar la ruta a la que está más que habituada. La espesura del encinar impide que la luz del sol, que todavía no ha despuntado por La Cabrera, alcance el suelo, y Julia camina medio a tientas haciendo crujir la hojarasca bajo sus pies.

Remangándose la falda, se agacha dispuesta a hacer sus cosas cuando unas voces venidas del otro lado de la maleza la sorprenden.

—Levanta ya, holgazán.

El vozarrón ronco de un hombre resuena en un pequeño claro que hay junto a una charca. Allí, agazapada como un conejo curioso, Julia puede ver un puñado de personas que faenan desmontando un campamento. Todos son varones, la mayoría van armados y sus pintas desarrapadas, las barbas y pelos sin cuidar, indican a la mujer que se trata de bandidos. El relincho de un caballo se oye al fondo del campo y Julia, que ha perdido las ganas, recula de cuclillas mientras se empieza a colocar las enaguas.

Una mano le tapa la boca desde atrás, otra la sujeta de la cintura y levanta en volandas el escuálido cuerpo de la joven. La espalda de Julita choca contra el pecho de un hombre y su cuerpo queda preso en un abrir y cerrar de ojos.

—Chist, no hagas ruido, bonita —le susurra su captor al oído—. Estate quietecita y no tendré que hacerte daño.

Julia patalea en el aire como una fiera, haciendo inútiles esfuerzos de soltarse del abrazo que la tiene atrapada.

—He dicho que te estés quieta, ¡copón!

La mano de la boca la agarra del cuello y la gitana siente un dolor repentino en la base del cogote. El hombre suelta la presa y la muchacha cae de bruces, aturdida. Julita se revuelve como puede y queda de espaldas al suelo. Otra bofetada la obliga a girar la cara y a cerrar la boca. Sabor a sangre en el paladar, a lágrimas contenidas en la garganta.

Hincado de rodillas frente a ella, el bruto usa sus dos manos. Una le arranca la ropa de un tirón, la otra le separa las rodillas. Avanza y se coloca, otro manotazo, por si acaso se le ocurre gritar o pedir auxilio. Ahora puede verle el rostro. Ella lo conoce, le suena esa jeta redonda y malencarada pero la tensión del momento, el miedo, la bilis, no le permiten pensar en nada más que en escapar. De nuevo las zarpas aferran su cuello impidiéndole casi respirar cuando el agresor se inclina sobre ella con ímpetu violento y prisa zafia, entrando sin permiso ni piedad.

Julita llora en silencio. Lloro y maldice y cierra fuerte los ojos para no ver. Tensa su cuerpo para no sentir pero siente dolor, frío, asco, miedo, sangre, terror...



Llegados a un punto el sendero se divide. Un pequeño risco rodeado por un enorme matorral de espino obliga a seguir hacia el noreste, monte arriba, o a tomar lo que parece una vertiente sinuosa y progresiva hacia la parte baja del collado La Legua.

Pedro el Gordo desmonta y se acuclilla junto a una sombra de grava suelta, con el rifle cruzado a la espalda. El uniforme le queda un tanto prieto, lo habitual, y el cinturón y la canana se quejan con leves chasquidos.

—Han ido por aquí, hacia el abrevadero —señala el joven soldado.

—¿Sabes ya cuántos? —El cabo Vidal vuelve a buscar el mapa plegado en el bolsillo de la pechera. Es un hombre de huerta y esta zona tan alta queda lejos de Sagunto.

—Tres caballos, eso seguro. Podría ir alguno a pie, por la maleza, pero eso los retrasaría.

Pedrito, como Teo lo llama cuando no hay nadie, lleva en el monte toda su vida. Su padre le regaló la primera escopeta a los doce y, desde entonces, le ha tirado a casi todo por estas cumbres. Cuando se hicieron los pelotones para la milicia del condado fue de los primeros en apuntarse, y ya lleva casi un año vestido con la chaqueta verde. El rifle es un regalo que el viejo Rogelio hizo a su hijo el día que se alistó, y el mozo alardea de haber herido a dos carlistas: uno de ellos en San Antonio de Requena, en una pelea ventera, y el otro en una batalla en la que él dice que luchó, por ahí, por Castilla.

—De acuerdo, desmontemos —asiente el cabo.

Teodoro se deja caer de la silla, resbalando las posaderas a modo de tobogán. La jaca mechada que monta es dos palmos más alta que él en la cruz. Al aterrizar, la correa de su arma se le engancha en la hebilla del estribo haciéndole trastabillar de forma patosa.

—Me *cagontó*, judío —recremina el Gordo—. Si lo sé te quedas en la venta, capullo. Si están ahí abajo no lo sabremos hasta que avancemos un buen tramo. Cualquier tontería y nos descubren.

Teo pide perdón y se agazapa detrás de su amigo. El cabo ha subido unos metros roca arriba para asegurarse de que no hay rastros.

—Oye, Pedro —no está para bromas ni apodos. Aunque sujeta el cañón con las dos manos, se le resbalan hacia la culata sin remedio—, ¿n-no sería mejor que yo me quede aquí?

El Gordo no le hace caso, escudriñando con los cinco sentidos valle abajo.

—Gordo —susurra Teo—. ¿Oyes lo que te digo?

—De acuerdo —contesta el cazador, inmóvil—. No se oyen voces, tampoco ruido de bestias...

—Va-vale, v-vale —suspira—. Buena idea, ¿verdad? Yo me quedo...

—Sí, buena idea, *pesao*. Anda y ve a buscar a Vidal. Dile que yo tiro para abajo. Si está libre el sitio, haré sonar esto. ¿Me oyes? —El Gordo le muestra un reclamo de arcilla que le cuelga del cuello—. Y deja ahí el cacharro, no te vayas a enganchar o tropezar o algo.

Teodoro se descuelga el rifle y obedece. Pedro lo recoge y lo mete entre la maleza, dejando solo parte de la culata a la vista. Acto seguido, se da media vuelta y, casi erguido, empieza a caminar por el sendero.

El joven civil aguarda un par de minutos antes de coger el ánimo de moverse. En ese preciso rincón se siente bastante seguro y el barranco por el que han ascendido se abre poco a poco hasta llegar a la carretera, doscientos metros más abajo. Estando en la cresta de aquella vertiente

quedaría fuera de la vista de cualquiera que estuviese quince o veinte metros al otro lado. Aunque no es un atleta, ni nada que se le parezca, corre bastante rápido, no le costará mucho tiempo bajar y buscar cobijo.

No les ha dicho del todo la verdad a Vidal y al cabo.

Es cierto que Julita ha visto a unos hombres armados, acampados, no muy lejos de Venta Quemada. Esta misma mañana. Pero no ha dicho que uno de ellos también la vio, antes incluso, y que abusó de ella. No les explicó que la gitana consiguió escapar por el monte ni que llegó a la mina y esperó a que Teo terminara el turno de noche para contárselo, desesperada.

No, ahí ha mentido.

Les ha dicho a todos que la muchacha se lo ha dicho en el pueblo, en su casa, aprovechando que su madre le tenía encargadas patatas y cebollas.

Tampoco es cierta la descripción de aquellos hombres: no vestían casaca carlista ni portaban armamento reglamentario. Son los de Guadiana, una banda de asaltadores bastante peliaguda. En los últimos tres años, solo a oídos de Teodoro, han llegado noticias de cinco personas muertas; ni contar las de asaltos y reyertas...

El capataz había accedido a bajar a la joven en la carreta hasta el pueblo y Teo se la había llevado a casa de Alberto. Estaba demasiado aterrorizada para ir con los suyos y no quería ni por asomo que su padre se enterara de lo ocurrido. José el Gitano le tiene dicho mil veces que no suba a la venta tan temprano y que siempre vaya acompañada. Pero Julia es tozuda, además de temeraria, y le resulta más fácil empezar por arriba los días que le toca pasar por esa ruta.

Normalmente sale de casa una hora antes que el sol y, para cuando el tío Arturo abre la venta, ella ya está allí, carga los sacos en la burra y continúa a Siete Aguas. De esta forma llega al mercado de los sábados más temprano que muchos, dando salida al producto con mayor facilidad. Después suele tener tiempo de cambiar género por vino con el tío Julián, y con eso puede sacar algo más al llegar a Buñol.

Vidal está descendiendo junto a los almendros salvajes que crecen a la vera de un antiguo muro; restos de alguna caseta o quizás de algún aljibe antiguo del que ya solo quedan un par de metros de piedras que levantan tres o cuatro palmos del terreno, como mucho. Cuando ve al más joven, apresura la marcha.

—Por ahí no veo rastros —informa al juntarse con Teodoro—. ¿Y vosotros? ¿Dónde está el Gordo?

—Ha tirado para abajo, a ver si oye algo. Me ha dicho que tocará el silbato que lleva al cuello si es seguro llegar al *cañico*.

Los dos hombres se sientan a esperar de espaldas al risco, al sol de junio, ese que calienta que da gusto, sin quemar ni hacerles sudar como gorrinos. El cabo Vidal saca un trozo de longaniza seca y parte dos porciones, ofreciendo una a Teo y engullendo de un mordisco el otro pedazo de embutido. Acto seguido, desenrosca el tapón de una bota y le pega un largo trago.

—Mastica despacio, judío. Y para pasarlo, apriétale bien a esta.

Teodoro nunca fue capaz de librarse de su apodo familiar. Aun teniendo diversas aficiones un tanto peculiares, aun liándolas como las liaba de niño, y no tan niño, siempre metido en peleas, apuestas o lo que fuera, ninguna de esas hazañas podía con el peso de un mote con más de doscientos años de historia en la familia.

—Despejado —suelta de repente el soldado, tras un breve rato masticando—. No hay moros

en la costa, vamos.

—¿Cómo lo sabes, Feliu? —El judío aguza el oído pero no distingue nada raro. Lo único que él puede oír es el ruido del monte: el aire en los arbustos, sobre todo, algún trinar y silbido de pájaros y poco más.

—¿Conoces ese chiflido? —Vidal lo imita casi a la perfección.

—Sí, eso es un tordo, ¿no?

—Exacto, judío, un tordo. ¿Lo oyes ahora?

—Sí —responde Teo, casi entusiasmado.

—Pues venga, vamos.

Feliu recoge sus cosas, agarra a las bestias de las riendas y empieza a caminar por el sendero, sosteniendo el arma a punto pero relajado. Teodoro, quedándose con dos palmos de narices, recoge su fusil y le sigue sin rechistar. No advierte que los tordos ya no están por estas latitudes a estas alturas del verano.

Al poco llegan a una explanada húmeda y fresca. Dos jóvenes nogales compiten con una higuera inmensa por el dominio del suelo; la higuera va ganando, por el momento. Una gigantesca zarza desciende amenazante por el talud empinado que delimita el rincón de la Legua: el día que alcance el terreno empapado, no habrá especie vegetal que pueda detenerla.

Pedrito está refrescándose en el chorro que mana a borbotones de una roca calcárea, hacia arriba, formando un charco transparente cuyas aguas se vierten por un ribazo no natural, al encuentro del sinuoso y poco profundo río Buñol.

—Han pasado por aquí, seguro —comenta el Gordo antes de sumergir la cabezota en la charca—. Mira eso, Vidal. —Señala los rescoldos de una pequeña hoguera a diez o doce metros—. ¿No es extraño que vayan dejando todas estas señales por ahí?

El cabo Vidal sopesa la pregunta, rascándose el bigote con las uñas de pulgar y anular al mismo tiempo.

—Sí que es raro, sí —afirma, agachándose junto a la extinta fogata—. Si yo fuera soldado en territorio hostil me andaría con bastante más cautela... Sobre todo, no iría dejando fuegos, huellas ni restos o... telas.

Esto último lo añade mientras, con la punta de la bayoneta, levanta unas vendas usadas dejadas ahí, a la buena de dios.

—Oye, judío, ¿tú estás seguro de que son carlistas?

—No me jodas, Feliu —responde Teo, esforzándose en añadir templanza a sus palabras—. ¿Cómo voy a estar seguro? Yo os digo lo que Julita me contó esta mañana.

—¿Y qué te dijo, exactamente? —inquire el soldado.

—Bu-bueno, pues eso... La gitana me contó que esta mañana, al bajar de Siete Aguas, ha visto a un grupo de hombres armados acampados cerca de la venta. Vo-vosotros lo habéis visto, ¿no?

—Sí —afirma Pedro el Gordo, poniéndose en pie y abrochándose la camisa—, es cierto, hemos visto un campamento desmontado esta misma mañana. Y sí, es cierto que hemos seguido el rastro hasta aquí y que van a caballo. Es cierto, Teodoro. —Pedrito examina de cerca el rostro de su amigo, entrecerrando los ojillos—. Pero también es cierto que desde niño eres capaz de vender a tu madre si el precio es bueno. Eso lo sabemos todos en el pueblo.

—¡No me jodas, Pe-pedrito!

—No te jodo, no..., vamos a seguir este rastro hasta averiguar quién anda delante. Esto me

huele a que no estás diciendo toda la verdad, judío. —Rara es la ocasión en que Pedro se dirige a su amigo llamándolo por el mote. Otra cosa es lo que haga o diga cuando él no está presente.

—Han subido por aquí —señala el Gordo, cambiando repentinamente el gesto—. Nos llevan al menos dos horas de ventaja y no parecen llevar prisa...

—¿Dónde pueden dirigirse, Pedro? —quiere saber Vidal.

—Ni idea. Si son carlistas, buscarán un buen refugio donde pasar la noche; ya queda poco tiempo de luz. Puede que hayan subido monte arriba... quizás quieran cobijarse en Monedi Gallo. —El joven cazador se detiene unos segundos a meditar—. No sé, hay algo que no tiene sentido. Si hacen eso, quedarían muy a la intemperie, demasiado cerca de una población tan grande.

—Tal vez no sepan bien a dónde se dirigen —añade Feliu.

—Puede ser. O quizás sean imbéciles y quieran ser apresados o morir... o rendirse, quién sabe.

—A los rebeldes les queda poco fuelle y eso se sabe de sobra. No descartaría yo la desertión de un pelotón al completo.

—Pronto lo sabremos —sentencia Pedro—. Ahora, vámonos. Apenas quedan cuatro horas de sol.



El trío de hombres ha seguido el rastro hasta la cumbre de La Cabrera pero, en lugar de tomar el camino que va hacia el norte, a la vecina Gestalgar, los supuestos carlistas han continuado por la cresta hacia el este.

Las huellas continúan y descienden la ladera que lleva al pueblo, rodeándolo por los campos del norte hasta llegar al bosque de álamos, enebros, carrascas y algarrobos donde acampan las caravanas que se dirigen a Castilla y se montan las ferias ambulantes.

Teo, Feliu y el Gordo permanecen cuerpo a tierra, ocultos entre el follaje. A los caballos los han dejado atados lejos de allí, casi a medio kilómetro hacia la villa, para evitar ser descubiertos por los misteriosos moradores.

El sol hace rato que cayó por la meseta y, aunque el cielo todavía reverbera de añil y bermejo intenso, ahí abajo, a ras de suelo, apenas se distinguen las figuras que pueda haber a cinco o seis metros de distancia. Sin embargo, hay una luz intensa que se diferencia sin remedio, a pesar de la maleza que la separa de los tres rastreadores: una hoguera considerable se está formando no muy lejos. A cada momento el fuego cobra fuerza, como si estuvieran alimentándolo sin cesar con ramas y palos secos. Como si quienes lo hayan encendido no tuvieran precaución alguna por desvelar su posición. Como si nada debieran temer en ese lugar.

A estas alturas, tanto Pedro como Vidal saben de sobra que no se trata de carlistas ni rebeldes, pues, de ser así, lo primero que habrían hecho es dirigirse al puesto de guardia más cercano para deponer las armas y prestar juramento y declaración de los actos cometidos ante el rey y la Patria. Sin embargo, en lugar de eso, se ha montado un escandaloso campamento a poco más de un kilómetro del pueblo, y las llamas, así como las voces y risotadas, alteran la calma del lugar en el que acampan.

El Gordo indica a sus compañeros que avancen a rastras. Quiere asegurarse del todo o, por lo menos, alimentar la curiosidad que hace rato le invade acerca del grupo de posibles forasteros.



Vidal lo sigue, reptando cual culebra entre la hojarasca, pero Teo prefiere no avanzar de frente y elige rodear la zona a gachas.

A los pocos metros ha perdido de vista a sus compañeros. Echa un vistazo a la zona y descubre un pedrusco suficientemente grande y cercano a la hoguera como para lograr ver algo más. Avanza sigiloso con el arma en las manos y pega la espalda a la roca, paralizado por el miedo.

Teo permanece allí parado durante un minuto, escuchando las bromas y bravuconadas que los de Guadiana tienen a bien hacerse entre ellos. Pero en un momento dado, una sombra surge del claro unos metros, quedándose cerca del judío, de espaldas a él. El hombre que ha salido a mear posee unas enormes espaldas bien musculadas, acordes al ancho y peludo pescuezo que las acompañan.

Es Roberto, lo sabe, lo reconoce aunque no le haya visto todavía la cara. Sabe que es él aunque haga cinco años que no se vean. Conoce bien esa pose, esa forma de andar, de permanecer, de arrebatar cuanto desea porque se cree más fuerte y más listo y más cristiano que el pobre Teodoro. Viste un ajado uniforme azul de correas blancas y lleva aún la boina roja, calada de cualquier manera.

Hace tiempo se extendió el rumor de que el hijo de don Cotino se había alistado en el bando carlista, igual que hiciera su viejo hace treinta años, y se le creía muerto o preso por el frente del Maestrazgo. Pero hoy Julita le trajo una noticia fatal a su amigo: Roberto José Cotino Núñez había regresado a la comarca. Y no solo eso, además se había unido a los de Guadiana, una banda lo suficientemente poderosa y temida como para que las autoridades prefirieran hacer otras cosas más importantes antes que plantearse siquiera darles caza.

Teodoro está ahí, hecho un ovillo de temblores y sudor frío, con el fusil apuntando a la espalda de su enemigo, que orina sin saber ni preocuparse por lo que tiene a su alrededor. Aunque el joven jamás ha disparado a nadie ni a nada antes, errar el tiro es prácticamente imposible a esa distancia.

«Va vestido de carlista —se dice a sí mismo—. Si lo mato, nadie podrá decirme nada.»

Pero sabe bien que no es así. Que sus camaradas tardarían pocos segundos en reaccionar y dar con él. Sabe bien que no perdonarán la muerte de uno de los suyos, aunque lleve poco tiempo con ellos, eso da lo mismo. No pueden permitir que se sepa que alguien ha atacado a un miembro de los de Guadiana y no ha pagado las consecuencias. Sabe que ni Feliu ni el Gordo podrán hacer nada por él, por mucho que representen a la corona y tengan la ley de su mano.

«Pero el hijo de la gran puta ha vuelto —se martiriza—. Ha vuelto a joderte la vida y lo sabes. Y ha empezado por donde más te duele, Teodoro. Ha violado a Julita, ¡a la pobre Julita!»

Mientras el judío se debate entre el miedo, la duda y el odio, Roberto ha terminado y se da media vuelta quedando frente con frente a Teodoro. La suerte sonrío al flacucho porque el bandido, cegado por la luz de la inmensa hoguera, no es capaz de discernir lo que hay en el interior de la sombra que una piedra enorme arroja sobre el suelo del bosque.

El carlista desertado se adentra de nuevo en el campamento mientras se abrocha la bragueta botón a botón, con calma y una sonrisa dibujándole el rostro. Hoy ha sido un gran día para él. No solo ha empezado follándose a una bonita gitana, sino que está de regreso en su pueblo, en su tierra, y además rodeado de aliados. ¿Qué más se puede pedir?

Teo maldice su cobardía mientras el hombretón desaparece de su vista tan campante. Se odia a sí mismo casi tanto como odia a Roberto. Casi. Desde muy pequeño, siempre anduvo huyendo del

vástago del señor Cotino.

En la escuela elemental compartieron pupitre tres años, los peores de su vida como estudiante, y durante todo ese tiempo Roberto lo torturó, ridiculizó, insultó y vapuleó ante el resto de la clase siempre que tuvo ocasión. Cuando llevaba algo de almuerzo, o quizás unas monedas o algún juguete fabricado por él mismo, Roberto se lo comía, robaba o destruía a pisotones o estampándolo contra el muro del patio, riéndose de él a carcajadas mientras los demás eran testigos y cómplices, por miedo o afinidad hacia el grandullón.

Si se encontraban en la calle, por lejos que estuvieran el uno del otro, Roberto le gritaba: «¡Judío, maricón! ¡No corras, cobarde!». Y salía tras él por las callejuelas que serpentean bajo el castillo para darle una paliza. Pocas fueron las veces que consiguió darle caza, pues Teo siempre fue más rápido y escurridizo, a fuerza mayor, y conocía mejor los escondrijos o lugares por donde trepar a los tejados, las casas con la puerta abierta o los atajos hasta las plazas donde hubiera una taberna o un comercio donde encontrar refugio y la protección de los adultos. Pero a veces la suerte no estaba del lado del pequeño Teodoro y Roberto lo atrapaba y golpeaba, porque sí, porque podía y quería y, además, le hacía sentir poderoso y fuerte y vete tú a saber qué.

Una de esas ocasiones en las que Teo se supo atrapado en el callejón sin salida del molino Galán, el muchacho decidió hacer algo para evitar la paliza de ese día. Un grupo de mayores apostaba los cuartos a las perras jugadoras en aquel rincón de la villa y, ante el asombro de la colla, el judío se mezcló entre ellos, dirigiéndose a su perseguidor en voz bien alta:

—¡CÓ, menos mal que están aquí! ¿Eh, Co-cotino?

Roberto, que no entendía nada, detuvo su carrera y comenzó a caminar hacia el grupo. Los cinco jóvenes, ajenos y confusos ante aquella repentina escena, cesaron su actividad y rodearon a Teodoro formando un semicírculo a su espalda. Desde el ángulo de Roberto parecía como si los muchachos estuvieran protegiendo al flacucho fanfarrón.

—Supongo que habrás traído tus monedas —continuó, ignorando los murmullos de los presentes—. Bien, acércate, hombre.

La mente del muchacho hervía buscando una salida de aquel atolladero. Con gesto nervioso comenzó a palpar su chaqueta y, en uno de sus bolsillos, encontró los tres reales que su madre le había dado para que comprase un pollo al tío Chimo para el guiso del domingo.

—Aquí está —dijo a viva voz, depositando una moneda en el suelo—: m-mi primer real c-como apuesta. Vamos, Roberto, júégatelo co-contrá mí, delante de esta gente...

La expresión confusa de su rival no tenía parangón. Los cuchicheos de los presentes se iban transformando en risitas jocosas y comentarios hacia las agallas del judío. Roberto lo sabía, sabía que si rehusaba el desafío quedaría como cobarde delante de chavales más mayores que él. Pronto el rumor se extendería por la villa y su honor quedaría reducido a la altura del betún.

—No te irás a echar atrás ahora, ¿verdad? —se mofó Teodoro—. ¿Q-qué pensarán l-los demás?

Roberto no tenía escapatoria. Buscándose en los bolsillos, extrajo una moneda y la colocó junto a la del judío.

—Empieza tú, mequetrefe —espetó Roberto a la cara del escuálido Teodoro.

—Con permiso...

Teo agarró la chapa de latón que había en el rincón, caminando altivo hasta la raya en el suelo que marcaba el tiro, y calculó el lance lo mejor que supo. Aunque conocía al dedillo las reglas del

juego, apenas había practicado cuatro o cinco veces con su amiga Julita y nunca apostando dinero de verdad, con lo que se sabía perdedor de antemano en la partida. Aun así, no se le ocurrió otra cosa. Por el momento la maniobra estaba saliéndole bien, o al menos estaba obteniendo el tiempo necesario para planear un ardid mejor con el que escapar del matón.

Hizo su lanzamiento demasiado fuerte y la chapa pasó de largo la estaca, quedando al detenerse a casi medio metro de distancia. Un muy mal comienzo. Roberto tendría que hacerlo fatal para dejar el metal más alejado que él.

Efectivamente; sin mediar palabra y sin apenas calcular el tiro, el grandote soltó la chapa casi sin ganas, dibujando una parábola abierta en el aire, cayendo justo contra el hierro clavado en la tierra batida. Seca, sin repiqueteos ni giros ni resaltos, clavada en el lugar más exacto en el que podía quedar.

Teodoro tragó saliva. Los presentes se divertían ante el esperpento de la escena. Roberto, satisfecho, sonrió al grupo y se dirigió a recoger su botín.

—Un momento, un momento... —improvisó el judío, intentando ganar algo más de tiempo— ... esto ha sido el ca-calentamiento, ¿verdad? Juguemos un doble o nada, ¿te parece?

El muchacho soltó en el suelo las dos monedas que le quedaban.

—Está bien, judío. Si lo que quieres es perder hoy tu dinero, además de tu dignidad, por mí que así sea. —El matón se dirigió lentamente hasta el círculo y agarró el trozo dorado como sin ganas, lo frotó con la tela de su camisa, sacándole brillo, y se colocó sobre la marca de tiro sin depositar su apuesta—. Pero esta vez lanzo yo primero, para que veas que no ha sido cuestión de suerte.

Roberto se colocó con la punta del zapato bien pegada a la línea del suelo, inclinándose sobre su cuerpo, balanceando suavemente el torso. Estaba claro que no quería fallar ni dejar un ápice de esperanza a Teo tras su tiro. El joven lo sabía, era muy consciente de que no tendría nada que hacer, que iba a perder su dinero y su dignidad —la cual poco o nada le importaba a estas alturas, después de tantas humillaciones— y, además, era muy posible que se llevara unas collejas por parte de Roberto y de los mayores, y unas buenas tortas, una regañina y un castigo ejemplar en casa por perder el dinero que tanto le costaba ganar a padre en el taller.

Roberto estaba inclinado a más no poder sobre un solo pie, concentrado en mejorar si cabe el lance anterior. Sin pensarlo dos veces, Teo se colocó detrás y, de un fuerte puntapié en el trasero, hizo caer de bruces al fortachón, golpeándose este la cara contra el suelo y rodando sobre sí mismo.

Con un movimiento veloz, el judío recogió las cuatro monedas y salió disparado hacia el río, adentrándose y escabulléndose cual lagartija entre las rocas y los saltos de agua para desaparecer del panorama en cuestión de segundos.

La siguiente vez que el muchacho se encontró con Roberto se libró de una tremenda paliza gracias a la aparición del granadino y a su destreza con los puños. De no ser por él, solo dios sabe qué hubiera sido de Teodoro y de Julia, ya de paso. Desde aquel día los tres se hicieron grandes amigos y Teo no salía a la calle si no iba acompañado de Alberto. El andaluz, sin quererlo, se convirtió en su protector, su escudo y armadura contra el odio acérrimo que Roberto sentía hacia él; sin aquel, en más de una ocasión se las hubiera visto más que canutas.

Y ahora, tras años de paz y armonía, lejos del temor a ser represaliado por un abusón en las calles, Roberto Cotino está de nuevo en casa. Teodoro maldice su temor una vez más, mientras reptaba entre los arbustos en busca de los otros dos.

Los tres se encuentran fuera del follaje, a escasos cien metros de las monturas.

—No me cago en tu madre porque la conozco bien y la respeto, maricón —regaña Pedrito a Teodoro—. Por un momento me las he visto más putas que Caín ahí adentro, y todo por tu culpa.

—¿Quiénes eran esos, Pedro? —El cabo Vidal no entiende nada—. Al menos uno de ellos vestía uniforme carlista, deberíamos detenerlos..., avisar al menos al puesto de mando.

Teodoro avanza entre los soldados, cabizbajo, pensativo, sin ganas ni valor para decir nada que le deje más aún en evidencia.

—¿Esos? Esos son los de Guadiana. Habrás oído hablar, seguro.

—¡No *foches*, tú! —exclama Feliu, sorprendido—. Pues claro que he oído hablar. Tenía entendido que rondaban por Castilla... Lo último que me llegó era que estuvieron por las lindes de Motilla haciendo de las suyas. ¿Por qué habrán bajado para acá?

—No tengo ni idea, ni tampoco me importa. Pero una cosa has de saber, ¡y esto va por ti también, Teodoro! —El gesto iracundo al girarse hacia su amigo se distingue por la energía que desprende el miedo—. Mucho ojo con esos de ahí. Si la lían, si hay testigos y no están todos agrupados, entonces se pueden tomar medidas. De no ser así, mientras no anden jodiendo ni haciendo grandes escarnios, es mejor dejarlos tranquilos. Guadiana tiene muy mala folla y a más de uno se ha *cepillao* por menos del canto un duro. ¿Estamos?

—Estamos —confiere su superior, levantando las manos en señal de calma.

—¿Estamos o no estamos?! —Esta vez la pregunta va directa a Teodoro, que permanece en silencio mientras desata las riendas de su jamelgo—. Teo, ¡espabila, capullo!

—Estamos, estamos...

—Así me gusta —sentencia el Gordo—. No me alisté para acabar rajado de arriba abajo por un hatajo de rufianes malnacidos como ese. Tengamos la fiesta en paz y todo estará tranquilo en el condado.

—Pero... —duda el cabo Vidal— ¿y el carlista que iba con ellos? ¿Vamos a permitir que un enemigo del rey campe por ahí a sus anchas?

—Ese que dices no es otro que Robertito, el benjamín del señor Cotino. Se alistó hará cinco años en el bando enemigo, al igual que el viejo hizo en su día. Pero es un secreto a voces que, mientras no ande alardeando, es mejor no dar prenda. En cuanto consiga ropa nueva quemará el uniforme. Como te lo digo, Vidal. Además, entre la docena de hombres que acabamos de ver, al menos cinco son de la zona, que yo les conozco. Los de Guadiana son por lo menos treinta, con lo que entiendo que este grupo ha bajado a ver a sus familias una temporada... no creo que quieran montarla porque sí. Olvídalos, por favor, tengamos la fiesta en paz.

El trío de jinetes se adentra en Buñol atravesando el barrio de San Rafael con las primeras luces de los candiles y en silencio. Al llegar a Las Ventas, Teodoro devuelve el arma a los soldados y cada uno tira por un camino diferente, en dirección a sus respectivas casas. Solo Teodoro cambia su rumbo hacia casa ajena, hacia el hogar de Alberto. Necesita saber de Julia, saber cómo está, si ha descansado, si está más tranquila. Necesita oír de la voz de su andaluz que todo saldrá bien, que no hay mayor problema y que, tarde o temprano, el cabrón de Cotino abandonará el condado para echarse de nuevo al monte como un animal, como lo que es.

Al llegar a la casa de la familia Gabirol, Alberto lo está esperando en el portón que da a las cuadras. Sin mediar palabra, el judío desmonta y azuza a la bestia adentro de una palmada en la grupa. Alberto cierra la compuerta quedando a oscuras junto a su amigo del alma. Se funden en un

abrazo eterno; Teodoro tiembla de miedo e impotencia, de rabia, miseria y odio.

—Lo tenía a tiro, lo juro —susurra Teo, humedeciendo con sus lágrimas la camisa de Alberto.

El andaluz le sujeta con ternura la cabeza, enredando con los dedos los cabellos de Teodoro. No dice nada, solamente le regala un beso tierno y silencioso en la coronilla.

—Soy un miserable, un puto cobarde... un maricón.

Alberto, cogiendo todo el aire posible en sus pulmones, levanta el rostro del judío, secando con los pulgares la humedad de las mejillas de este.

—No digas *bocanás*, mi *arma* —le susurra—. Tú eres un valiente que lidia con todos esos cada día. —El granadino se ayuda con un gesto brusco de barbilla, apuntando hacia la calle—. Y por eso yo te quiero, maricón.

Otro beso, corto y húmedo, esta vez en la boca, silencia la réplica que Teodoro está a punto de soltar. Ambos dos se funden durante un minuto en un fuerte abrazo, sin decir nada más porque ya está todo dicho.

—¿Cómo está la gitana? —quiere saber Teo, ahora más calmado—. ¿Ha comido algo?

—Sí, ha comido y bien. La chica le ha preparado un mojete y se lo ha comido con hambre de lobo. Parece que el susto ya se le ha pasado... al menos lo mayor.

—¿Está despierta?

—Te está esperando. No ha querido irse a casa antes de que tú volvieras... es muy tozuda —añade golpeándose la cabeza con los nudillos—. Anda, vamos para dentro y cenas tú también. ¿Te quedarás hoy a dormir?

Los dos se miran, cómplices el uno del otro. Teodoro no responde porque la respuesta ya está dada. Después de un día como este, necesita del calor de su hombre para amanecer con energía.

—Vamos a ver a Julia —responde Teo, tras caminar por el patio hasta la puerta de la vivienda —, bandido.

Por primera vez en el día Teodoro dibuja una sincera sonrisa. La simple presencia de Alberto le hace sentir de nuevo seguro y fuerte, y la promesa de un mojete hecho del día siempre reconforta un espíritu cansado.

## NO-DIARIO DE LA GITANA ENTRADA PRIMERA

La gitana tuvo la desdicha de nacer en familia pobre, analfabeta, rural e itinerante. Apenas escribió diez palabras en su vida y, hacer aquello, la persiguió por el resto de sus días.

Jamás llevó un diario, ni siquiera supo qué era eso, pero si lo hubiera hecho, si sus sentimientos y pasiones hubieran sido trasladadas a palabras en un cuaderno, quizás entonces entenderíamos cuáles eran sus demonios, sus virtudes y alegrías, sus miedos, sus vergüenzas y tabúes.

Si todo aquello que vivió fuese contado, seguramente empezaría en el verano en que el judío y ella conocieron al andaluz. La historia de ellos tres dio comienzo aquel día, tras la visita a la feria ambulante, y continuó cada tarde al salir los chicos de las clases e ir al campamento de la gitana, para jugar junto al río.

Quizás, si la gitana hubiera plasmado sus sentires en papel, habría empezado diciendo que estaba locamente enamorada de aquel muchacho larguirucho y moreno, valiente, descarado y burlón. Hablaría del momento en que lo vio por primera vez en el camino, y de cómo les defendió del bruto de Roberto sin quitarse la sonrisa del rostro. De cómo su acento extraño, desprovisto de eses, encandilaba su corazón cada vez que se dirigía a ella. De cómo cada palabra, cada gesto de ternura, de amistad hacia ella, la colmaban de alegría y dicha. De cómo se esforzó cada día en aprender más y más cosas de él; e imaginaba en secreto que se casaba con Alberto y vivía una vida sencilla y feliz a su lado.

Luego, más tarde, según avanzásemos en la lectura de su intimidad imaginada, descubriríamos su desdicha oculta, el pesar callado que sentía al saber que él no la amaría, porque amaba a su mejor amigo. Descubriríamos cómo luchaba a cada instante contra los celos sin sentido que sufría al observar cómo ellos se miraban, cómo se tocaban, cómo se sonreían. Y también entenderíamos que desde siempre fue una luchadora, una guerrera que lidiaba cada día consigo misma y ganaba. Triunfaba ante la envidia, pues la amistad y el amor que la ataba a ellos dos eran más fuertes que ningún otro sentimiento cruzado.

Las inexistentes páginas de su diario hablarían de aquella tarde cálida en el Turche, y de cómo los juegos de los muchachos, que aparentaban pelear chapoteando en el agua verde cobriza, se tornaron en un beso húmedo y apasionado. Contarían cómo ella apartó la mirada y salió del paraje como alma que llevan los demonios, ruborizada y confusa, enfadada con sus amigos por traicionar un afecto que desconocían y también consigo misma por ser tan estúpida, tan chiquilla y caprichosa. ¿Cómo iba un muchacho de buena familia a querer algo con una gitana de campamento? Bastante tenía con su amistad, su camaradería, sus juegos y sonrisas.

Si las lágrimas gritadas a la noche estuvieran escritas en algún lado, nos hablarían de resignación y arrebatos, de madurez prematura y empatía, sentimientos de culpa, desasosiego y, al final, entendimiento y consecuencia... aunque la gitana no conocía el significado de estas palabras.

*Granada, 26 de agosto de 1931*

Alberto se levantó temprano, como tenía por costumbre, antes siquiera de que su nieto o Susana entraran en ese trance tranquilo que precede al despertar. Desayunó un poco y subió a su estudio, como cada día, para leer un rato y poner en orden sus recuerdos.

Al rato se pudo oír faenar a la sobrina por la casa: abrir las ventanas del cuarto, sacudir las colchas, despertar al joven Josete y preparar el café para el desayuno. Un cuarto de hora después ya se les oía charlar en la planta baja y el yayo decidió que era hora de tomar el segundo tentempié del día.

—Buenos días, tío —sonrió Susi—. ¿Miel o aceite y sal en la tostada?

—...

El silencio por respuesta, acompañado de un gruñido apagado, era su saludo matutino, pero ellos estaban más que habituados.

—Miel, entonces —sentenció ella sin perder el humor—, ¿ha dormido bien esta noche?

—...

—Que si ha dormido usted bien —insistió Susana.

—Sí, hija, sí. He dormido bien... de un tirón.

Josete devoraba su pan, ajeno al rifirrafe acostumbrado a esas horas entre los otros dos, mientras ojeaba el tesoro en forma de cuaderno que había conseguido la tarde anterior. Pasaba las hojas escritas de tres en tres y se detenía en aquellas que tenían dibujos o esquemas más elaborados, absorto por la extrañeza de lo que allí había anotado.

—Anoche estuvimos en La Caleta después de pasar *ancá* la tía Bernarda, ¿verdad, Josete? Por eso llegamos algo tarde... Espero que no le importe.

—... —contestó el yayo Alberto.

—Le estuve contando al muchacho este —dijo al pasar detrás de José y propinarle un suave pescozón— un poco de los tiempos en que usted y la tía Julia vivieron en Valencia.

Alberto levantó la vista por primera vez para mirar a su sobrina fijamente al cogote.

—Pero, claro —seguía ella, ajena a la mirada de barrena de su tío—, tampoco es que yo sepa demasiado. Como ustedes casi nunca hablan de esas cosas... ¡Cuéntale, Josete! Enséñale al tío lo que trajimos de la casona.

José agarró el diario con las manos llenas de aceite y se lo tendió al yayo Alberto con un gesto de triunfo.

—Es el diario de mi abuelo Teodoro. —Aquella sonrisa bobalicona casi no le cabía en el rostro—. Estaba entre un montón de trastos y pensé que usted podría decirme algo más sobre él.

Alberto lo sostuvo un segundo para dejarlo nuevamente en la mesa, cerrado, la mano extendida sobre la piel que lo protegía. La oscuridad de su examen se cernió impertérrita entre los dos jóvenes, yendo de una a otro a cada parpadeo, una línea pálida y temblorosa en sus labios prietos y agrietados. Al cabo de unos segundos, el anciano se levantó con el libro en una mano, como queriendo llevárselo consigo, sin mediar palabra; lo soltó de repente sobre la tabla, terminó de un

trago la achicoria y se fue de la cocina dejando una estela de silencio y mal humor.

—¡*Ohú!* No hay quien entienda al tío Alberto —dijo la prima Susi, como queriendo quitar hierro al asunto—. Siempre que sale el tema de Valencia o de tu abuelo se pone hecho un basilisco.

—¿Qué pasó con el abuelo?, ¿lo sabe usted?

—Qué voy a saber yo, *quillo*. Lo único que se sabe en la familia es que él y la tía Julia volvieron a Granada poco después que los abuelos... ni un año estuvieron allí tras la boda de Teodoro con la tía.

—¿Y nunca han contado nada?

—Ni una *mijilla* soltaron los muy malajes. Llegaron con tu padre en un canasto y cuatro cosas mal traídas. Por lo que se dice lo perdieron todo allá; ahora, el porqué yo no lo sé. Después se casaron entre ellos y el tío se puso a faenar en los negocios del abuelo Adolfo. Pero, vamos, que algo muy malo les tuvo que suceder, digo yo, para tanto secretismo. ¿Dice algo ese cuaderno tuyo?

—De momento no he leído nada —contestó Josete, recogiendo el libro de la otra punta de la mesa—. Anoche lo estuve hojeando un poco pero casi todo son apuntes de obras, aparatos y cosas así...

—Déjame ver.

Susana se sentó junto a su primo y fue pasando las hojas de una en una.

—Pues sí que tenía buena letra tu abuelo. Era un manitas el hombre, eso sí que lo sé yo, que siempre lo decían cuando hablaban de él... las pocas veces que lo hacían.

—¿Conoció usted a mi abuela?

—Era niña cuando murió, la pobre tía Julia. —Susi se santiguó al mencionar a la difunta—. Pero siempre tenía algo amable que decir. Pasé muchas tardes con ella cuando estuvo en cama, y siempre le leía cuentos; le encantaban las historias de piratas o de barcos en busca de tesoros. A veces, cuando terminaba de leer alguno de ellos, me pedía que le dejase el libro y lo miraba página a página, como si leyera poco a poco lo que estaba escrito; aunque el tío siempre dijo que Julia era analfabeta, yo creo que algo sí sabía... No sé, eso me parecía, porque, cuando miraba las palabras, se sonreía y los ojos le brillaban con una luz especial. Luego, pasado un rato, le venía la tristeza y decía que estaba cansada, que necesitaba dormir. Entonces la dejaba con el libro en el regazo y me salía de la habitación.

—¿De qué murió?

—Se la llevaron las fiebres, las alegres fiebres, como ella decía. Cuando le subía mucho la temperatura deliraba y se ponía a cantar saetas mal *entonás*. Y después se tiraba una semana con dolores por todo el cuerpo. Al poco, nos dejó.

Un silencio comandado por un ángel atravesó por un segundo la cocina de la casa.

—Me hubiera gustado conocerla —dijo Josete—. Seguro que a mí sí me habría contado cosas del pueblo de Valencia.

—Seguro que sí —concedió la prima Susi—. Aunque a tu padre poco o nada le contaron, tú eres diferente. Sabes escuchar y sonsacar a las personas. Hablaba mucho de María, debió de ser tu tatarabuela.

—¿Mi tatarabuela?

—Exacto, *quillo*, la madre de tu abuelo Teodoro.

—Voy a insistir —dijo José, frunciendo el ceño—. Averiguaré qué pasó con el abuelo



Teodoro, quizá este cuaderno me ayude a saber algo más de él... ¿Cómo llegaría hasta la casa de Bernarda?

—Porque los tíos, al llegar de Valencia, estuvieron viviendo allí una buena temporada. Supongo que se lo trajeron en el viaje y allí lo dejaron, olvidado, lo más seguro.

Arriba, en el estudio de Alberto, se escuchó un ruido seco, seguido de un arañar en la tarima.

—Ya está moviendo muebles el abuelo.

—Lo hace siempre que se enfada —dijo Susana—. Déjale tranquilo unos días y verás cómo se ablanda. Si alguien puede sacarle palabra alguna, ese eres tú, Josete.

El chaval se quedó mirando al techo, como queriendo adivinar lo que su yayo estaba haciendo.

—¡Venga! —Lo interrumpió la prima Susi—. Ayúdame a recoger esto y luego nos vamos a la plaza. Parece que hoy no va a calentar demasiado... Con suerte hasta llueve un poco.

El joven cerró de nuevo el libro, guardándolo en una cartera, y se puso a la faena con su prima querida. Una tenue llama se había prendido en su interior, una chispa curiosa por saber más sobre sus ancestros, sobre la historia oculta de aquella familia que tanto tenía que guardar. Era tozudo, y esa cabezonería le obligaba a no cejar en el empeño de conocer los secretos del cuaderno de su abuelo, los secretos de su procedencia.

*Buñol, 2 de agosto de 1884*

El judío recorre la parte baja del techado una y otra vez, como un lobo encerrado en una jaula. Llevan allí media hora y ya se ha fumado al menos quince pitillos. Alberto, en cambio, permanece sentado sobre un fardo de alfalfa con las manos cruzadas ante sí. De tanto en cuanto se frota la parte alta de la nariz como para hacer fluir alguna solución... El perfecto peinado de raya a un lado ahora se asemeja más a un nido de abubilla que a la cabeza de un señorito de bien.

El Gordo también está en el patio, sentado en el suelo, a la sombra del murete que divide el pajar con la casona, y se mantiene aparte mientras los dos amantes se devanan la sesera.

—¿Estás seguro de que es cierto? —quiere saber, de nuevo, el andaluz.

—¿Otra vez? ¡¿Cómo quieres que lo sepa?! —contesta Teodoro sin detenerse en su deambular—. ¡¿Acaso tengo cara de matasanos?!.

—No lo sé, ¡joder! A lo mejor tú le has notado algún cambio...

—¡¡Que no, hombre!! Si ella dice que está preñada pues lo estará.

—¡*La vín!*

—Si es que... también es mala suerte. ¡Para una vez que se la follan a la tía, va y se queda preñada!

—¡Chist! —le chista Alberto—. No grites tanto, que te van a oír en la casa.

El Gordo suelta un «já» sonoro y seco.

—¡Me suda los huevos que me oigan, Alberto! La gitana está embarazada y si el viejo se entera le limpia el forro. Tú no la has visto esta mañana, no. Estaba desencajada de miedo. Hace tiempo que la madre quiere arreglarle matrimonio con uno de Valencia, una familia que maneja bastante con caballos y toros bravos. Si cuando le hagan lo del pañuelito no lo mancha... —zarandea el dedo índice en alto mientras dice esto último—, la deshonra caerá sobre los Hernández y los palos sobre su espalda... Pues no se las gasta menudas el patriarca.

Alberto, rendido ante la furia de Teodoro, guarda silencio y retoma su postura con las manos en la cabeza y los codos sobre sus rodillas. El judío enciende otro cigarro y prosigue su caminar inquieto, dándole un puntapié a un tocón de madera carcomida. Una cigarra le canta al astro rey con las últimas energías del verano, una saeta eterna y tediosa que aumenta o disminuye según el aire hace zarandear las ramas del naranjo en que habita.

—Tengo una idea —sostiene Alberto pasado un buen rato—. Escucha, *quillo*.

Teo no atiende a sus palabras y apaga con desgana la colilla en un barreño de hojalata, dando la espalda a su interlocutor. Acto seguido, saca su pitillera en busca de otro cilindro pero está vacía. Con un mal gesto la lanza contra el montón de paja del fondo del cobertizo, haciéndola desaparecer entre una leve polvareda.

—Serás *chavea* —le tienta el granadino.

Pedro chista al judío y le lanza un pitillo al pecho con un guiño y una sonrisa.

—Anda, vente *pa cá* y oye lo que te digo. —Teo no responde—. ¡Que vengas ya, cojones! —Se desespera el andaluz.

El joven se da la vuelta y se acerca hasta el fardo seco.

—Siéntate, va. —Teodoro obedece—. Mira, ayer tarde me llegó una buena noticia... ¿Te acuerdas de la propuesta que le hice al municipio, el presupuesto y toda la vaina?

—¿Lo del nuevo cementerio?

—Eso mismo.

Teodoro asiente, callado. Ahora no le interesan los temas referentes al futuro laboral de su querido, por mucha ilusión que tuvieran ambos en ellos.

—Pues ya está, malaje. ¡Que me lo han aceptado!

Alberto se pone en pie y le asesta tres directos al saco de heno que tiene colgado de una de las vigas, haciendo que retumbe toda la estructura sobre sus cabezas.

—Se lo ha ganado —canturrea el Gordo mirando al cielo.

—Eso está muy bien, Alberto, pero ahora...

—Que no, que no te enteras —le corta—. Que ahora no voy a vivir más en esta casa, como habíamos pensado. Que la choza del barranco va a ser mía ya. Con el primer salario pago la entrada, y en cuestión de tres o cuatro años, pagadas las letras y se acabó el esconderse.

—¿CÓ! ¿Qué tendrá eso que ver con Julita y su problema?

—Pues todo, mi *arma*, pues todo. —Alberto se sienta a horcajadas sobre la alpaca y agarra al judío por los hombros, obligándole a encararse a él—. ¿Es que no lo ves? En una casa así voy a necesitar servicio y, ¿qué mejor servicio que la mujer de mi mejor amigo?

—Pero ¿qué dices? Esa casa es muy pequeña.

—Da igual.

—¿Tú estás loco? —dice Teodoro, levantando los brazos—. ¿Qué mujer ni qué mujer?

—Que sí, cojones. Que tú lo que tienes que hacer es casarte con la gitana pero ya, antes de que nadie se percate del bombo. Al gitano padre le va a dar un mal pero entre ellos esas cosas se respetan, que lo sé yo de buena mano.

—Pero tú... —balbucea Teo—, ¿tú...?

—Ni yo ni leches. Tú te casas, que yo te doy la dote y todo lo que haga falta. Os venís a vivir a mi casa y allí criamos a la criatura como es debido. La Julita se sale del camino, que nada bueno le va a traer a la larga, y a ti te contrato como albañil, que mal del todo no se te da.

»En esa casa hay espacio de sobra para mi estudio, tres habitaciones con una cocina bien grande, corral y gallinero. Hasta podrás montar un buen taller para tus inventos, muñequitos y marionetas. ¡Con todas las herramientas que necesites! Mira: tú no te preocupes por nada, que tengo parné de sobra ahorrado para la señal y los muebles. Cortinas, cazuelas, arreos... lo que sea necesario. El contrato es de cinco años pero con la cantidad de obra que necesita este pueblo, te aseguro yo que, mínimo, diez no se los quitan ni con palanca.

Teo no ha podido evitar dibujar una amplia sonrisa ante el sueño de Alberto. Aquel plan suena tan bien, tan perfecto, que sabe que algo se le está escapando. Guarda silencio casi un minuto, buscando una réplica plausible a la propuesta, pero no la encuentra por ningún sitio.

—¿No dices nada?

—No sé...

—¿Qué no sabes? ¡Es perfecto! Tú y yo juntos por fin. Sin trabas, sin mentiras... bueno, con una muy grande, pero eso da lo mismo. El niño de la gitana con un padre que lo quiera. ¿Qué digo un padre? ¡Con dos padrazos que vamos a ser para el chiquillo! Nos aseguraremos de que reciba

una buena educación. La gitana feliz y a salvo, viviendo en una casa y no en esa choza en la que se juntan todos esos... —El andaluz le añade dramatismo con una sacudida de dedos hacia fuera—. No hay grietas, no hay pegas, querido.

El judío intenta poner seriedad en su rostro pero la desorbitante ilusión del andaluz impide que la sonrisa se le borre. La familia de Alberto regresa a Andalucía, pues su padre ha vendido el batán y sus derechos a los Cotino. El granadino lleva semanas pensando qué hacer: si volverse con ellos a Granada o quedarse en el pueblo y empezar una vida por su cuenta. La noticia de la concesión del ayuntamiento, un contrato por cinco años... A simple vista, los planes que tiene de emanciparse y vivir con él ahora no parecen tan lejanos.

—Entonces... —duda Teo.

—Entonces te vas a buscar a Julia y le dices que se calme. Yo voy a hablar con mi padre y le voy poniendo en situación para cuando lleguéis mañana a la mañana. No pondrá muchas pegas a sufragar la boda y, además, está deseando que me emancipe. Seguro que hasta él aporta algo a esta empresa con tal de que me establezca por mi cuenta de una vez. La semana que viene firmaré los contratos con el alcalde y recibiré el primer pago, según me han dicho... Para el mes que viene, como tarde, estaremos los tres viviendo felices bajo el mismo techo.

—No saldrá bien —interviene el Gordo, por primera vez en un buen rato—. Estáis mal de la mollera y todo esto os va a reventar en la cara... —Se pone en pie y se sacude la ropa—. Vosotros sabréis. Me voy a casa, que ya es tarde.

—¿Irás a la partida de esta noche? —pregunta el andaluz mientras Pedro camina hacia la calle.

—Supongo que sí —responde él—. Aunque el otro día ya perdimos suficientes cuartos... Luego te veo —sentencia.

Teo y Alberto no dicen nada.

Se despiden de su amigo con un gesto y se quedan ahí, en silencio tenso, mirándose el uno al otro con miedo y esperanza a partes iguales.



A saber qué milonga le ha contado Julia a su madre para que, a estas horas de la tarde, con los hombres ya en el campamento y la cena a punto de ser servida, esta le permita salir de la chabola para haraganear con el judío. Eso no importa ahora, qué más dará. Lo que interesa es saber que el corazón de la muchacha está encogido de miedo y angustia, sin saber si su amigo le trae buenas nuevas o si, definitivamente, pretende darle portazo y dejarla a su sino de gitana con el bombo y el canguelo frente a un clan arraigado en la costumbre, en ancestral tradición de dogmas inflexibles que someten y consideran a la mujer como mero utensilio del hogar, moneda de cambio con la dote y poco más.

La vaguada oriental se sumerge en la foresta y la gitana acorta el camino hasta la charca en línea recta, probando el frío de las aguas con los pies y las rodillas, y un palmo del blusón ajado que hoy la abriga del relente.

Teodoro la espera en la roca, ese minúsculo risco emergente que antaño les sirvió de venturosa nao imaginada en sus juegos veraniegos. No puede verlo en la sombra pero sabe que está ahí, pues el ascua diminuta de un cigarro brilla como un faro en mitad de la tormenta.

—Ya estoy aquí. —Procura sostener el timbre seco la gitana. Que no se le note el nerviosismo —. ¿Qué quieres, Teodoro? Tengo mucha faena en casa.

—Ju-julia, yo... —El judío se atraganta—. Verás, yo...

—¡Tus *mules*, Teíto! No estoy para bobadas. Arranca de una vez.

El joven Teodoro fija el rostro en el gris de la roca en la que está sentado, no levanta los ojos ni la mira risueño, como tiene por costumbre, y ese detalle pone en situación a Julia; una situación que se viene imaginando desde el día que le dijo que estaba preñada, que lleva tres semanas de retraso y las arcadas y vahídos aseguran, sin posibilidad de error, que en su vientre se gesta la semilla del bastardo de Cotino.

La muchacha se lo ve venir; endurece el rostro, aprieta la garganta y encoge el corazón preparándose para el rechazo de su mejor amigo, adelantándose a las lágrimas, al desconsuelo. Que no la vea llorar ni derretirse, ni mucho menos suplicar. Orgullo de raza que de nada sirve pero que, a fuerza de costumbre, es la única arma que le queda en este preciso momento.

—Y-yo... verás: he estado hablando con Alberto, ¿sa-sabes?

—...

Julia atraviesa con la mirada el bulto negro que conforma su amigo sobre la piedra, con los brazos cruzados sobre el pecho y el agua llegándole al ombligo.

—Mira —retoma el judío—, hemos estado hablando mucho, mucho rato, allá en su casa, y tenemos una solución a tu... a t-tu... a tu problema.

—¿A mi problema? —El bufido tras la pregunta casi hace vaciar las narices de la muchacha —. Termina de una vez, maldita sea.

—No te enfades, Julita, por favor. Te vamos a ayudar.

—¿Ah, sí? —Baja la voz pero no el tono—. ¿Y cómo se supone que me vais a ayudar vosotros? ¿Sois matasanos o algo así y me vais a sacar al bebé de la barriga?

—N-no. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Teodoro da un respingo y se sumerge en el agua, de frente a su amiga.

La gitana retrocede pero el joven la sujeta de las manos; por primera vez sus ojos se encuentran con la furibunda mirada de Julia. Una chispa de esperanza brota en la penumbra de la poza y atraviesa a la gitana. El corazón encogido de ella se dilata, su garganta afloja de tal forma que las lágrimas imploran emerger a borbotones ante el calor y el amor desprendido del judío.

Pero Julia aguanta, impertérrita, pues no quiere albergar esperanza que después la dañe más aún.

—Entonces... —Teodoro no se decide. Atrae las manos de su amiga hasta sus labios y respira todo el aire del paraje fluvial que los esconde—. Julia, ¿quieres casarte conmigo?

Julia se desprende de los hábiles dedos del judío y retrocede un corto paso. Su corazón bombea frenético y ella se sumerge en el agua de la poza sin decir nada; solamente un grito burbujeante se escucha en el oscurecido lugar mientras el joven, inmóvil y empapado, espera que termine la reacción desesperada de su amiga. Al emerger la gitana, muy despacio, con sus negros bucles chorreantes sobre los hombros temblorosos, la sonrisa de la chica muestra un rostro diferente, luz de esperanza, amor fraternal, amistad verdadera que se funde en un abrazo mientras la sal y el azúcar se vierten entremezclados en el pecho de Teodoro, su querido amigo del alma.



Es de noche cuando Teo entra en su casa. La lámpara de aceite del recibidor está apagada pero de la cocina emerge una tenue luz que le indica que madre ya está en fajina con la cena. El inconfundible olor a pan tostado y tocino le hace la boca agua; migas pastoras antes de irse a dormir. El judío sonríe de placer.

—¿Ya estás aquí? —La portezuela que da al taller de su padre se abre levemente, asomando este las pequeñas gafas de montura circular—. Ven un momento, hijo. Échame una mano con esto.

El pequeño taller está abarrotado de cachivaches por doquier: de las paredes cuelgan multitud de mecanismos de relojes estropeados o incompletos, acompañados por engranajes de diversos tamaños enganchados a varillas de hierro dulce, dobladas como garfios de carnicería. En una estantería se acumulan las agujas de muchos de ellos; llaves de paso, llaves fijas, destornilladores y carracas, varios tarros repletos de tuercas, tornillos y arandelas, latas de aceite, trapos ennegrecidos por la grasa y algunas brochas pequeñas con las cerdas apelonadas y duras por el pegamento y las colas reseca. A ambos lados de la entrada, amontonadas contra las paredes, unas cajas de madera albergan más dispositivos y utensilios inútiles desde hace mucho tiempo; el cuerpo mancillado de un par de guitarras, la ballesta trasera de un carro antiguo, martillos, tenazas, un yunque olvidado cubierto de óxido y el esqueleto de un velocípedo que en su día fuera azul y violeta. En algún rincón escondido estarán los pedales y el sillín, mientras las ruedas, retorcidas y desprovistas de muchos de sus radios, permanecen colgadas del techo como jamones en un secadero.

La estancia está iluminada por una docena de velas de sebo y el humo desprende un tufo fuerte y penetrante, creando una atmósfera un tanto tétrica y cargada. En el rincón derecho del fondo, sobre la mesa de trabajo de su padre, un puñado de herramientas rodea la corona de un enorme reloj de pared. Los péndulos de bronce y las cadenillas que sustentan las pesas reposan sobre un cojín en el suelo, junto al cristal protector de las manecillas.

—Necesito que me ayudes con este mecanismo —le dice el enjuto hombre, sin detenerse a comprobar si Teo ha entrado con él—. Soy incapaz de encajar el oscilador a la rueda de balancines... Me estoy haciendo viejo, ¿sabes?

—Espere, padre —responde Teo con educación—. Se olvida usted del resorte en espiral... así, pruebe ahora.

El joven sujeta con índices y pulgares la pieza sobre el mecanismo mientras el viejo, con mucha calma, coloca el péndulo en su sitio, encajándolo con un ligero clic.

—Ya está —suspira el anciano—, menos mal que has venido, hijo. ¿Qué haría yo sin ti?

—Podría empezar por airear el taller, padre. Y poner unas lámparas de aceite, que dan más luz y no apestan tanto, por ejemplo.

—¡Bah, bah, bah! —protesta el viejo—. No estamos para andar derrochando en queroseno. Con esta luz tengo más que de sobra... Además —añade, tozudo—, el problema no es la luz, Teodoro, el problema es que ya no tengo el pulso como antaño.

—Algún día tendrá que jubilarse, padre. Debería dejar de aceptar encargos que, más que beneficios, no le traen sino quebraderos de cabeza.

—¿Y qué se supone que iba a hacer entonces, eh?

—No sé —responde Teo. No es la primera ni será la última vez que mantiene una

conversación similar con su padre. Aun así, él insiste siempre que tiene ocasión—. Salir a la calle, bajar al musical, jugar la partida... esas cosas que hacen los hombres...

—Esas cosas que hacen los mamarrachos esos que andan por ahí —protesta, airado—. Toda mi vida he tenido que aguantar sus bromas e insultos... que si judío por aquí, que si judío por allá... ¡no! —sentencia—. No pienso aguantar esos comentarios ni una sola vez más. Dios me guarde.

—Lo que usted diga, padre —responde el hijo, aburrido del mismo sermón autocompasivo de siempre—. Voy a ver si madre tiene la cena preparada...

—Espera, espera... tengo una cosa para ti. —El septuagenario rebusca en un cajón repleto de manuales y papeles. Extrae un cuaderno bastante gordo y desgastado, con cubiertas de piel y ribete dorado, y se lo tiende a su hijo con una amplia sonrisa—. El tío Moisés faltó la semana pasada. Esta mañana ha llegado un correo de Valencia con el reparto de la herencia... A nosotros nos han quedado un par de fanegadas de labranza junto a la Albufera. Mañana mismo iré a ver al abogado para que las saque a la venta, no pretendo ponerme ahora a aprender a trabajar la tierra.

—¿Qué es esto? —pregunta Teodoro, recogiendo el grueso volumen.

—Además de las escrituras, el cartero trajo una maleta con libros, cartas y cosas así. Esto es para ti. Es un diario, un manual de trabajo para inventores que el tío Moi conservaba desde niño... Él también lo heredó y creo que a ti te va a venir de perlas para ese autómeta tuyo, si es que algún día te da por acabarlo...

El padre dice esto último mirando de soslayo el rincón oscuro donde Teo tiene su mesa de trabajo. Cubierto con una sábana llena de polvo y telarañas, permanece en espera el único invento que el joven empezó en su día y que nunca llevó a buen término.

Teo frunce el ceño, inseguro e incrédulo, pero su padre enseguida lo insta a cambiar de tema:

—Anda, ve a ver a tu madre —zanja, acompañándose de una sonora palmada—. La cena debe de estar casi lista, por lo que se huele, ¿no crees? Ve poniendo la mesa mientras termino de montar el reloj de don Joaquín. Enseguida salgo yo también.

La familia toma la cena rápidamente, como de costumbre en esa casa, sin detenerse a charlar ni comentar nada acerca de la jornada transcurrida. Al acabar, mientras María recoge, su padre se va a la alacena y regresa a la mesa con una botella de brandi y tres copas de cristal ahumado.

—Siéntate con nosotros, mujer —indica el hombre con una sonrisa en el rostro—. Esto hay que celebrarlo.

María deposita en la pila los platos y tapa la cazuela con un trapo antes de sentarse. José, pletórico, colma los tres vasos frente a sí.

—Nunca pensé que diría algo así. —Sostiene su copa en alto mientras dice esto—. Brindo por la vida del tío Moisés. Por la buena vida que llevó a base de trabajar, ahorrar y guardar como buen descendiente de sefardís que era. Tacaño y cascarrabias, sí. Un tanto maleducado, también, para qué negarlo. Pero al final, por lo que se ve, algo de estima nos guardaba a nosotros, su familia paupérrima y pordiosera...

—¡José! —le chista María—. Un respeto al difunto, por dios.

—Está bien —concede—... por Moisés Eladio Azag. Por su vida y su memoria, por su recuerdo y herencia. Una herencia que, si todo sale bien, nos dará un respiro económico duradero.

—¡Por el tío Moi! —jalea Teodoro.

—¡Por el tío Moi! —contestan al unísono sus padres.

La noche avanza mientras los tres van dando buena cuenta de la botella, charlando e imaginando qué hacer con las doscientas o trescientas pesetas que sacarán con la venta de las tierras. La alegría es contagiosa y hace que Teo se olvide por un rato del acuciante problema que se traen entre manos él y sus amigos.

Durante un buen tiempo, mientras bebe, ríe y conjetura junto a sus progenitores, arrincona el mal fario traído con la noticia del embarazo de su amiga, aísla el desasosiego que le supone tener que decir a su familia que va a contraer matrimonio con Julita la gitana, que abandonará en breve el nido para irse a vivir a casa de los Gabirol, a casa de Alberto, a casa de aquel que tanta rabia da a su padre por conducirlo —según él— a una vida de pecado y contra natura. Porque en casa todo se sabe al final. Porque en el pueblo hace años que se cuchichea sobre la supuesta amistad de los dos muchachos, sobre sus paseos a solas, sus desapariciones los días de feria, en el baile con la charanga.

La alegría de sus padres lo abstrae de la conversación mantenida apenas dos horas antes con su amiga del alma. Aparta los reproches y negativas de esta ante el ofrecimiento de matrimonio. El llanto desesperado de la gitana por albergar en su vientre el vástago de un maleante, la deshonra ante su familia, la resignación a tener que contraer nupcias con alguien que la quiere, sí, pero que no la ama como una mujer desea ser amada. De saber que, si atiende al plan del andaluz, jamás hallará un hombre que la colme, que le dé hijos como ella querría.

Entrada ya la medianoche, José, borracho de brandi y esperanza, se retira al cuarto, que mañana será otro día. Teodoro sigue sus pasos y comienza a desnudarse frente a la cama, pensativo, taciturno.

Tres golpes de nudillo contra el marco, casi tres caricias susurrantes, y María entrecierra con cuidado tras de sí la puerta de la alcoba.

—¿Qué te pasa, mi niño? —La mujer se sienta en la esquina del colchón de lana y trapos para ver de cerca el rostro de su hijo—. Cuéntame, Teo. Estás muy callado. ¿Es que no te alegra la noticia de la herencia?

—No es eso, madre.

El joven evita la mirada directa y tierna de su madre. Le conoce porque lo ha parido y criado toda la vida y él sabe que no la puede engañar, a ella no.

—¿Qué, entonces?

—Cosas mías, madre. No se preocupe.

Dando la espalda a la mujer para ganar tiempo y recomponer lo mejor que pueda el rostro, Teodoro deposita con cuidado la ropa sobre la silla de mimbre que hay en el rincón.

«Sé fiel a ti mismo, a tu corazón —le dice ella mil y una veces—. Tú eres un buen chico, no te avergüences por nada. Si el sentimiento es puro».

Ella, su madre, siempre entiende los miedos y las dudas de su niño. Jamás osó juzgarlo ni censurarlo. Nunca una mala cara, una regañina, un reproche. Todo lo contrario, se siente orgullosa de él, de su niño grande, de la valentía que, según ella, demuestra al combatir las costumbres a favor de sus sentimientos.

María conoce de sobra el romance que Alberto y él mantienen desde hace años. Incluso antes de darse el primer beso bajo la cascada del Turche, ella supo que entre los dos chicos había algo más profundo que una simple amistad, y cuando Teodoro se armó de valor y le contó lo que sentía, ella se limitó a sonreír, abrazarle y decirle que le quería pasara lo que pasase.



Desde aquel día su madre es un alivio de presión, un sumidero por el que soltar todos sus temores, sus dudas, sus anhelos. Y ahora... ahora le va a decir que se casa con Julita. Que traiciona su naturaleza en pos de una vida más cómoda, que vivirá con el hombre que ama bajo una gran mentira y ante todo el pueblo. Cuando todo el pueblo ya sospecha que ellos dos son unos desviados, unos sodomitas... Traición por partida doble.

Si padre no sale a jugar la partida al musical, no es por los comentarios estúpidos de los hombres hacia su ascendencia, eso es agua pasada que no mueve ni molino ni nada. Lo que José no soporta son las miradas de soslayo, los chascarrillos y susurros a sus espaldas. Las indirectas que de vez en cuando tiene que escuchar sobre su hijo o los comentarios jocosos y humillantes hacia los hombres de «la otra acera». Y ahora, para más inri, él se va a vivir con Alberto... No sabe cómo abordar aquella conversación que tanto busca su madre, ni tampoco tiene ganas ni fuerzas para explicar los detalles. Además, ha dado su palabra a la gitana de no decir nada sobre la violación de Cotino y el joven Teodoro es leal a los suyos. Y nadie es más suya que Julita, desde siempre, y Alberto, su querido y admirado Alberto.

—Está bien, hijo —se resigna la mujer—. Como tú quieras.

Levantándose muy despacio se alisa una inexistente arruga en el delantal y, con un sonoro suspiro, comienza a caminar hacia la puerta de la alcoba.

—Descansa, que mañana será otro día —susurra ella, abriendo la puerta solamente un poquito—. ¿Acompañarás a tu padre a ver al procurador?

—Supongo que sí...

—Eso está bien. Hasta mañana, cielo.

María termina de abrir la puerta que da al comedor lanzando otro sonoro suspiro.

—Espere —interrumpe Teodoro. El chantaje emocional ha surtido el efecto deseado—. Hay algo que debo contarle... y a padre también, aunque ahora no sea el momento.

La mujer cierra rápidamente la puerta y se sienta de nuevo en la cama, intentando disimular una sonrisa de satisfacción.

—Madre...

—¿Sí, Teodoro?

—Madre, yo... voy a casarme.

María se lleva las manos al rostro, tapándose boca, nariz y ojos. Una larga aspiración, húmeda y mocososa, hace saber al judío que su madre ha roto a llorar.

—Madre, por favor, no llore usted.

Teo toma asiento junto a ella y le pasa un brazo por encima del hombro.

—¡Ay, mi niño! —musita ella entre sollozos enmudecidos—. Que se casa... ¡ay, mi niño!

Teodoro termina de abrazar a su madre y los dos lloran en silencio, a la tenue luz de la vela que titila moribunda sobre la mesita de noche.

—Pero tú amas al andaluz... no irás a...

—No, madre. Estese tranquila que no haré ninguna locura ni bobada.

—Entonces, ¿quién? —La acuosa mirada de la mujer se debate a toda velocidad entre los ojos de su hijo, rebotando de uno a otro sin descanso, incrédula, asustada, esperanzada. Presa al mismo tiempo de pánico y alegría.

—Julita.

—¡No!

—Sí, madre.

—Pero Julita... ¿y su familia?

Teodoro se levanta y se dirige a la puerta, abriéndola con cuidado de no hacer ningún ruido.

—Espere aquí —le dice tras inspeccionar el exterior y comprobar que padre ronca en su cuarto como un oso viejo—. Voy a por agua y un pañuelo. Ahora le cuento con detalle.



Falta poco para la cena y en el Casino Primitivo apenas si quedan doce hombres echando la partida, apurando tragos o remoloneando antes de irse a sus casas a cumplir con la parienta.

El señor alcalde, su secretario y el juez municipal se desafían en una de las mesas, agazapados tras las cuatro fichas de dominó que les quedan por jugar. Alberto y el Gordo les observan desde la barra sin terminarse el vino que han pedido.

—Bueno, ¿qué? —le chista el Gordo—. Que no tenemos toda la noche.

—Espera un poco, Pedro, *la vín*. ¿No ves que está ocupado?

—Já —se mofa el cabo—. Admite que estás cagado porque el trabajo, en el fondo, te viene bastante grande.

—Yo no admito nada. Lo que pasa es que don Joaquín es un hombre imponente y...

—¿Y qué?

—Pues eso. —El andaluz apura el trago con calma para ganar algo de tiempo—. Que no soy quién para molestarle por algo así... digo yo. Y menos si encima está con Moscardó y el juez López.

—Tienes miedo, venga ya. Crees que sabe que te gusta recoger aceitunas, ¿que no?

—Educación, Gordo, educación y pocas ganas de meter la pata. Eso es lo que tengo.

—Có, pero si ya te han dicho que aceptan tu presupuesto, capullo. El puesto es para ti, solo tienes que acercarte, saludar y decirle al alcalde que aceptas el cargo.

—No es tan sencillo.

—Sí que lo es. —Pedro el Gordo agarra el vaso y, sin decir nada más, se acerca a la mesa donde los ediles se juegan los cuartos—. Buenas noches —se arranca—, y disculpen la intromisión.

Los tres hombres, de primeras, no le atienden porque el juez ha colocado un doble cuatro sobre el tapete con un gesto de triunfo y satisfacción. Francisco Moscardó, el secretario, se lleva las manos a la cabeza de manera exagerada y don Joaquín, riendo como hiena, coloca su última ficha, aprovechando ese cuatro mal elegido por el magistrado.

—Bien jugado, Lucio, amigo mío. —La palmada en el hombro de su camarada resuena en las paredes del casino, ahora vacío de parroquianos—. Otro día ganaréis vosotros pero hoy, hoy os toca pagar las rondas —sentencia con una risilla cómica.

El juez López, un hombre entrado en años, de bigote plateado, ignora al alcalde para fijarse en el muchacho que espera paciente, en pie junto a la mesa.

—Yo te conozco, muchacho —le dice a Pedro, entrecerrando los ojos para verle mejor—. Tú eres hijo de Rogelio, ¿me equivoco?

El comentario hace que los otros dos desvíen su atención al Gordo.

—Sí, señor, así es. Me llamo Pedro... aunque todos en el pueblo me llaman Gordo, señor, Pedro el Gordo.

—No se me ocurre el porqué de ese mote, la verdad. —El chascarrillo del secretario pretende ser gracioso pero ninguno le secunda en la broma.

—Y bien —dice don Joaquín—. ¿En qué puedo ayudarte, Pedro?

—Verá, señor alcalde...

—Por favor —le interrumpe este—, llámame Joaquín.

—Claro, claro... verá, don Joaquín, aquí mi amigo quiere hablar con usted. Es el hijo de don Adolfo Gabirol, el granadino, usted me entiende...

—Cómo no —miente don Joaquín—. Acércate, joven.

Los tres hombres se levantan de su silla y recogen las chaquetas del respaldo. Alberto se acerca a la mesa con la mano extendida hacia el funcionario.

—Ayer le llegó la comunicación del ayuntamiento que daba como conforme a su presupuesto para las obras del pueblo y...

—Alberto Gabirol, señor Ballester. —El andaluz, nervioso, estrecha la mano del hombre sin apenas dejar que este se vista la chaquetilla. En el apretón, Alberto nota cómo el dedo índice del alcalde pulsa levemente su muñeca, un ligero gesto que, al no encontrar respuesta, se esfuma en un santiamén.

—Un placer conocerte, hijo —responde él—. Tu amigo nos estaba contando que has recibido notificación de la secretaria... ¿de qué estamos hablando?

—Del presupuesto para las reformas en Borrunes, señor. También para la rehabilitación del puente viejo y la construcción del nuevo camposanto, señor.

—Cementerio, Alberto, el nuevo cementerio. Lo de camposanto queda bastante arcaico... Déjase para los carcas esos, para los religiosos.

—¡Oye, Chimo! —protesta Lucio, el juez.

—Bah, no le hagas caso —dice con un gesto de mano, como quitándole importancia—. Acompañame a la barra y te invito a una última. —Consulta su reloj de bolsillo—. Es tarde pero puedo permitirme unos minutos con nuestro nuevo... ¿arquitecto?

—Arquitecto, sí, señor alcalde.

—Llámame Joaquín.

—Claro, Joaquín.

—Ven tú también, Paco —le dice al secretario, que ya está saliendo por la puerta del casino—, si el chico entra en el ayuntamiento, es más cosa tuya que mía.

Moscardó consulta su reloj con gesto de indignación pero el alcalde hace una mueca y el hombre se reúne en la barra con ellos.

—Háblame de ese presupuesto tuyo, chaval —comenta don Joaquín, risueño—. No te molesta que te llame chaval, ¿verdad?

—Me llamo Alberto, señor, pero no, para nada.

—Bien, bien —se alegra—. Tomemos una más antes de recogerlos en casa, ¿te parece?

El andaluz cabecea afirmativamente.

—¿Traes la notificación, Alberto?

—Sí, señor secretario —responde, y saca el papel de uno de los bolsillos de la chaqueta,

entregándoselo a Moscardó—. Como verá, está todo en orden... y sellado por el municipio.

Paco lo revisa y asiente, el alcalde lo recoge y, sin detenerse en el documento, sonrío al andaluz diciendo:

—Bienvenido a nuestro ayuntamiento, señor Gabirol.

El camarero termina de vaciar una botella de anís con los tres vasos preparados en la barra y los acerca unos centímetros.

—Por un futuro próspero —brinda don Joaquín.

—Por un futuro próspero. —Le imita Alberto.

Los tres hombres hacen chocar sus copas y beben. El contrato queda firmado.



—Le he dicho que se escape a vivir conmigo. Que cuando su padre venga a buscarla hablarán ustedes con él. No pondrá pegas porque es buen gitano y tiene otras hijas... Además, a mí me conoce desde que somos niños. ¿Harán eso por mí?

—Pero, entonces, ¿de quién es el niño?

—Mío, mamá.

—¿Seguro?

—Eso no importa ahora. Lo que importa es que Julia me necesita; nos necesita, madre.

—¿Y qué te ha dicho la niña?

—No veas cómo se ha puesto al principio... menuda es. Pero no le queda otra y se lo he hecho ver. Si el viejo se entera de que está preñada la va a matar a palos y no puede decir quién la preñó. No quiere hacerlo, mejor dicho.

—¿Entonces?

—Entonces, usted y padre hablarán con don José cuando venga a por la chica. Le dirán que soy muy buen hijo, con trabajo, porque voy a tener otro trabajo mejor. Y que conmigo la gitana va a salirse del camino para estar en una casa, de sirvienta. La casa de Alberto. Ella y yo viviremos en esa casa también.

—¿Tú ves eso buena idea? —se preocupa María—. Mira que luego las lenguas...

—Las lenguas ya hablan, madre, desde hace años. Por eso padre apenas sale del taller, por no oírlos. Pero a mí eso me importa poco.

»Mire, ya soy mayorcito y aquí, con ustedes, empiezo a ser un estorbo. —La mujer intenta interrumpirle pero Teo no la deja, continúa con la perorata—. El alcalde ha contratado al andaluz como arquitecto del municipio, un contrato largo, ¿sabe? Y va a necesitar un oficial que le lleve las obras, alguien de confianza. Ese soy yo, madre. Con el dinero que me gane podré mantener a Julia, pagar unos gastos y vivir mi propia vida.

»No piense que me iré del pueblo ni nada así. Seguiremos viéndonos todos los días y si usted o padre me necesitan, aquí me van a tener. Pero tengo que hacer esto, por favor. Necesito tomar las riendas de una vez... además, voy a reconocer a ese niño. Ahora voy a ser padre. ¿Qué me dice?

—¡Ay, hijo mío, qué loco estás!

—¿Hablará mañana con padre?

—Claro que sí, Teodoro. Te vamos a ayudar.

## NO-DIARIO DE LA GITANA

### ENTRADA SEGUNDA

La gitana no llevó un diario en su día a día. Tampoco le hizo falta pues su memoria era espléndida, capaz de recordar detalles ínfimos, gestos minúsculos, conversaciones susurradas que ni siquiera iban con ella.

Por eso jamás olvidaría las palabras de su padre aquella noche, mientras todos sus hermanos dormían y la madre recogía la chabola, aparentando no dar importancia al hecho de que, en pocos días, tendrían que abandonar el pueblo que vio nacer a sus dos niñas menores.

—Hay que tenerlo todo dispuesto para la semana próxima —dijo José el Gitano—. El tío Montoya pasará por el pueblo y nos uniremos a la caravana. No van a detenerse ni a tomar unos vinos, pues el patrón, por lo visto, tiene demasiada prisa, el payo.

La mujer faenaba sin enfrenar el rostro de su esposo, aprovechando los gestos que acercaban la manga a su cara para untarla de lágrimas furtivas. Los restos de la cena reposaban en el barreño y poco le quedaba para terminar de arreglar el camastro. Pronto no tendría más que hacer que la entretuviera, era preciso detener el llanto.

—Bueno, ya —sentenció la gitana—. ¿Y qué quieres que te diga?

—Nada, mujer. Solo quiero que lo sepas para que a los churumbeles los tengas preparados. No quisiera, por mis *mules*, que montaran una escena ese día.

—Estate tranquilo, marido. Que los chicos saben bien callar cuando toca.

Aunque las palabras apenas si se oían en el habitáculo central de la chabola, susurradas, casi pellizcadas en el aire ahumado del cuartucho, la joven las sintió como un *quejío* aullante. Escuchó los ruidos de la madre al sorberse las narices, el temblor disfrazado de firmeza en las palabras del padre, el silencio atronador que se dedicaban a cada mirada, a cada gesto, la última palabra del gitano, antes de abandonar la mesa y salir a fumar a la calle.

—Maldición —masculló entre dientes.

Y salió a patear las piedras pequeñas del campamento que hacía dieciséis años que era su hogar.

La mujer se acostó en silencio, reprimiendo víscera y cerebro. Y la niña, desvelada ante el torrente de situaciones acaecidas en las últimas semanas, decidió desobedecer y salir a tumbarse junto a ella.

—¿Nos tenemos que ir del pueblo, madre? —preguntó, por decir algo para empezar.

—Sí, niña mía. En dos semanas desmontamos.

La joven guardó un silencio que su madre, al principio, interpretó como gesto deferente, confuso quizás ante un éxodo que ni ella ni su hermana habían conocido antes.

—Yo no iré con ustedes, madre.

—Tú vendrás con los tuyos, con tu sangre. —La gitana se incorporó y sujetó a la hija de los hombros—. ¿Me oyes, niña? No digas tonterías, que bastante tengo ya.

La joven sostuvo la mirada azabache de su madre, dispuesta a reventar de un sopapo la ilusión

de mantener a su clan unido por un tiempo al menos.

—Yo me quedo, madre. Está dicho y ahí se queda.

—¡¿Qué dices, niña?! —El tono empezaba a ser exasperado—. Achanta la *mui* y tira *pa* la cama, que si te oye tu *pai*, te lo saca a *gorrazos* de la mollera.

—Que no, madre. —La joven, encarándose a su progenitora, arrugó el morro y se puso en jarras delante el catre, desafiante—. Que estoy *preñádel* judío y me voy a escapar con él —sentenció—. Os guste o no, nos vamos a casar y yo me quedo aquí, en el pueblo.

Si la joven hubiera llevado un diario, habría plasmado el llanto de rabia y confusión de su madre. Describiría los golpes, patadas y juramentos del patriarca. Hablaría del revuelo del campamento en mitad de la noche, despiertas las nueve familias que lo formaban, al no entender qué sucedía en casa del tío José. Contaría las maldiciones enconadas de su padre por ramera, por deshonar a su familia, a su clan. Por mancillar esa flor que con tanta esperanza guardaba el gitano, pues bien valdría unas monedas llegado el momento, que estaba cerca, y encontrando una familia gitana con *parné* que la quisiera para ellos.

Si las vivencias de la gitana se escribieran, nos dirían que esa misma noche, sin coger siquiera ropa, la muchacha agarró su burra, que para eso era suya, y subió entre llantos por la cuesta, hasta la casa de los Gabirol. Hasta la casa de su querido andaluz.

Si las palabras de Julita encontrasen algún día un papel donde escribirse, hablarían de dolor y rabia, desarraigo y traición. Hablarían de decisiones obligadas, no buscadas, arrastradas como hojas en otoño por el suelo, por la tierra, por el fango.

*Buñol, 30 de agosto de 1884*

Pocas son las personas congregadas hoy para ser sábado a mediodía, verano y por celebrarse un insólito enlace entre el hijo de José el judío y una gitana del ahora inexistente campamento junto al río. Contando los Gabirol, los curiosos, los cotillas y algunas amistades que se han acercado para ser testigos, apenas si suman treinta individuos en la plaza.

La familia Azag ha viajado desde Valencia hasta Buñol para asistir a la inesperada boda del primo Teodoro; Josefa y Adelina Azag, hermanas menores de la familia, han acudido con sus hijos y ahora cacarean entre ellas sin quitar un ojo a los niños y niñas, nueve en total, que juegan dando patadas al balón contra el muro este de la iglesia. Los hombres, el padre del novio, sus cuñados y algún que otro sobrino se mantienen apartados mientras sostienen conversaciones sin más valor que el de ponerse al día, alardear —algunos— de sus prósperos negocios en la ciudad y comentar sin mucho afán las escasas bondades que el clima de la hoya ofrece en esta época del año, pues el calor es asfixiante aun siendo poco más de las diez de la mañana.

—No va a venir —dice el judío.

Teodoro se refugia del sudor o lo intenta en la barra del casino que da a la plaza. Mientras, Alberto consulta su reloj y mira por el cristal de la puerta, el ligero tupé con su raya a un lado impoluto.

—Que sí, hombre, no te preocupes. Si estas cosas pasan siempre —dice Vidal, que se ha unido al Gordo a última hora—, a la novia le vienen dudas...

—A los dos les vienen dudas —interrumpe Pedro.

—...

Feliu Vidal sonrío, su compadre está medio borracho porque a estas horas ya se ha bebido una botella con los brindis, y se le nota.

—Luego está el vestir, que Julita no sé cómo será pero nunca están lo suficientemente perfectas.

Pedro se ríe, tres parroquianos del bar también, el Gordo agarra la botella dispuesto a otro brindis y el tema se anima.

—Vente *pacá, redéu*, judío. —El cabo Vidal se toma la confianza de agarrar a Teodoro y llevarlo con los celebrantes—. Tómate un trago, verás qué bien te sienta.

—Por los novios —brama el Gordo.

—Por los novios —corean.

El trago sabe dulce y fuerte, calienta el pecho de Teo y adormece el nervio; no pasa nada, se dice, todo va a salir de perlas.

Una joven quinceañera, bien vestida y arreglada, se acerca atravesando la plaza, se la ve venir desde dentro y de repente ese calor se transforma en infierno vaporoso para el judío.

—Valentina —informa el andaluz—. Es la hora, Teo.

La joven abre la puerta y, asomando la cabeza, le dice a su hermano que el cura ha llegado, que dice mamá que tiene que salir el novio ya.



No le dan tiempo al hombre: Vidal y el Gordo hacen la mesa camilla con los brazos y se lo llevan afuera entre todos. El párroco está saludando a don Adolfo y Carmen María, su señora esposa, que han venido al casamiento con sus mejores galas y, quitando algún Azag que otro, desentonan con el resto a primera vista. Teodoro se arma, se cuadra un segundo y respira, los amigos se retiran un poco y se callan, es el centro de atención de la plaza.

La mirada cómplice de su padre se cruza en su camino; viene cara a él para acompañarlo frente al cura.

La suerte está echada.



El animal es noble y hace todo lo que puede, por mucho que la gitana lo azuce con la fusta para caballos de Alberto o hinque los talones en su panza. Conoce a la dueña y sabe que no está el día para remolonear, de modo que se esfuerza en apretar el paso carretera arriba y sin rechistar.

Cuando Valentina le dijo que habían venido los «tíos ricos» de Valencia, la familia de Teo, una sensación de angustia repentina la obligó a buscar una excusa y escabullirse por la casona de los Gabirol. Los hombres ya salieron, la señora también, y ella y la chiquilla quedaron a esperar a María, su futura suegra, para que le echase una mano con el vestido. Media hora más tarde Julia salía sin ser vista por el portón trasero del patio con la burra bien aparejada.

Hace rato que Siete Aguas quedó atrás y el camino, a esta altitud, se sumerge en un túnel hecho de foresta susurrante. Álamos altos y espigados asoman entre la mayoría de los pinos y carrascas que habitan la planicie que ahonda suavemente hacia El Rebollar, pedanía de la prominente Requena, capital de esta elevada comarca. Julia sabe que se está alejando mucho del pueblo, tanto como nunca antes en su vida, y sopesa, mientras espolea a la bestia, si seguir un poco más o darse la vuelta en la siguiente curva. De pronto los ve, o no, mejor dicho.

De pronto Julia sabe que su clan está ahí delante, en una pequeña granja, descansando probablemente para almorzar. No los ve pero sí que ve el humo de distintas fogatas emerger tras los muros que cercan el enorme corral del enjuto edificio colindante. El olor de los caballos gitanos es diferente, salvaje e intenso, y una ligera brisa que pronto será poniente cálido traído de la meseta le hace llegar ese aroma a su tierra, a su gente.

Julia se calma, la burra afloja y respira, se toma unos segundos para rascarse el costado con sus paletas enormes y agrietadas por la edad. La chica desmonta y prosigue caminando con el animal a su lado, ensayando unas palabras para decirles a sus padres que se queda pero que les quiere, que irá a verles algún día y verán que ella es feliz, aunque sea entre payos, entre paredes y cristal, sin estrellas, sin el rumor de las ramas en la hora de la siesta, cuando una figura sale del cobijo de las piedras de la casa con un barreño de agua y lo vacía en el ribazo. Es su madre, su andar agachado la delata desde lejos. La mujer sacude el balde y mira atrás en el camino, por un segundo.

A Julia las palabras se le pierden en la cabeza porque tanta sangre bombeada de improvisto no la aguanta nadie en este mundo.

—¡Julita! —grita la madre—. ¡Julita, mi niña!

Julia suelta las bridas y sale corriendo hacia su madre para hundirse en un voluminoso y cálido abrazo.

La familia se reúne en torno a ellas, niños y mayores; la hija de José ha vuelto —dicen algunas voces—, y muchos más se acercan a conocer a la renegada.

—Te quedas, hija mía —susurra la mujer sin soltar a su pequeña—. Tú te quedas con los tuyos, ¿a que sí?

Julia se desprende con firmeza templada, con todo el cariño posible, y sostiene la mirada de su madre. Ambas lloran lágrimas de aire seco, ambas lo saben bien pero aun así Julita lo pronuncia.

—No, madre, mi sitio está con ellos, en el pueblo... en casa.

—¿Entonces?

—He venido para despedirme como dios manda, madre. De usted y de padre, de mis hermanos también, y para decirles que me va a ir bien, que voy a ser feliz y que iré a verles allá donde estén, cuando pase algún tiempo y vuestro nieto se haga grande. —Se agarra el vientre con las dos manos—. Lo juro, por mis *mules*.

—No jures eso, mi niña. Tú no sabes cómo van a salir las cosas.

El clan ha dejado espacio a la familia y en el círculo están sus hermanas y hermanos. Todos la besan y abrazan, le desean buena fortuna en su nueva vida, se alegran por ella aunque sus caras no lo digan, ni sus ojos, ni sus almas. Fermín, el hermano mayor de los Hernández, se acerca a Julia y la abraza como nunca antes lo hizo.

—*Ves* a hablar con el *papa* —le dice—. Te está esperando en la carreta.

—¿Está enfadado?

—¡Ay, pues claro que sí! —responde Fermín—. Pero todavía te quiere. Eres su niña chica.

El hombre le guiña un ojo y le arranca una sonrisa a Julia, se van juntos al campamento. En la carreta espera don José, sentado en el escalón con la mirada clavada al suelo.

—Has venido —dice él cuando Julia se detiene delante.

—Sí.

—Pero vuelves a marchar.

—Sí.

—¿Para qué has venido entonces?

—Para decirle que lo siento, que me perdone, padre.

—Yo no tengo nada que perdonarte, niña. —Los ojos del padre siguen fijos en la tierra.

—Pero...

—No hay peros. Tenía grandes esperanzas contigo, Julia. —Una pausa para sacar la cabeza del suelo y mirar por última vez a su hija de ese modo—. Te iba a casar con una buena familia, tú lo sabías. Ellos te cuidarían como a una reina gitana porque eres la más guapa y lista de todas mis hijas, solo tenías que esperar un poco, pero no. Ahora da lo mismo. Veinte duros perdidos como humo bajo una manta.

—Padre, yo... yo lo siento mucho, se lo juro. Yo no quise...

—Déjalo ya, hija —el gitano abre los brazos y el corazón—, y perdóname tú por mis desprecios. Dame un abrazo y vete a casa.

—Te quiero, papá —dice llorando abiertamente ahora, sobre el hombro de su padre.

—Yo también te quiero, mi niña.

El gitano se deshace abrazado a su pequeña durante un eterno minuto entero. Después,

recompuesto en apariencia, se dirige a su primogénito.

—Fermín, arrea dos caballos, los más rápidos, y dile al tío Montoya que hoy nos quedamos aquí. Tendrán que esperar a que termine la fiesta.

—¿La fiesta? —pregunta Fermín.

—Hoy se casa tu hermana, ¿no lo sabías? —Sonríe el patriarca—. Y tú te vienes conmigo a llevarla ante el altar.

—Pero...

—Nada de peros —sentencia don José—. Desde aquí hasta Buñol hay al menos cinco leguas y Julita no va a llegar tarde. Así que vamos, arrea de una vez esos caballos.

—¿Y mi burra, padre?

—Diré que alguien se encargue de bajarla luego. Ese bicho es como de tu carne, no nos lo llevaremos.

La gitana sonríe y contempla a su padre, henchida de orgullo, de amor y de esperanza. No todo ha de ser malo, no todo está perdido aún.



Aunque el día ha sido largo y la gitana ha tenido su ajeteo con la boda, los invitados, la guitarra de Fermín y su insistencia para que bailara unas seguidillas, tanto ir de acá para allá saludando a todo el mundo, el charol de los zapatos rojos que Valentina le ha prestado sigue tan reluciente como a primera hora de la tarde. El vestido, sin embargo, no corre la misma suerte y la chiquilla seguro que pone el grito en el cielo si no se van esos lamparones.

El banquete que ha encargado don Adolfo ha sido todo un éxito y la mayoría de los invitados que han venido de Valencia se hospedan esta noche en la propia Venta Pilar. Además de los bailes, los brindis, la buena comida y la alegría compartida, los Hernández se han marchado hace poco con el bolso bien cargado, pues la familia Azag ha contribuido con casi cien pesetas que el ahora suegro de la gitana le ha dado a su consuegro como dote por la chiquilla. Y quizás por eso, quizás por su sonrisa calma al partir carretera arriba con su hermano mayor, Julia siente que todo marcha, que por fin el futuro tiene un sentido, un porqué.

En ese preciso momento en el que el sol colorea de púrpura el cielo de verano, la gitana sonríe feliz y satisfecha, segura de haber elegido bien, segura de tener a su lado a los dos hombres que más quiere en este mundo.

—Deberíamos darnos un chapuzón —propone Teodoro, que se ha descalzado y tiene las piernas metidas en el río—. El agua está increíble hoy.

Julia no le escucha y se deja caer de espaldas sobre la roca que los tres comparten. El andaluz la imita, no parece tener ganas de quedarse en paños menores y, además, está empezando a sentir dolor de cabeza por el efluvio del vino evaporado en su cuerpo.

—Pasado mañana empezamos —le dice Alberto a las nubes rasgadas—. El Gordo se viene conmigo también... Comenzaremos en el puente.

—¿Cuándo tendrás las llaves de la casa? —pregunta la gitana.

—Pronto —responde Alberto, abstraído por sus pensamientos—. Habrá que apuntalar bien las ménsulas y asegurar el estribo de la parte superior... Eso nos llevará casi toda la semana si somos solo tres personas.

—Me gustaría verla por dentro —dice Julia—, ¿habrá sitio para los caballos y la burra?

—Nos apañaremos. Si vemos que no se avanza lo suficiente...

—Pues yo me voy al agua —sentencia el judío—. Vosotros veréis qué hacéis.

—Terminando la obra en tiempo y forma, según el contrato, me corresponde un dos por ciento del presupuesto, que no es cosa menuda.

—Yo metería unas gallinas —sigue Julia—. Unos conejos también, que ocupan poco sitio. Así nos ahorraríamos unas perras.

Teo se ha desnudado y se lanza al charco de cabeza. Alberto se incorpora y prepara un cigarrillo. El judío asoma en el otro extremo de la poza y les hostiga.

—Vamos, quejicas, meteos en el agua. Hoy es un día especial... ¡el principio de una vida!

Comienza a nadar chapoteando grotescamente para salpicar todo lo posible a sus amigos. Alberto, de punta en blanco todavía, recula con los talones para evitar ser mojado por su querido idiota pero Julia le sonrío y comienza a desnudarse.

—Venga, Albertito —se mofa ella—. Un *refrescón* nos vendrá de perlas. —Y se lanza dando un grito con las enaguas puestas.

Marido y mujer se divierten haciendo el tonto: se hacen aguadillas, echan carreras nadando de espaldas, se suben una encima del otro y cosas así mientras Alberto, pensativo, les observa y sonrío desde su roca redondeada. Pasado el rato, el judío y la gitana se secan sobre ella con el cuerpo extendido como una alfombra, mientras las estrellas van asomando poco a poco en la bóveda azul oscura.

—Lo hemos conseguido —dice Teo.

—Sí —responde el andaluz.

—...

Julita se incorpora con una arcada.

—¿Estás bien, Julia? —Alberto se preocupa.

—Estoy bien... —balbucea ella, después de pegar otra arcada convulsa—, es solo que...

La siguiente sacudida hace que la chica vomite un chorro de vino y comida digerida sobre la piedra y el agua.

—Sujétala —dice Alberto. El judío reacciona—. ¿Qué te pasa, estás bien?

Otro espasmo y esta vez el vómito surge como impulsado por una máquina, nariz y boca, los ojos de la joven inundados de lágrimas de hiel. No se detiene hasta vaciar todo su estómago y, cuando lo hace, la cabeza de Julia está a punto de estallar de la presión.

—Vámonos a casa —dice su marido—. Te prepararemos una manzanilla.

—Habrás cogido frío —dice el andaluz, quitándole importancia.

—Eso será —sostiene Teodoro—. Parece que a partir de ahora vamos a tener que cuidarte mejor, Julita. Y tendrás que empezar a vivir sin hacer demasiado esfuerzo, ¿no crees?

El gesto va dirigido a su amante moreno, pero este no se percata y, sujetando a la chica por la axila izquierda, emprende el camino de regreso al pueblo.

—Ayúdame, anda —le dice al judío.

Los dos hombres suben por la cuesta del barranco con la pequeña Julia hecha un verdadero guiñapo.

La fiesta ha terminado.

## *Buñol, septiembre de 1884*

La casa nueva no es ni por asomo tan grande como en la que vivía Alberto con su familia. Solamente consta de dos plantas y una buhardilla para guardar los trastos.

En la planta baja, una cocina de leña, una pila de granito, una mesa para seis —como mucho— y una alacena de puerta doble rellenan el espacio sin dejar mucho más para el tránsito desde el minúsculo recibidor hasta la parte de atrás, donde una fresquera comparte puerta con la leñera y el acceso al establo que da a un patio interior.

Un limonero de tamaño mediano regenta el lugar, mientras la hiedra se enreda entre sí sobre el muro trasero, horadando con lentitud la argamasa que sujeta cada piedra colocada por el hombre, dispuesta a terminar derruyendo la construcción de aquí a unos años.

Allí, al fondo, construida con ladrillo rojo sin revocar, una pequeña estructura que antaño fue gallinero hará las veces para el taller de Teodoro, que ya ha trasladado sus cachivaches y herramientas al interior, antes siquiera de retirar el polvo, telarañas y los excrementos de paloma que dominan el escueto espacio.

En la planta alta, cuatro habitaciones reducidas en tamaño. La más grande dispone de una cama de matrimonio, dos mesitas, un armario con espejo y un estrecho balconcillo que asoma al barranco verde y frondoso de higueras, adelfas y otras plantas acuíferas por el que transcurre la traslúcida y fresca corriente del río que atraviesa la villa de Buñol.

Al otro lado del pasillo, dos medio carcomidas puertas dan paso a sendas alcobas oscuras en las que apenas cabe una cama pequeña y un mueble de pequeñas dimensiones. Al fondo del corredor hay una galería acristalada por la que el sol de mediodía penetra sin pedir permiso y acaricia la madera de un escritorio, una mesita de café estilo isabelino y una estantería que pronto se verá repleta de libros, fascículos y proyectos del nuevo señor de la casa.

Julia deambula por el nuevo hogar con un trapo viejo en una mano y un polvero de cerdas de cuero en la otra, sin saber muy bien por dónde comenzar. Hay tanto polvo acumulado, tantas telarañas, que la tarea de limpieza que se ha encomendado empieza a transformarse en un mundo inmenso, un trabajo que ni quiere ni sabe muy bien cómo llevar a cabo.

En la planta superior, en la estancia más amplia, los dos hombres han depositado sus petates sobre la cama y, a sus pies, las maletas donde guardan los zapatos y enseres más delicados. Está visto que ella tendrá que escoger entre cualquiera de las otras dos que, más que habitaciones, se parecen a trasteros donde amontonar cacerolas, escobas, barreños y cosas así. Ni siquiera tendrá una ventana por la que pueda entrar algo de luz por las mañanas. Casi prefería el hueco de la chabola de madera en la que vivía con su familia, barranco abajo, junto al molino Galán. Allí no necesitaba de tanto espacio, pues con dar tres zancadas y salir a la calle la vegetación y el río la saludaban a cada momento. El canto de los pájaros y la espuma del agua atravesada por los rayos solares despejaban entonces su mente antes de desatar a la burra y meterse en faena.

En la galería de cristales, con gesto lento y taciturno, la gitana pasa el paño por uno de ellos para dejar que la luz entre con más fuerza, iluminando el escritorio sobre el cual Alberto ha

dejado un montón de archivadores, su estuche de dibujo y la carpeta de piel rígida en la que guarda sus proyectos. Ella escogería este rincón para vivir, sin lugar a dudas, pero ni por asomo se plantea solicitarlo al arquitecto, pues entiende que este debe ser su sitio, su refugio de trabajo, y de él dependen ahora los tres, pronto los cuatro. Ahora le toca aprender a vivir como los payos.

Sin mucho afán, comienza a limpiar las ventanas una a una. Primero retira con el trapo seco el polvo acumulado, ayudándose del látigo para los rincones más altos. Al abrir los cuatro ventanales, el aire tórrido de poniente invade el espacio y Julia cierra la puerta que da al pasillo para que el fresco del interior se mantenga a salvo de sus garras. Una vez ha terminado con lo mayor, ayudándose de otro paño limpio que humedece en un caldero, termina repasando cada cuadrado de cristal, cada bastidor de madera, cada balda de estantería, la silla, la mesita y el pupitre. Barrido y fregado el suelo de terrazo rojizo, la tarea está terminada. La habitación parece otra, ahora limpia y reluciente, bien iluminada aunque el sol se haya escondido detrás de los edificios colindantes.

Julia se sienta en la enorme silla del escritorio y contempla la estancia con satisfacción.

«Una cosa menos —piensa—. Y ahora, ¿qué?»



Construir la cimbra les ha costado una semana entera, la maleza del río hacía imposible su montaje y tuvieron que limpiar a fondo primero. Para bien que despejaron la zona y se trajo el material, hasta el miércoles por la tarde no se cortó ni un solo tablón para la reparación del puente.

Alberto llega tarde, raro en él. Y eso que ha sido el primero en levantarse esta mañana y salir de casa pitando. Aunque la cita con el alcalde era a las nueve, a las ocho él ya estaba fuera, al mismo tiempo que Teodoro.

«Me voy al ayuntamiento —le ha dicho con un beso—. Si a la hora del almuerzo no he *venío*, empezad sin mí.»

Ahora el Gordo está encaramado al andamiaje, asegurando los últimos tres puntales que sujetan la estructura del puente. El judío está abajo, preparado con serrucho y hacha para facilitarle cuñas o tablas cortas con las que acodalar el entramado.

—¿Hay hambre o qué? —dice el Gordo, señal inequívoca de inminente parada.

—Y tanto —responde Teodoro.

Pedro se quita el cinto y lo cuelga de un travesaño que hace de riostra.

—Pues si *monsieur* Gabirol no se presenta —se ríe el Gordo al bajar—, me como yo su queso.

—¿Qué te queda?

—*Ná*. Luego hacemos unas cuñas y dejamos todo bien sujeto.

Se ponen a la faena sentados a la sombra. Teo saca también la cuña de manchego del andaluz, el resto no lo toca. Se está a gusto, ahí sentados, con el murmullo del río y el aire que ahora silba en los huecos de las cañas recién cortadas. Tener buena parte del trabajo terminado y la primera semana en el bolsillo son dos guindas más en el pastel de Teodoro. Pensar en que hoy, al volver a casa del trabajo, entrará en una casa distinta, suya en parte, sin familiares ni servicio ni padres, solamente Alberto, la gitana y él, le hace sonreír abiertamente con todo; cualquier detalle ínfimo

se convierte en algo mágico y maravilloso. Por ejemplo la cimbra montada sobre sus cabezas, en tres días realmente. Los trabajos del judío en la mina han dado fruto aquí, al aire libre, y poder contemplarlo ahora con esa luz y ese cielo azul impecable le hace sentir feliz y satisfecho.

Mientras charlan sobre el trabajo se terminan el queso, dan buena cuenta del perro, el pan y una longaniza de pascua un tanto seca que ha traído el Gordo de su casa. Vino beben poco, que el día será largo, pero cuando Pedro está apretando la bota tras el almuerzo, aparecen Alberto y el alcalde en lo alto del puente.

—Buenos días —saluda don Joaquín.

—¡CÓ! —contestan ellos dos.

—Buenos días. —El andaluz saluda desde lejos, como el alcalde, y le dirige un gesto a Teo cuando este hace ademán de levantarse para subir a saludar.

—¿Habrase visto? —dice el judío, imitando a su señora.

Los dos de arriba desaparecen un buen rato mientras el pellejo de vino se termina entre los dos de abajo.

—Alberto es de otra pasta, judío, parece mentira que no lo sepas. Si aprovecha bien este contrato y hace las cosas bien, ¡odó!

—¿Qué quieres decir con las cosas bien?

—Nada... pues eso, que salga bien el trabajo, las obras se hagan... esas cosas.

—Ya. —Teodoro se levanta y enciende un cigarro. Le lanza otro al Gordo y camina barranco arriba unos metros.

Desde ahí puede ver a su hombre hablando con don Joaquín Ballester Vallés, todo tieso él, porte y hermosura andaluza. Parece que Alberto se desenvuelve bien en su trabajo, va enseñando los puntos a reconstruir mientras el alcalde le escucha atentamente. De vez en cuando don Joaquín asiente o dice algo en referencia pero se ve que la batuta en este campo la lleva el granadino. Al cabo de unos minutos el alcalde se despide de los trabajadores con el sombrero y de Alberto con un apretón de manos.

El andaluz se ajusta la chaquetilla, va a bajar a la obra.

—Saca la otra bota —le dice al Gordo—. Parece que le va a hacer falta.

—Gracias —dice Alberto, ajustándose la ropa otra vez al llegar.

Bebe un trago largo.

—Ahora mejor, *ohú* —termina.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Todo bien —responde—. Hoy han firmado los del ferrocarril también y he estado almorzando con ellos.

—Já —suelta Pedro.

—Jejé —sonríe el andaluz—. Bueno, pues eso, que después de esto del puente comenzaremos con lo gordo, el presupuesto está aprobado, así que vía libre. Mañana iré con el dueño del terreno para ver la localización exacta... ¿Cuánto os queda aquí, calculas?

—¿Nos? ¿Que cuánto «nos» queda? —pregunta el judío.

—Sí, bueno, *coholes*, que en cuánto tiempo estará terminada la estructura... La maleza, por ejemplo, habrá que llevarla a algún sitio.

—Eso lo *carguemos* este y yo ayer en dos carros, a última hora —refunfuña el Gordo—. ¿Que no ves todo limpio, *có*?

—Bueno, que mañana no vienes tampoco, vamos —dice Teo, brazos en jarras, hocico torcido.

—En cuanto termine arriba, me vengo a la obra, tranquilo. Oye, te vienes esta noche conmigo. Tú también, Gordo.

—¿Dónde vamos? —dice el Gordo.

—A la casa de Sinforiano.

—¿A Las Ventas?

—Sí. Hay una partida de póquer francés, me han invitado.

—...

Teo y el Gordo se miran un segundo.

—¿Qué pintas tú ahí? —pregunta Teodoro—. Eso es casa de señores con sombrero.

—Bueno —dice el Gordo—, si hay oportunidad de hacer amigos, hasta en el infierno hay que tener.

—Yo voy a ir, no sé vosotros —dice Alberto, poniéndose digno.

—Yo también —se apunta Pedro el Gordo.

Teodoro los mira y sonríe:

—Vamos todos. Pero ahora al tajo, señores, que queda faena aún.

Pedro agarra la mano de Teodoro y se levanta a sacudirse las migas.

—Venga, va —otorga Alberto, aflojándose el cuello—, me quito la chaqueta y nos ponemos. No tendréis otra camisa y unos zapatos o algo, ¿verdad?



Ahora está oscureciendo y los hombres no tardarán en regresar en busca de la cena. Julia baja a la cocina y enciende el fuego con un fósforo largo y estilizado. Las piñas que utiliza como tea pronto empiezan a chisporrotear y el carbón que las rodea absorbe las llamas para ponerse incandescente. Mientras tanto, la gitana despedaza los conejos, pela las patatas y trocea las zanahorias. Al menos cocinar sí que la distrae, perderse entre fogones y cacharros no es que la entusiasme pero se entretiene mientras canturrea sus saetas mal entonadas.

Al rato, la chapa de la cocina está bien caliente y la cazuela de *llanda* borbotea lentamente, guisando la carne poco a poco.

*¡Plam, plam, plam!*

Tres fuertes aldabonazos abstraen a la joven de sus quehaceres. Alguien llama y no son Teo y Alberto, ellos tienen su propia llave y la puerta ha quedado abierta.

—Buenas tard... —Julia se queda helada bajo el umbral, sujetando todavía la hoja que acaba de abrir.

La sonrisa dibujada por la ilusión de recibir visita, su primera visita, ha demudado en una mueca horrible entre el miedo y el asco. Afuera hay luz suficiente como para que el sereno todavía no haya encendido el farolillo que ilumina la calle y, aunque el visitante está respaldado contra la pared opuesta a la suya, cobijado por las sombras, la gitana lo reconoce al instante.

—Vaya, vaya. Me habían dicho que el mariquita del judío se había casado pero jamás imaginé que sería contigo. —Roberto Cotino le sonríe malicioso mientras saca punta a una vara con una navaja plateada—. ¿Está tu marido en casa, gitanita?



Julia titubea, clavada al suelo como una estaca, inmóvil. Solamente el temblequeo de sus rodillas le da señal de que sigue viva, de que la sangre todavía corre por sus venas. Con gran esfuerzo y sin saber por qué, la muchacha se gira a mirar adentro para volverse de nuevo hacia la visita.

—Sí —miente—. Está arreglando el taller... adentro, en el corral.

—¡Estupendo! —suelta el grandullón—. Voy a saludar a mi viejo amigo. Me debe cuatro reales, ¿recuerdas?

De un violento manotazo, Roberto abre de par en par y entra al vestíbulo, dejando allí plantada a la gitana, sin saber muy bien qué hacer. Dos sombras aparecen por la esquina de la calle y una de ellas emite un chiflido agudo.

—¡Quedaos ahí! —les grita el intruso—. ¡Vigilad que no venga nadie!

El grandote penetra en la casa como si fuera suya, alcanza la cocina y destapa la olla, metiendo el dedo y chupándose el descarado. Julia lo ha seguido a distancia prudencial, temblorosa cual pollo desplumado.

—¿Qué quieres, Roberto? —consigue preguntar ella.

—Nada... no te preocupes, mujer —sonríe él, mirándola socarrón—. Solo venía a saludar. Y a comprobar si es cierto lo que he escuchado por ahí... ¡vaya si lo es!

—Márchate, Cotino.

—¿Cómo que me marche? Menuda educación. ¿Esa es la hospitalidad que os enseñan a los de tu raza?

—Teodoro no está, ya lo sabes. —Julia mira de reojo, desde la entrada, el cuchillo de cocina todavía sucio con el que ha troceado los conejos—. Pero esta casa es del señorito Alberto y ellos dos se han ido juntos. Si te encuentran aquí...

—Tranquila, gitanita. Sé muy bien dónde están los hombres de la casa, por llamarlos de algún modo.

Julia no entiende.

Intenta aparentar seguridad pero no es capaz de mentirse a sí misma.

—Sí, mujer. Hace nada estaban aún jugándose los cuartos arriba, en *ca* Sinforiano. Por lo que vieron mis hombres tienen para rato esos dos tipejos.

El importuno figón coloca la tapa del perol y avanza hacia la joven.

—¡Vete de mi casa! —grita ella, desesperada—. ¡Lárgate ya de aquí!

Roberto la sujeta por los hombros con sus enormes manos y la estampa contra el yeso de la pared.

—Tranquilízate, Julita —susurra él—. Estoy bromeando, solo eso.

La bilis se le atraganta a la gitana, mezclándose con las lágrimas contenidas que descienden por su garganta.

—Dile al judío que he vuelto al pueblo y que voy a quedarme. Dile que he venido a saludar... que me debe cuatro reales desde hace mucho tiempo y que los Cotino ni olvidan ni perdonan. Eso va por el otro, por el andaluz.

Dos silbidos venidos de la calle alertan al acosador.

—Me marcho —anuncia, mirando la puerta al fondo del recibidor—. Qué lástima, ¿verdad? Ahora que nos estábamos haciendo amigos.

El hombretón la suelta y Julia cae como el trapo con el que hace un rato limpiaba la galería,

derrotada por el miedo. Roberto sale a la calle y se reúne con otros dos hombres más menudos que él. Las sombras del ocaso impiden a Julia distinguir sus rostros, pero algo en su caminar, en sus leves gestos velados, le indica que son peligrosos, quizás astutos y escurridizos.

—Vámonos, muchachos —ordena Cotino mientras desaparece de la vista que la puerta abierta ofrece desde dentro.

Julia queda allí tendida, exánime, oculta como un guñapo en la oscuridad de la entrada. Un hombre que porta una vara y una lámpara pasa por delante y se asoma sin entrar.

—¿Hay alguien en la casa? —pregunta con un grito contenido. Julia no responde, el hielo la atrapa en cuerpo, mente y alma.

El sereno no ve a nadie y avanza al muro contiguo para dar lumbre a la farola. Después desaparece también, siguiendo la estela del intruso que acaba de visitarla.

Poco a poco la luz del candil va cogiendo intensidad y el brillo anaranjado ilumina la fachada de la casa de al lado, los adoquines de la calle y penetra en su casa los primeros dos metros, alcanzando a alumbrar la punta de las alpargatas de la gitana. Julia se encoge un poco más, metiendo en las sombras los pies, como huyendo de la emisión entrometida que ha entrado sin permiso.



Al llegar a casa se han sacado el polvo en el patio con un barreño de agua cada uno y se han vestido medio bien; las maletas con su ropa han quedado en la habitación y han salido sin perder mucho tiempo en colocar nada. Julia dijo que se encargaría de eso.

A cada calada que da el andaluz a su cigarro, se lleva la mano al tabique y manosea la parte alta de su nariz. Han quedado con Pedro el Gordo ahí hace casi media hora y ya llegan apretados.

—Vamos yendo, si eso —dice Teodoro—. El Gordo sabe bien dónde estamos.

—No es eso, *cohone*. ¿Nos queda tabaco?

—Para unos seis o siete... Mira, por ahí viene el capullo.

Pedro el Gordo resopla subiendo la cuesta del barranco. Es evidente que de su casa no viene, como tampoco viene con su propia ropa.

—¿A quién le has robado esa chaqueta, Gordo? —se mofa el judío.

Pedro viste un traje de chaqueta larga, tres cuartos, de color gris pardo con rayas blancas finísimas. Además lleva un chaquetón modo gabardina echado sobre los hombros y un bombín en la mano izquierda. Demasiada ropa para esta época del año. El Gordo llega con la cabeza empapada y las orejas al rojo.

—Mi tía... —respira mientras intenta hablar— se ha empeñado y yo —otro trago de aire—, pues eso.

Teodoro rompe a reír porque el Gordo, en su afán de llamar la atención esta noche, saca un bastón de no se sabe dónde y, calzándose el sombrero con él, se yergue todo orondo y corpulento, dibujando una sonrisa distinguida.

—Lo que mejor te queda es el sombrero —dice el andaluz.

La carcajada es general, y deciden que Alberto llevará el chaquetón en la mano para que el Gordo se recupere un poco mientras llegan a Las Ventas.

La plaza está inusualmente vacía de gente, no son ni las siete y parece que sea la hora de la cena. Solamente en el caserón de Sinfioriano se ve movimiento, además de luz. Es evidente que en la mansión se celebra algo, pues unos seis hombres charlan de pie ante sus puertas abiertas de par en par.

—Bu-bueno, tú delante —dice Teo, dando un empujoncito a su querido.

El andaluz se arma su chaquetilla. Pide un cigarro con los dedos y el judío le da el suyo, que está recién encendido.

—Vamos allá.

Cuando el trío ha cruzado media plaza, un hombre los ve desde la entrada y deja el grupo para acercarse a ellos.

—Don Alberto —saluda, con un brazo extendido.

—Don Pascual —sonríe el andaluz.

—¿Cómo ha quedado con Joaquín? —empieza el señor, sin atender a los dos acompañantes—. Menudo es él, tozudo como una mula.

—Don Pascual, le presento a mis amigos —se atreve Alberto—: Pedro Carrascosa y Teodoro Azag.

Don Pascual se percata por fin.

—¡Oh, encantado! —Estrecha la mano de ambos—. Disculpen mis modales, el día está siendo un tanto intenso y...

—Claro —dice Teodoro, un poco ácido.

—Bueno, basta. Vengan conmigo, que les presente a unos amigos.

El hombre, de unos cuarenta años y muy bien vestido, sujeta levemente el codo de Alberto y lo conduce hacia el caserón mientras le habla de los proyectos de arquitectura en los que está involucrado. Uno de ellos es la construcción de las vías de tren que comunicarán Valencia con Utiel, pasando por Buñol, entre muchos otros pueblos.

—... la región daría un cambio económico de ciento ochenta grados —va diciendo al llegar a la escalera de acceso al portón. De repente se detiene y se gira hacia atrás, encarándose con una sonrisa para Teo—. Azag. ¿Usted no será familiar de José Matías Azag, de Xátiva? Es notario él.

—Pu-pu... —El judío se atasca—. Pu-puede ser.

—¿Conoce usted a Matías? —inquire don Pascual.

—No, n-no —contesta el joven—. P-pero puede que seamos familia lejana... te-tengo primos en Xá, primos en Xátiva.

El empresario sonrío e invita a subir los escalones. Arriba, Sinfioriano charla con un invitado que sigue ahí, fumando en su pipa. La tarde se ha templado.

—Señores —dice don Pascual al llegar tras ellos—, les presento a su anfitrión, el señor Sinfioriano, Lanuza para los amigos.

Sinfioriano les tiende la mano, muy amable él. Conoce perfectamente a los chavales porque son tan del pueblo como él, pero aun así guarda las formas con ellos.

—Si los señores gustan de espirituosos, tenemos en el mostrador del fondo —saluda a los tres jóvenes—. Sean bienvenidos en mi casa esta noche.

—Qué bromista este Sinfioriano. —Se ríe don Pascual—. Y él no es otro que el ilustre Barbarrosa. —Le estrecha la mano con fuerza al hombre de la pipa. Se ve que son amigos pues los dos sonrían y se dan palmadas sonoras.

—Enrique para los amigos.

El trajeado Enrique les tiende la mano y sonrío.

—Víctor Hugo para los no tanto —bromea don Pascual.

—He oído que andas gastando dinero por estas tierras —le dice don Enrique a su colega—, ¿tú sabes dónde te metes?

Los hombres empiezan a hablar de sus cosas en una jerga que el judío no entiende bien y que, al poco rato de oírla, consigue que su mente desconecte del momento en el que están.

—Venga, vamos —les dice de repente don Pascual. Enrique Barbarrosa ha debido de entrar en la casa, Pedro y Alberto están cruzando sus puertas y el hombre le insta con una mano para que reaccione.

—Pe-perdón —dice al pasar adentro.

Del imponente recibidor al que pasan nada más pisar el caserón los llevan hasta un no menos grandioso salón iluminado de mil maneras, todas ellas doradas y brillantes de lujo; alfombras inmensas, mesas de madera tallada hasta las gruesas patas, sillas a juego, personal de servicio que viene y va como si no existiera...

—Quién desentona ahora, ¿eh? —Les hace rabiarse el Gordo.

Lo cierto es que Pedro tiene toda la razón porque en ese salón de varones los únicos que no llevan chaqueta larga y sombrero son ellos dos y los camareros; ahora el Gordo, con alejarse tres o cuatro pasos, pasa perfectamente como uno más de los invitados.

—Yo a vosotros no os conozco —se burla el amigo—. Me voy a dar una vuelta a ver qué se cuece.

El Gordo se pierde tras dos mesas donde varios hombres juegan a las cartas. Muchos aún no han encontrado o siquiera buscado una mesa y la mayoría de las personas siguen charlando sin prisa. Un par de comentarios sobre los bien hallados fogones de Sinforiano hacen saber a la pareja que llevan en la casa buena parte del día, lo cual explica el estado visiblemente precario en el que se encuentran unos pocos.

—¿Apostarán ustedes hoy? —Barbarrosa se ha acercado a ellos y les ofrece sendas copas de whisky.

—A eso hemos venido —se arranca el judío, aceptando la copa.

Brindan y beben los tres al unísono.

—Si es así, me gustaría invitarles a mi mesa. Es esa de allí —indica—. En cuestión de cinco minutos pretendemos empezar y tenemos dos vacantes...

—Claro que sí —responde Alberto, que ya camina hacia allá.

—¿A cómo va la apuesta mínima? —pregunta el judío.

—Jajá, jajá, jajá —se ríe don Enrique—. La noche es joven, amigo Teodoro, comenzaremos con cuatro reales para ir calentando.

—Supongo que preguntar cuál es la máxima será una estupidez también —masculla para sí Teodoro, que rebusca por sus bolsillos para sopesar cuánto lleva—. Alberto... —Se detiene en seco tocando a su hombre, este se gira.

—¿Qué pasa, Teo, copón?

—La semana —le dice.

—¿La semana, qué?

—Que llevamos la semana encima, al menos yo he cogido todo el dinero...

—Iremos con tiento, mi *arma* —le susurra al oído—. Vamos a ver cómo se las gastan por estas alturas y ya veremos si entramos o no del todo, ¿*ea*?

—*Ea* —asiente el judío—. Pero si empiezan a entrar manos feas, nos retiramos. Que nos conozcamos.

El andaluz cruza los dedos y se los besa.

—Por estas que nos levantamos —promete.

La pareja se sienta en una sólida mesa ovalada acompañando a don Enrique Barbarrosa y otros cuatro caballeros. Un camarero coloca frente a ellos una generosa copa con hielo y les sirve más licor. El Gordo saluda a Alberto desde dos mesas más allá.

La tarde se pone interesante.



Pasa el tiempo y Julia sigue allí. No sabe cuánto ha pasado, pero, de repente, las voces de Teo y Alberto bajando la calle la sacan de su inconsciencia. La pareja llega alegre de la venta, es completamente de noche y en la cocina huele a puchero quemado.

«Mierda. No pueden encontrarme aquí.»

La gitana corre casa adentro. Si se dan cuenta de que algo ha pasado le van a preguntar y Teo la conoce demasiado bien. Si se enteran de lo que ha sucedido podrían salir detrás de ellos y solo dios sabe qué podría suceder... Ahora que todo arranca para bien, que todo tiene sentido, no se puede permitir quedarse sin uno de ellos. Los necesita para criar al niño que lleva dentro. Eso es lo más importante.

Sin pensar demasiado, sube corriendo las escaleras, alcanza la galería, cerrando puerta y ventanas, y empieza a hacer que limpia la estancia, a oscuras.

—Ay, no me digas que no beba. —La tonadilla cantada por la pareja resuena en esa parte del pueblo—. Déjame que beba vino. —La luna creciente asoma entre los tejados de la villa, pintando de gris la madera oscura de los muebles de la estancia—. Ay, no me digas que no beba. —Las voces se acercan más y un sonoro portazo le indica que están en casa. Julia suspira en silencio, aliviada y angustiada en la misma intensidad—. No vaya a ser que algún día quiera beberlo y no pueda. —La canción se entrecorta por las risotadas de ambos, llegan borrachos—. Porque me falte la alegría...



—No pasa nada, mujer.

Alberto está sentado junto a ella, intentando consolar el desasosiego repentino de la joven al decirle Teo que se le ha pegado la cena.

—Para una cosa que tengo que hacer yo... —moquea Julita. La angustia contenida por la visita se ha desparramado al encontrar una excusa tan estúpida y ahora se desahoga utilizándola a placer.

—Algo más habrás hecho esta tarde, ¿no? —quiere saber Teodoro. Alberto le lanza una mirada de acero—. ¿Qué? Solo digo que, joder, tampoco es tan complicado guisar un conejo sin que se queme. Si fuera yo ya habría limpiado la parte de arriba... Ahora tendremos que dormir

entre el polvo...

—Teo, ya —sentencia el andaluz.

Julia rompe a llorar de nuevo. Le dan rabia las palabras de su amigo pero ese no es motivo. En condiciones normales lo mandaría *a fer la mà* pero ahora la congoja por lo ocurrido se apodera de ella. Alberto busca la jarra y ofrece agua a su amiga en un vaso de vidrio ahumado. El judío desaparece escaleras arriba.

—Toma, bebe. Algo sacaremos de ese guiso que merezca la pena y, si no —añade asomándose a la fresquera—, aquí hay queso, jamón, cacao, pan... ¡Ea! —exclama alegre. Se asoma por la cortinilla con cara de niño ilusionado y muestra a Julita un paquete envuelto en papel de estraza —. ¡Si tenemos longaniza de pascua!

Alberto saca todo de la despensa y lo deja sobre la mesa en la que todavía están los desechos de la cena: el pellejo de los bichos, peladuras de patata, la piel de dos cebollas y varias zanahorias. El hombre se sienta y corta con el cuchillo dos pedazos grandes de pan, ofreciendo uno a su amiga.

—¿Quieres un trozo de queso? —le pregunta como si nada mientras prepara unos tacos de la cuña de oveja.

—Vale —sonríe la gitana.

—Así me gusta, mi *arma*.

Aunque el granadino intenta disimularlo, el alcohol lo tiene bastante perjudicado. Con el primer corte al queso, el cuchillo pasa afeitándole el dedo gordo pero Alberto ni se entera.

—Espera, rey. —Julia se levanta, recobrando la compostura—. Déjame a mí que te vas a hacer mal.

Mientras la chica va sacando tajadas de embutido, Alberto le va contando que esa tarde lo han *petao* en la partida. Iban perdiendo casi diez pesetas cuando a Teo le han entrado dos manos fabulosas y no solo han recuperado lo perdido, sino que han terminado ganando casi seis pesetas solo con su juego. El andaluz se rebusca en los bolsillos y deja caer las monedas en el tablero.

—Esto para ti, mi niña. Para que mañana te vayas al mercado y lo gastes en lo que te apetezca.

Los dos ríen y bromean mientras mastican las viandas secas. Al rato, la voz de Teo llega desde el piso de arriba:

—¡CÓ, qué sorpresa!

Los zapatos del judío van dando trompicones escaleras abajo.

—Al menos has dejado el estudio como los chorros del oro. ¡Esa es mi Julita! Ven aquí —le dice extendiendo los brazos de mala manera—. Dame un beso.

—¿Un beso? —Julia arruga el gesto, como siempre que se pelea con su amigo—. Dos *quantás* te voy a dar yo.

Clavando el cuchillo en la madera de la mesa, se va directa al judío, que sonríe tontorrón, apoyado en el quicio con los brazos en alto y los ojos cerrados, los morros muy juntos apretados hacia fuera. La gitana lo agarra de la cabeza con ambas manos y le planta un beso en una mejilla. Después, con un ligero capotón, lo empuja hacia la mesa.

—Siéntate y come algo que vienes como una tinaja.

Alberto se ríe de su amante, señalando con el dedo.

—¡Y tú no te rías! —le reprime medio en broma la gitana—. Que para ti también hay lo tuyo.

La cena fría se torna cálida con la compañía y los miedos de Julia se esconden en un rincón.

Esta es su familia, su nueva familia y, junto a ellos, sabe que será feliz. Alberto la cuida y la mimaba como un padre y Teo... qué puede decir del judío, de su amigo de siempre, su confesor, su apoyo desde niña. Julia sonrío viendo cómo esos dos se aman, de qué manera se miran, se tocan, se buscan.

A veces se ruboriza porque no está acostumbrada aún, no es normal pero a ella le importa poco o nada —o eso quiere aparentar—. Son sus hombres y haría lo que fuese por protegerlos de lo que sea que venga. Guardará silencio, lo tiene claro. No contará la visita de Roberto para no poner más problemas sobre la mesa; para que ambos se centren en sus quehaceres sin distracciones ni preocupaciones superfluas.

Su silencio será su escudo.

Tras la cena, Teodoro se marcha al corral y Julita lo sigue. El joven enciende dos de los candiles de la entrada y saca una de las jaulas afuera, dejándola junto al limonero. Julia lo ayuda con el rastrillo, quitando los restos de paja seca mientras su amigo se encarga de soltar las cuerdas de los palos del gallinero, sacar los tarros cortados que hacían de bebederos y las jaulas de paloma que hay colgadas por doquier.

—Es una pena, ¿no crees? —pregunta Julia, como si nada.

—¿El qué?

—De chica teníamos gallinas en la chabola, y dos gansos bastante bastardos.

—Dudo mucho que un ganso pueda ser bastardo.

—Hace años que *pai* dejó de tener bichos porque dice que comen más que un churumbel... Me había hecho *alusiones*.

—Serán ilusiones.

—¿Qué? —El ceño fruncido de la gitana le recuerda que odia que la corrijan.

—Nada, olvídale. ¿De qué te habías hecho ilusiones?

—De echar unos pollos por aquí, por el patio. Pero claro, tú necesitas este sitio para tus cachivaches...

—¿Qué quieres decir? Yo no tengo ni idea de cuidar gallinas y ahora, con el trabajo para el municipio, tampoco tendré mucho tiempo libre.

—Yo las cuidaría. Les daría de comer y también a los conejos. Esas jaulas de ahí bien sirven para meter un conejo.

—No digas bobadas.

—No son bobadas, Teo. Yo quiero animales y, además, así nos ahorramos unas perras con la carne y los huevos.

—Pero aquí no podemos meter animales... ya lo sabes. Este es mi taller y, cuando esté terminado, verás las cosas que voy a fabricar... voy a ser el inventor más famoso de la comarca.

—¿Quién se hace famoso con títeres y juguetitos, Teodoro? Espabila.

—Tengo un secreto bien guardado; cuando termine lo que estoy inventando, todos se quedarán boquiabiertos.

—¡Almas de dios! Mucho pajarito tienes tú, me parece a mí.

—Espera.

Teo descuelga una lámpara e ilumina la zona donde tiene varias cajas apiladas. Rebusca unos segundos en una de ellas y saca un cuaderno bastante ajado. El joven sale al patio y se sienta en el suelo, contra el tabique de ladrillo, con la luz a sus pies.

—Mira, siéntate conmigo.

La gitana se sienta y mira el libro abierto con cara de idiota.

—No sé leer, Teíto, ni falta que me hace.

—No importa, te lo cuento. Esto es una especie de diario, en un principio. Está escrito en un español bastante raro, mi padre dice que se llama sefardí, el idioma de los antiguos judíos, pero hay cosas que sí que comprendo...

—Tiene dibujos —se sorprende la muchacha.

—Son esbozos, croquis, planos hechos a mano, ¿entiendes? —Julia asiente por inercia, por no hacer que Teo cambie ahora de tema explicando palabras raras—. Mi tío Moisés lo heredó de un tío abuelo de mi padre. Este, a su vez, de su abuelo materno, que también era inventor, por lo que he entendido.

—Ajá... —La gitana empieza a aburrirse con la explicación de su amigo.

—El caso es que aquí se explican muchas cosas distintas, cómo construir diferentes arcos de ladrillo o piedra, ¿ves? —le dice, mostrándole varias páginas dedicadas al tema en cuestión.

En ellas aparecen dibujadas, con anotaciones a los lados, diferentes umbrales para pórticos y ventanas, diseños de fuentes, escaleras y otras construcciones complejas.

—También parece que explica el montaje de varios mecanismos de cerraduras... —el judío va pasando las hojas mientras describe los dibujos—, fabricación de instrumentos musicales: violines, arpas, guitarras y laudes.

—Déjame ver. —Julita arrebató el libro de las manos de su amigo—. Me gustan mucho las guitarras. Mi hermano Paco se encontró una muy vieja pero le cambió las cuerdas y sonaba muy bien. Mira esta, qué bonita —añade, señalando un guitarrón dibujado al detalle.

La chica continúa hojeando el cuaderno hasta llegar a la parte media en la que solamente hay palabras muy pequeñas y apretadas entre sí. Al no haber dibujos, comienza a pasar las páginas a toda velocidad.

—Aquí está lo más interesante, me temo. Está tan condensado que no entiendo nada de lo que pone, pero, con un poco de tiempo, conseguiré traducir lo que dice.

—¿Qué tiene de interesante? Yo no veo más que garabatos.

—Sigue pasando.

Julia avanza hasta la parte final, donde las páginas están mucho más manoseadas que el resto. Aquí las palabras se van salteando con símbolos que no conoce, estrellas de seis puntas y rasgos ininteligibles. Un poco más adelante la escritura cambia radicalmente, el trazo se torna mucho más grueso, deslucido, y en el centro de cada hoja hay dibujada una parte de un cuerpo. En esta un brazo, en la otra una pierna, una cabeza, un torso... todas ellas de rasgos toscos y grotescos, como piezas de una estatua de arcilla a la que todavía le quedara mucho material por retirar, pulir y moldear.

Al final, en una de las últimas páginas, hay dibujada una estatua de barro de cuerpo entero. Su forma es ligeramente humanoide, pues posee piernas y aparece erguido, con dos enormes brazos, anchos como troncos de árbol, y tan largos que por poco rozan el suelo. Una cabeza desproporcionada con el tamaño de la figura, tan pequeña que parece una caricatura de lo que en principio debiera ser aquella cosa, encumbra el monumento y, junto a él, el dibujo de un hombre perfectamente detallado.

Lo más curioso de la escena es que la estatua supera por más de tres cabezas a la persona que



hay a su lado, que posa de frente, con rostro serio y los brazos en jarras. La ropa del supuesto escultor roza lo ridículo: porta un gorro o sombrero estrecho y puntiagudo, coronado por un mechón de pelo que asemeja al jopo de una rabosa, y del cuello sobresale una especie de lamparita de papel cosido, como si de un plato se tratara. A Julita le da la sensación de que, si solo mirase esa parte, parecería que la cabeza del hombre está colocada sobre una bandeja. La chaqueta negra, repleta de hebillas, le llega muy por debajo de la cintura y los ridículos pantalones están abultados, como si el aire estuviese llenándolos con su corriente, quedando estos cerrados por debajo de las rodillas. Unas medias blancas ocultan las pantorrillas del caballero y, para rematar, unos zapatos estrechos y puntiagudos igualmente negros, con sendas hebillas tan grandes que sobresalen de la horma por encima de los pies.

—¿Qué narices es esto y por qué va así vestido?

—Este dibujo, calculo, tendrá al menos doscientos años, Julita. Así se vestía en aquella época.

—Y esto...

—Esto es lo más fascinante del libro —le dice Teo, cogiendo el tomo de las manos de la chica—. ¿Ves esta estrella? —La joven asiente, con los ojos negros abiertos como cazuelas—. Es la estrella de David, antiguo símbolo de mis antepasados.

—¿Antepasados?

—Sí, mis ancestros. El padre del padre del padre de mi padre es mi antepasado, y toda su familia también lo es.

—Sus *mules*.

—Exacto, los muertos de cada uno. Las leyendas dicen que mi pueblo fabricaba estas estatuas para ayudar en las tareas de la casa, para trabajar los campos, proteger los templos, los barrios...

—¿Como un alguacil?

—Más o menos.

—Pero las estatuas... son estatuas. ¿Cómo van a proteger ni ayudar en nada unos trozos de piedra?

—Porque están hechas con magia. He ahí la cuestión, Julita.

—...

—Se llaman gólem, y si usas las palabras convenientes, llegan a cobrar vida y obedecen a sus creadores.

—¡Venga ya, Teíto! No seas *farfasiante*, ¿te piensas que estoy boba?

Teo cierra de golpe el cuaderno y se encara a su amiga del alma.

—¿No me crees?

—Pues no, ¿qué te piensas?

—Ya lo veremos.

El judío se pone en pie, agarra la lámpara del suelo y se mete dentro del corral a seguir con su faena.

—Te has enfadado —le pincha la gitana.

—¡No!

—Anda que no...

—¡Que no! Déjame, gitana. Vete para dentro que ya termino yo con esto. Enseguida subo.

—Te has enfadado —afirma ella.

Teodoro acarrea maderas y las deja junto a la puerta, enfurruñado. Julia le ignora, se va para casa. Está cansada. Recogerá la cocina y se irá a dormir, que mañana será otro día y tiene mucha tarea dentro de aquellos muros.

## *Granada, 29 de agosto de 1931*

—A tu abuelo lo tomaban por loco, hijo mío, al menos la mayoría de las veces. Pero en realidad era un genio encerrado en un ambiente rural que apenas dejaba sitio para sus fantasías, sus sueños...

El viejo se frotaba la parte alta de la nariz, como tirando de una evocación perdida en el tiempo.

—Recuerdo la primera vez que lo vi aparecer corriendo por la calle del molino... Venía desencajado de terror porque lo perseguía otro muchacho más grande y fuerte que él. Le echó cojones aquel día, ciertamente. Y eso me impresionó tanto que sentí la imperiosa necesidad de conocerlo mejor.

El joven José, piernas cruzadas sobre la alfombra de la sala, escuchaba al yayo Alberto mientras iba hojeando el cuaderno de su abuelo.

—Le echó cojones y astucia —continuó el hombre, sentado en el sillón a la luz que entraba por el ventanal—. Eso es innegable. Aunque creo que después de aquello llegó a arrepentirse en más de una ocasión por habérsela jugado al abusón de Cotino.

—¿Qué hizo el abuelo, yayo? —preguntó Josete, sin levantar la vista de las páginas garabateadas.

—Nos dejó a los cinco sin palabras —dijo soltando una risa corta y un carraspeo—. Aparentó conocernos y se encaró al matón, desafiándolo ante todos nosotros. No le salió bien el desafío pero salvó el pellejo... y los cuartos que llevaba encima... ¡menuda patada en el culo le soltó al chaval! Si lo ves correr... desapareció como un animal asustado en la espesura.

Alberto le contó a su nieto, como quien cuenta una historia fantástica, la escena de aquella tarde con todo lujo de detalles. El joven había llegado a tierras valencianas apenas tres semanas antes, y aún estaba conociendo a los chicos de su edad, los que coincidían con él en las clases de la escuela primaria del pueblo. Sus padres, granadinos de nacimiento, decidieron invertir en el negocio batanero y por ello se mudaron a Buñol, lugar donde encontraron a precio de saldo un taller en el que intentar dar rienda a sus inversiones de futuro... sin demasiado éxito, todo sea dicho.

Por aquel entonces, el joven Alberto practicaba con el saco y los guantes, fascinado por los reportajes boxísticos que leía en las revistas deportivas que su padre coleccionaba. Suscripciones en su mayoría francesas que relataban las hazañas de los grandes de la época: irlandeses de la talla de John Morrissey, Paddy Ryan o el estadounidense James Corbett eran sus ídolos de infancia.

La vez que, días más tarde, se encontró a Teodoro y a la gitana en apuros en el camino a la feria, no lo dudó. Se armó de valor y usó sus mejores *jabs* para salvar el pellejo de los dos niños y ganarse así, de paso, su amistad incondicional.

—A partir de entonces nos hicimos uña y carne. Tu abuelo y yo... y Julita, claro está, que no se despegaba de nosotros ni con agua hirviendo, la *jodía*.

El anciano le narró a su nieto los juegos vespertinos que tenían ellos tres, la mayoría de las

veces junto al río, cerca del campamento de la gitana. O las excursiones que hacían monte arriba, a la cueva de las palomas, cuando el calor de poniente era tan abrasador como el interior de un horno a pleno rendimiento.

—Esa charca sí que estaba fresca —recordaba—. Por mucho calor que hiciera fuera, como siempre le daba la sombra, se estaba de mil maravillas allí dentro...

Josete escuchaba al abuelo contar sus historias como si todavía fuese un niño pequeño, aunque casi había cumplido los diecisiete y pronto tendría que elegir el rumbo de sus estudios superiores. Al yayo aquello le encantaba. Se sentía importante, más sabio que de costumbre, y no escatimaba en exageraciones y fanfarronadas más propias de un vasco que de un granadino como él.

Llegado a un punto, el nieto quiso saber qué eran unos dibujos hechos a carboncillo en el cuaderno. Representaban un muñeco hecho por partes mecánicas, calderas y engranajes complicados.

—Teodoro era un genio, *quillo*, ya te lo he dicho antes. Heredó ese arte de su padre, que arreglaba relojes y juguetes en el pueblo. Lo mismo le daba al viejo José meterle mano a una caldera que al mecanismo de una cajita de música que a las ballestas de una calesa. Y su hijo, muy listo él, no se quedaba atrás... Desde niño estuvo obsesionado con construir un autómeta como los que traían los feriantes de Madrid, París y lugares lejanos. Eso son los bocetos de la máquina... el autómeta, como él lo llamaba.

—¿Y llegó a construirlo alguna vez? —preguntó Josete, fascinado.

—Ya lo creo que sí... ya lo creo.

El viejo detuvo su cháchara, recordando tiempos pretéritos, cuando eran felices y la vida sonreía a su juventud aventurera.

—Cómo me gustaría ver ese autómeta, yayo —dijo el joven, imaginando en su cándida inocencia al humanoide moviéndose por el patio de la casa—. ¿Qué fue de él? ¿Dónde quedó el invento del abuelo?

Alberto no respondió. Parpadeó, frotándose de nuevo el tabique nasal y la cuenca de los ojos. Los recuerdos empezaban a atacarlo y sintió que el pulso se aceleraba más de lo recomendable para un hombre de su edad.

—Será mejor que lo dejemos —disimuló—. Estoy un poco cansado... ¿Por qué no bajas a ver si ya está preparado el almuerzo? ¿Vale, Josete?

El muchacho, resignado, se puso en pie y salió de la estancia en silencio, con aire un tanto taciturno, desilusionado por la repentina parquedad del abuelo.

Ahí quedó el viejo.

Al abrir los ojos, contenida la sal de sus lágrimas, vio que el joven se había dejado el cuaderno abierto en el suelo por la página donde Teodoro había hecho los primeros croquis del mayor invento de su vida. Aquel aparato que costó a su querido Teo más de lo que jamás habría podido pagar.

Aguantando un quejido natural al doblar la espalda, recogió el libreto y se colocó las lentes para contemplarlo más de cerca. Cuánto tiempo había pasado sin leer la grácil caligrafía del judío, su sinuoso trazo enarbolado y firme, las líneas difusas que, juntas todas ellas, conformaban espléndidos dibujos de los más ínfimos detalles de sus creaciones. Dibujos y filigranas propios de una mente brillante, un espíritu soñador y libre, carente de miedos y tabúes...

Alberto no pudo más. Él era fuerte. Siempre lo fue, para él y para el resto. Pero en ese

momento los sentimientos encontrados entre los recuerdos de juventud y los duros momentos pasados le arrebataron la gallardía de un zarpazo y rompió a llorar en silencio compungido. En la soledad iluminada de su cuarto de estar.



La prima Susana untaba de manteca las *tostas* de pan para el almuerzo mientras Josete cortaba el queso con torpeza. El abuelo entró en la cocina sin mediar palabra y se sentó en su sitio, encabezando la mesa rectangular. Llevaba el cuaderno de Teodoro bajo el sobaco y la mirada perdida en un punto más allá de la pared del fondo.

Los jóvenes sirvieron vino al anciano sin atreverse a preguntar y Susana le acercó un plato con la ración. Comieron en silencio. José y su prima se miraban sin entender qué ocurría, lanzando tímidos gestos de cabeza hacia el viejo, que, sin soltar la presa del librillo, masticaba como sin ganas, absorto en su mundo de recuerdos y pesares.

—Susana —dijo el viejo tras terminarse el plato—, esta tarde te vas a la estación a averiguar a qué hora sale el tren para Córdoba.

—¿Qué? —dijo la joven.

—Y después preparas dos maletas. Josete y yo saldremos mañana con el primer coche.

—Mañana llega el tío Manuel —recordó Susi.

Los primos se interrogaban mutuamente con los ojos como platos, mirando hacia todas partes sin mover la cabeza. Sin entender de qué hablaba el viejo.

—Pasaré por el banco y te dejaré dinero para que mantengas la casa por unos días, mientras estemos fuera...

Susana no daba crédito pero le asustaba preguntar.

—¿De qué habla, tío? —se atrevió al fin.

—Tu primo y yo nos vamos de viaje. —El viejo no levantaba la mirada del plato salpicado de migajas—. Serán solo unos días... una semana, como mucho, espero.

—Pero... abuelo —interrumpió José—, ¿a dónde nos vamos?

—Dices que te gustaría ver el invento de Teodoro... saber más sobre su vida, ¿no es así?

—Sí...

—Pues está decidido: mañana salimos camino a Buñol. Conocerás el pueblo que me vio crecer, el lugar donde nacieron tus abuelos... el pueblo donde nació tu padre.

Susana se puso en pie con el ceño fruncido.

—Te ayudo con los platos.

—No te levantes, Josete —dijo ella sin soltar la mirada hacia el abuelo. Recogió la mesa y soltó encima el trapo del mandil.

—Abuelo...

—Déjame hacer —cortó el viejo—. Te contaré más en el viaje a Valencia.

José sacudió las migas con el trapo y limpió la mesa un poco.

—Entonces... —dijo Josete—, ¿cuánto va a durar el viaje? Por sacarme ropa del cajón.

—No más de una semana, creo yo —contestó Alberto, mirando a la mesa.

—Vale... pues me voy entonces al cuarto...

El joven se retiró poco a poco, esperando algo del abuelo. Pero el anciano seguía mirando como si el almuerzo estuviera todavía ahí plantado.

**Buñol, 12 de enero de 1885**

A Julia le gusta el olor de la casa de Teo. Conoce desde niña esa herrumbre ácida mezclada con lo dulce de la grasa y el cobre. Para los Azag es algo normal, pero para Julia representa el olor de recuerdos muy marcados en su infancia, se acuerda de llegar con el judío y que su madre les diera de merendar a los dos. A veces un palo untado en miel como postre era para ella la sorpresa del día, o de la semana, y esas sensaciones las vivió con este aroma a taller de fondo.

—¿Cómo van las migas? —María señala con el hocico desde el otro lado de la cocina.

—Ya casi están —dice Julia, y le añade una taza de agua al puchero.

—Estás que no estás, chiquilla.

—No es *ná* —contesta la gitana y es verdad. Es que las labores no son lo suyo y estaba otra vez perdida por el río de su infancia.

—A mí puedes contármelo todo —insiste su suegra.

—No es *ná*, señora, de verdad.

No es nada, se pone a la tarea de una vez y empieza a mover el pan, a humedecerlo poco a poco, pero resulta que igual sí es algo. Porque su mastodóntica memoria la lleva a lugares lejanos y momentos intensos. Muchos de ellos son besos. Besos de amor, besos para otras personas. Son besos siempre velados de las miradas ajenas a ellos tres, pero, en un tiempo, también lo fueron para ella.

—Pasado mañana viene la pesca —dice María—, te vienes conmigo y llevas algo rico a casa.

—Bueno —duda Julia—, yo...

—Lo podemos cocinar aquí, si quieres, y te lo llevas para casa. Así conoces al *pescatero*, que es muy *salao*.

—Vale, vamos a la pesca. —Conoce bien la gitana al pescadero, seguramente mejor que María, y le apetece pasar por el mercado—. Nos llevamos la burra —dice Julia.

—¡Ay, la burra! Qué cosas dices. —María sacude un trapo de hilo sobre el mármol—. ¿Cómo está eso?

—Ya está. —La gitana muestra las migas húmedas.

—Ale, dámelo. Y dile a los hombres que en una hora comemos.

Julia sale de la cocina secándose las manos.

—Diles que una hora —insiste la suegra—, que luego esto no vale nada.

Abrir la puerta del taller inyecta de nuevo ese profundo olor a hierro y Julia sonrío: José está encaramado a la mesa, encajando la cabeza del autómatas mientras Teo le da indicaciones desde el suelo. Por los gestos del suegro, la pieza pesa lo suyo y al final el hijo también se sube al tablero para terminar la maniobra.

—Que dice tu madre que en una hora adentro.

—Muy bien —contesta Teo—. Pásame la llave esa, anda.

Julia mira el banco que su marido señala: hay decenas de herramientas distintas.

—¿Esta?

—No, la que está al lado, a la derecha.

Agarra un destornillador y lo muestra.

—Déjalo.

Teodoro suelta la pieza que sujeta y se acerca a su esposa.

—Que dice tu madre que una hora —le gruñe Julia.

—Que sí.

La chica abandona el lugar por donde ha venido, dejando a los hombres haciendo sus cosas.

—Esto ya casi está —dice el padre—. En cuanto ensambles el collarín podremos probar con esa caldera pequeña.

Teodoro la revisa y asiente. Tras dos meses de trabajo soldando conductos de cobre y placas de metal para la estructura, pondrá a prueba el mecanismo que permitirá que Sabiero el autómata abra la boca y los ojos. Pronto vendrán brazos, torso y piernas. Agarra tres llaves distintas, dispuesto a ver nacer su criatura.

—¿Tenemos algo con lo que darle calor? —pregunta mientras sujeta la pieza de enlace—. Necesitaremos bastante presión —añade—, lo he soldado de forma que soportará tres o cuatro atmósferas...

—Será suficiente —responde José—. Cuando lo tengas, avisa, se me está durmiendo este brazo.

—Vale, está —dice Teo.

El hombre baja de la mesa y se agarra unos segundos al borde, descansando brazos y espalda.

—¿Está bien?

—Sí, sí —dice el padre—. Oye, ¿lo has traído?

—Lo llevo siempre encima. Me gusta consultarlo a veces...

Teodoro saca el cuaderno heredado y lo abre por las primeras páginas.

—Me está yendo bien con la traducción —añade, enseñando su propio cuaderno de apuntes.

—De nada —responde el padre.

—Tenía usted razón y al final la mayoría es castellano pero antiguo, como el de las novelas de la abuela Nuri.

—Más o menos, jeje, jeje —dice José, con los ojos achinados—. ¿No se te escapa nada, entonces?

—Bueno, sí —dice él—. Hay unas cuantas palabras que no entiendo ni por contexto.

José se coloca las lentes y consulta una estantería repleta de libros y papeles.

—Aquí está —dice José cogiendo un tomo—. Luego a la tarde echamos un vistazo a ver si de aquí sacamos algo.

—Esta tarde salimos a la venta pero lo he marcado casi todo, si quiere se lo puede quedar esta noche.

—Lo miraré... ¿Hay partida hoy?

—Sí —asiente Teodoro—. Aunque dudo que entremos mucho a jugar.

José ha dejado el libro en una mesita y empieza a encender un candil para dar calor a la olla.

—¿Te va bien, hijo? —dice el padre, sin dejar de mirar la llama.

—Claro que sí —responde—. En la casa vamos poco a poco pero en el trabajo es muy



diferente. El Gordo y yo sacamos adelante lo que nos pongan.

—Bueno —contesta José mientras termina de llenar y cerrar la caldera—. Tú ve con ojo, no digo más. Y ándate con cuidado con las timbas del camino, mucho rufián se junta en esas casas.

Teo sabe bien lo que encierran los reproches velados y las advertencias de su padre, pero no le hace demasiado caso. Aguarda en silencio a que el agua se excite con el calor de la punta de las llamas, imagina su máquina en movimiento, despidiendo chorros de vapor por los costados mientras avanza por una explanada de piedras. Se lo imagina arrastrando enormes troncos con sus brazos metálicos y silbantes.

La caldera empieza a llenarse y los conductos cogen presión, poca al principio. Las agujas del tórax de Sabiero oscilan en sus manómetros y alguna que otra unión en los tubos comienza a dejar escapar hilos de vapor.

Pasado un rato, el sistema está en marcha y a máxima presión: cuatro atmósferas. Teodoro se acerca al maniquí sin brazos y mira a su padre, sonriendo. La secuencia de válvulas que ha programado es sencilla, dos parpadeos, tres veces abrir y cerrar la boca y, por último, dos parpadeos más.

—La temperatura es buena —grita Teodoro contra el vapor y el ruido—. Cincuenta y siete grados.

—Abre la llave de una vez —le insta su padre.

Teodoro obedece.

Suena un clac intenso y seco, la primera válvula, buena señal. Padre e hijo se colocan juntos delante del gólem a una distancia prudencial.

—Si sale bien —le dice José a su hijo—, puede ser algo maravilloso.

Sabiero responde al comentario abriendo los ojos con un latigazo de pestañas metálicas, para volver a cerrarlos tres segundos más tarde. Uno a uno va repitiendo los gestos dados por la orden de Teodoro; el invento funciona. El judío pega un salto de alegría porque el autómata no ha fallado, es más, la secuencia se repite según termina, sin atascos; la presión se mantiene estable.

Padre e hijo se abrazan y felicitan.

—¡A comer! —La gitana asoma la cabeza por la puerta.

—¿Ya? —dice José, consultando su reloj.

—Hace rato, ¡va!

Teodoro apaga la llama y abre una válvula de escape, Sabiero deja caer los párpados y descuelga su mandíbula de hojalata con un siseo de descanso. El joven coge el tomo, apaga el quinqué y todos salen del taller.

—Mañana o pasado lo cargamos en el carro —dice Teodoro al entrar en la cocina—. Haremos aquí una prueba más, esta vez con pierna y brazo.

—¿Uno solo? —pregunta José.

—Yo creo que sí —dice—, con que llegue buena presión a la válvula principal y responda... El resto es solo colocar bien los relojes.

—Mal —le corta el padre—. Te olvidas de que cada pierna debe ir por su lado...

Los hombres se sientan a la mesa y María les sirve las migas en el plato. Julia les pone vino.

—Bueno, una prueba más —contesta Teodoro—. Pero luego lo llevamos a mi casa.

—¿Qué es este cuaderno? —María ha dejado la cazuela en una esquina de la cocina y se limpia las manos con el delantal mientras coge una silla.

—Es parte de la herencia del tío Moi. Un cuaderno de ingeniería antiguo —dice su marido. Ella se sienta, lo hojea y sonríe.

—Sí que es viejo —comenta—, está escrito casi en el mismo tiempo que las novelas de mi madre...

—¿Sabes leer? —pregunta de repente Julia, que sigue en pie, en una esquina del cuarto.

—Un poco —dice María—. De chica me enseñó don Federico, en paz descanse. Lo justo para leer y hacer las cuentas.

—Mañana por la tarde lo ensamblamos con las calderas dentro —insinúa José a su hijo—. Hay que ver si se tiene en pie antes de abrir las válvulas.

—Según Alberto, le faltan contrapesos —dice Teo—. No sé, si le pongo contrapesos puede que el sistema no pueda con tanto y reviente o algo.

Julia se acerca a María con la mirada puesta en el viejo libro de las manos de su suegra, que lo está mirando con curiosidad.

—Vamos a probar tal como está. —José se gira hacia su mujer y le coge el ejemplar—. Llévate esto y dale otro repaso. Mañana, antes de ponernos a la faena, repasamos lo que digas.

—Trato hecho, padre —dice Teo, guardándose el libro en la bolsa—. Cuando salga del trabajo, vengo y lo ponemos a prueba.

—¿Te quedarás a cenar?

El chico mira a su esposa y esta se encoge de hombros.

—Sí —responde—, nos quedaremos a cenar.



El aire de la venta está tan cargado que podría cortarse con un cuchillo. No por el humo acumulado del tabaco, ni por la hoguera alimentada con leña medio fresca, ni por las velas de sebo que hay repartidas por las paredes y lámparas de madera que cuelgan del cañizo.

No.

En la mesa central se está jugando mucho dinero esta tarde. Tarde que hace un par de horas se convirtió en noche húmeda de niebla y frío venidos de la meseta. Todos los jugadores han sido desplumados por el triunfador del día. Todos menos Carmelo el herrero, que pelea sus últimas pertenencias mientras suda hielo seco.

Sobre la mesa, trescientas pesetas por parte de un rival eufórico, vencedor, entregado al juego afortunado que esta noche le está dando las mejores manos vistas en mucho tiempo entre esas cuatro paredes. Cuatro mil reales contra la escritura de la casa y el taller de un pobre Carmelo, pálido cera, exudado de temor al ver su casa, su futuro, dispuestos en esa mesa redonda por donde han pasado seis hombres más para perderlo todo.

Don Roberto Cotino echa un último vistazo a su mano y sonríe. Su rival se esconde tras un sombrero de paja con las cartas delante del rostro. No alza la vista ni aunque lo maten.

—Veo tu apuesta —vocifera el grandote para que todos le oigan bien claro—, y subo cien pesetas más.

Carmelo tiembla bajo el escondite de hierba seca. Los presentes murmuran entre ellos. Saben que la casa y la forja es lo último que le queda al hombre y que no puede igualar ese envite. Busca

entre los presentes alguien que le avale pero nadie sostiene su mirada.

Está solo. Está vendido y desesperado porque sabe que nadie se la juega con Roberto Cotino; no cuando hay dinero de por medio.

—Don Roberto —susurra el hombre—. Esto es todo cuanto tengo, ya lo sabe. Si sube usted la apuesta no puedo hacer más que retirarme... no es justo, se lo suplico.

—El juego es el juego, Carmelo. Esto es lo que hay y todos los aquí presentes son testigos.

—Don Roberto, por favor.

—Se me ocurre una idea. Hay algo que podrías apostarte a cambio de la escritura que igualaría la jugada.

—No se me ocurre nada...

—Sí, hombre, sí. Es muy sencillo. Tengo entendido que el otoño pasado te casaste con Merceditas, la hija del molinero de Siete Aguas. Viejo bribón. ¿Quién sabe qué trucos usarías para llevarte un caramelo tan dulce como ese?

—No... no le entiendo, don Roberto.

—¿Qué no entiendes? Si es muy fácil. —Cotino agarra los papeles de la casa y se los tiende a su rival—. Toma, coge esto y apuéstate la mujer. Con eso me doy por satisfecho y no subiré ni un real, te doy mi palabra.

—Yo... —Carmelo titubea, la oferta le ha cogido desprevenido—. No... no puedo hacer eso...

—Venga, hombre, no seas cobarde. Si has llegado hasta aquí es porque llevas buena mano, estoy seguro de eso. Échale cojones y enseña tus cartas.

—No sé...

—Mira que, si me ganas, te vas a tu casa con una buena paga —insiste Roberto—. Tanto dinero bien merece correr el riesgo, ¿no crees? Échale huevos.

Carmelo duda durante casi un minuto.

Tras cuatro horas de juego bastante bueno, no sabe bien cómo, se ha visto atrapado en esta apuesta y ha caído de cabeza a los infiernos. La mano que lleva es insuperable en gran medida, cierto, pero en el azar siempre cabe la posibilidad de dar un vuelco.

El herrero se debate en silencio, mirando una y otra vez los naipes sin saber muy bien qué hacer. Si acepta la apuesta y triunfa, habrá ganado en una tarde el salario de casi dos años de trabajo. Si se retira ahora, perderá todo por lo que lleva media vida luchando. Pero si acepta... si acepta y pierde, perderá a la joven Merche. Perderá su sonrisa y su alegría, su mirada traviesa, el tacto de su piel, el calor bajo las sábanas por las noches, la esperanza en formar una familia de una vez por todas.

—No puedo. —El herrero lanza su mano al montón de cartas que hay boca abajo en el tablero y se levanta muy despacio—. Has ganado, Roberto. Mi casa es tuya, la forja también.

—¡Ohhhhhh! —lamenta Cotino, irónico—. Qué lástima, ¿verdad? Y mira tú que creo que no llevaba nada... para una mala mano que me entra, y vas y te retiras. —Roberto agrupa todas las cartas junto a las suyas, sin desvelar qué lleva—. Una verdadera pena. Qué se le va a hacer.

Con una fuerte palmada en la mesa, Cotino se pone en pie y promulga una ronda de vino para todos los presentes. Se siente generoso e invita él.

—Mañana pasaré con el notario para tomar posesión, Carmelo. Intenta descansar esta noche. ¡Venga, todo el mundo a beber, *redéu*, que pago yo esta ronda y la siguiente también!

La noticia rompe la atmósfera abrumadora y los parroquianos comienzan a charlar entre ellos, bromeando y comentando las jugadas vistas o vividas ese día. Carmelo no habla, no respira, no ve nada más que la puerta hacia la que se encamina como un fantasma transparente al que nadie quiere ver por vergüenza, lástima o desprecio.

El herrero sale al patio trasero y desembrida su caballo para desaparecer por el portón sin montar ni mediar palabra alguna. Se difumina con la niebla helada de invierno y se pierde por el camino a la que ya no es su casa, para recoger las herramientas, algunos enseres y a Merceditas, su joven esposa.



—*Cagontó* —se lamenta el andaluz—, si nos hubiéramos *pillao* un poco más de *parné* de casa.

—Yo me lo hubiera apostado —asevera el judío.

Alberto y él cabalgan hacia su casa, taciturnos. La sesión de juego del día ha sido brutal, lo nunca visto en su vida y, aunque ellos han esperado fuera por falta de líquido, se han quedado hasta el final para ver cómo terminaba la cosa. Teodoro ha buscado un buen hueco junto a la barra, a espaldas de Cotino, para evitar encontronazos incómodos y allí han bebido y observado cómo el paisano desplumaba uno tras otro a todos los que se le ponían por delante.

La apuesta ese día iba a ser gorda, eso se sabía por las tabernas y ventas de kilómetros alrededor. Teo y el andaluz se dejaron ver por allí por si el nivel de juego se acomodaba a sus bolsillos, pero no.

Aunque Alberto estuvo tentado a saltar a la mesa principal en un par de buenas manos que tuvo, a Teo le bastó una mirada para que se retractara de la decisión.

E hizo bien, porque poco después entró el señorito Cotino —poco le costó a Roberto hacerse con parte del control de los negocios de su familia y de su caudal—, con dos de sus secuaces —que poco habían modificado sus modales y vestimentas, aunque ya no iban por ahí abiertamente armados, como en el monte—, y una cantidad ingente de dinero. Exagerada.

A partir del momento en que el batanero se sentó, los jugadores fueron cayendo uno a uno porque este traía dinero suficiente como para ir de guarra con las subidas, además de buenas manos y faroles, se le suponen.

—Pero qué *bocanás* dices, mi *arma*.

—Que le habría aceptado la apuesta al cerdo ese.

—Tú no riegas bien —contesta el andaluz—. ¿Te vas a jugar en una mano a la gitana, por ejemplo?

—A ver... a la gitana no, digo yo —duda Teodoro—. Pero pude ver de reojo la mano que tenía Carmelo y, joder, llevaba *full* de ases reyes.

—¿*Full* de ases reyes? —Alberto arruga el morro, indignado—. ¿Y eso qué?

—Pues que con una mano así yo me juego lo que sea, vamos. ¿No has visto lo rápido que ha recogido el otro? Eso es que no llevaba ni pareja...

—Eso es que es más listo que nadie y no ha querido desvelar su juego, *cipollo*. Con la vida de una persona no se puede jugar, y menos con la de una dama.

—Es su mujer, ¿no? Pues hará con ella lo que crea conveniente, que para eso se han casado.

El andaluz detiene a su caballo y atraviesa con los ojos la nuca de Teodoro, que cabalga como si nada a paso lento.

—Pero ¿tú te estás escuchando? Cualquiera diría que eres un carcamal de los de antaño.

—Ya nos salió el moderno.

—Moderno no, librepensador, para que te enteres.

—Que sí, que sí —se mofa el judío—. Que lo que tú quieras. Mucho te estás juntando últimamente con algunos de por ahí —añade haciendo aspavientos con una mano, apuntando hacia el pueblo al que ya están entrando—. Modernos, librepensadores, anarquistas y laicos. Y un mundo muy bonito pintado de color de rosa.

—¿Sabes qué te digo?

—¿Qué me dices, qué?

Alberto espolea a su jaco y rebasa al galope el caballo de Teodoro, perdiéndose por la calle, barranco abajo, en dirección a la casa.

—¿Qué me dices?! —le grita el judío—. ¡Alberto, espera!

Cuando el andaluz da la callada por respuesta es que está enfadado pero bien. Teo aligera el paso sin intención de coger a Alberto. Sonríe al recordar el primer enfado del granadino, hace unos años. Salieron de clase y fueron al río a repasar una lección de Historia que Alberto tenía que aprender para un examen. Julia les estaba esperando con la burra de su padre, cepillando sin muchas ganas el lomo del animal mientras lo regaba con un pequeño cubo de hojalata totalmente oxidado.

—¿Qué hacéis, payos? —quiso saber la niña.

—Mañana tengo una prueba de Historia —dijo Alberto—. Estoy repasando la lección pero ya me la sé.

Julia se colocó detrás de la pareja, de rodillas, la justa altura para asomar el nido de pájaros que tenía por cabeza entre los hombros de los muchachos.

—Es una historia de barcos —dijo—. ¿Salen piratas?

—No, salen Cristóbal Colón y los Reyes Católicos.

En la parte baja de una de las páginas estaban dibujadas las tres carabelas que llegaron a América por primera vez.

—¿Me lo lees?

—Claro.

—¡CÓ! —soltó Teodoro—. Es un tostón muy largo, otro día mejor.

—Claro, listillo, es que tú lo sabes todo.

Julita se puso en pie y se metió en el río para desatar la burra.

—Yo no soy listillo, pero por lo menos sé leer y escribir.

—Yo no sé porque no quiero, mira el payo.

—¡Já! —se mofó el judío—. Ni en cien años aprenderías tú a leer y a escribir, con lo boba que eres a veces.

—Eres un bastardo *farfasiante*, judío.

—Y tú, gitana.

La niña agarró a la bestia por la lazada del cuello y, tirando con todas sus fuerzas, la hizo girar ciento ochenta grados, quedando el tremendo cuerpo peludo entre ellos dos y Julita.

Desaparecieron del panorama, la burra cabeceando y la gitana mascullando maldiciones de las suyas.

—¡Ea! Que a gusto te has quedado, no veas.

—Déjala, si es que es boba a veces.

—Igual que tú, ¿o qué te crees?

—¿Qué dices?

—Que te has portado como un *cipollo*, mi *arma*, como un capullo. Me has *dao* hasta fatiga.

—Gracias —contestó él—. Por lo de capullo.

—Qué tonto es —le dijo Alberto al cielo de ramas de álamo, y se puso de pie—. ¿Sabes qué te digo?

—¿Qué me dices?

El andaluz cogió la cartera del suelo y se fue caminando barranco arriba, sin mirarlo siquiera. Teo se quedó un rato, pensando que volvería, pero no fue así. Estuvo tres días sin dirigirle la palabra ni en las escuelas ni en la calle. El segundo día fue a su casa a buscarlo, como de costumbre, y no le quiso atender. Fue su madre la que se asomó para decirle que Alberto no quería salir, que tenía que estudiar.

El cuarto día estaban Julita y él tirando piedras a la charca cuando apareció con un libro bajo el brazo y llamó a la gitana. Los dos se acercaron a unas piedras que había amontonadas al sol y Alberto empezó, sin mediar palabra, a leer el principio de *20.000 leguas de viaje submarino*. Julia y Teo lo escucharon muy atentos, aunque a él le doliera un poco que su amigo no le diera ni las buenas tardes, como siempre hacía con todo el mundo. El granadino les leyó seis capítulos y, al acabar, la imaginación de los niños viajaba por playas del paraíso y se embarcaba en navíos sumergibles que surcaban los océanos.

Pasaron el resto de la tarde jugando en el río, en una poza a la sombra en la que podían zambullirse saltando desde una roca, que fue su nao durante todo el verano que quedaba. La lectura de Verne les hizo pasar un estío fantástico y Alberto ni siquiera le mencionó el enfado al judío, como si nunca hubiera ocurrido.



Teodoro llega a la casa y se encuentra con que Alberto ha dejado al caballo suelto en el patio. Arriba, en la galería, el primer quinqué ya está encendido y la sombra del arquitecto se entrevé a través de los cristales. Teo desmonta y ata su montura, acercándose a la otra bestia para sacarle la gamarra y el bocado. Con un tirón ágil afloja la silla y el caballo queda libre por el corral.

—¿No vais a cenar?

La gitana observa desde la puerta cuando el judío desembrida su animal, absorto en sus pensamientos de infancia, en los recuerdos de todos ellos.

—Me has asustado —contesta, sin girarse hacia su esposa.

—Trae —le pide ella, que se ha acercado y agarra la silla con las dos manos—, yo te ayudo con esto.

Juntos lo guardan todo, cepillan por encima a los caballos y les colman el abrevadero. Después Teo se disculpa y se mete en el taller. Julia le sigue, en silencio.

—Tu madre se ha ido hace un rato —comenta finalmente.

Lo que hace nada era poco más que una jaula de ladrillo, maderas y hierros ahora parece el cubil de un loco inventor con miles de proyectos empezados y esparcidos por ahí. De las cuatro paredes cuelgan sendas pizarras o tableros en los que hay innumerables bocetos de todo tipo de artilugios. Clavos y tornillos por doquier, la mayoría vacíos, hacen las veces de colgaderas para llaves, destornilladores, palancas, alicates y sierras que, al no estar en sus lugares, yacen esparcidas por entre las cosas que hay en dos de las tres mesas que la habitación dispone.

Juguetes de madera, de latón, bicicletas en miniatura, instrumentos musicales de lo más variopinto, algún reloj desmontado y cosas así pululan por los rincones a sus anchas. Solamente un hueco en la estancia parece libre de todo ese caos. Una mesa en la parte trasera que, aunque repleta de mecanismos, permanece ordenada de manera milimétrica. Teodoro enciende tres luces y se dirige directo allí, a su banco actual de trabajo. En un atril, justo a un lado, está el libro que heredó de su tío y un cuaderno propio en el que está traduciendo y haciendo sus propias anotaciones acerca del otro.

—¿Cómo llevas tu gólem? —quiere saber Julita.

—Ya casi está terminado, ¿ves? —Teo coloca el torso del autómatas en postura erguida, sujetándolo con unas gomas—. Estos son los brazos. —Señala—. Y estas las piernas.

La gitana entra y agarra el brazo derecho.

—Qué bonito. Y cuánto pesa, leches.

—Es que es casi todo metal. Cuando esté terminado, en conjunto, calculo que pasará de los doscientos kilos.

—Y tú crees que se va a mover él solo... no sé yo.

—Que sí, ya verás. Lo pone en el libro del tío Moi.

Teo maneja el otro brazo y, con sumo cuidado, lo engrana en el hombro correspondiente, sujetando la unión con cuatro tornillos a medio roscar.

—Mira —continúa—. ¿Ves? Puede hacer todos los movimientos básicos sin fricción alguna. —Manipula el miembro de la máquina con una mano—. Lo único que me queda por terminar es la parte baja del tronco. Todavía no sé muy bien de qué manera proteger las uniones entre torso y piernas...

La gitana se ha aburrido del invento en cuestión, aunque la curiosidad la mantiene atenta a sus explicaciones. Deja el brazo sobre la mesa y empieza a hojear el cuaderno de Teodoro.

—¿Qué escribes aquí? —pregunta, sin dejar de pasar las hojas escritas—. Apenas has hecho dibujos.

—Los dibujos los tengo en grande, ahí —señala—, en las pizarras. En ese cuaderno escribo lo que voy consiguiendo traducir... Mi padre me está ayudando aunque hay cosas que no entendemos ninguno. Una de las claves, piensa él, está en esta palabra —señala una serie de garabatos extraños escritos en una de las hojas—: *EMET*. Significa «verdad» y mi padre dice que debe ir en alguna parte para que la magia surta efecto...

—Tienes una letra muy bonita. —le interrumpe ella. La mujer pasa lentamente el dedo por encima de las frases y los párrafos sin escuchar lo que él le cuenta. Se detiene, pensativa—. ¿Me enseñas a leer?

## NO-DIARIO DE LA GITANA

### ENTRADA TERCERA

Algo con lo que la gitana jamás hubiera contado es con el hecho de haber forjado una amistad así con la madre de Teo. María parecía tener en gran estima a la chica desde siempre; sin embargo, desde el día mismo de la boda, demostró un amor verdadero hacia Julia. Ella fue quien convenció a Valentina, la hermana pequeña del andaluz, para que le prestara aquel vestido tan bonito, casi nuevo, y quien convenció a todo el mundo de que los zapatos de charol rojo, llamativos y para nada conjuntados con el color de la ropa le venían de maravilla a la chiquilla. A ella le gustaban y eso era más que suficiente para que nadie más se metiera en el vestir de la novia.

María le enseñó a cocinar algunos platos, a coser, a leer un poco, a escribir su nombre; y de todas sus enseñanzas, la más valiosa fue aquella que la introdujo en la sociedad de la villa, en el día a día dentro del pueblo en el que vivían, con los vecinos y las mujeres que iban al mercado los viernes por la mañana.

Desde siempre, Julita fue una niña bastante extrovertida, eso es cierto, pero los payos le provocaban una sensación de inseguridad, de indefensión a la hora de establecer lazos más allá del mero mercadeo, la compraventa de alimentos y poco más. María se encargó de cambiar eso, presentándola a todo el mundo como su nuera, la madre de su futuro nieto. Y esa seguridad, esa alegría desprendida en las palabras y la mirada de la señora Azag, fueron, sin lugar a dudas, los primeros pasos hacia una completa aceptación por parte de la gente ante el hecho de que una gitana viviera entre todos ellos.

El día que salieron juntas a la calle para ir a la compra, para ver al pescadero, Julia parecía un perrillo acobardado entre las faldas de su suegra, sin atreverse a saludar, sin mirar a la cara al resto de personas.

—Buenos días, Damián —saludó María al vendedor de pescado—. ¿Qué traes hoy, perla?

—Buenos días, Mari —sonrió el pescadero—. Hoy vengo con un bacalao en salazón que no lo has visto tú en años, fijate.

Damián destapó un barreño chato hecho de madera y mimbre en el que varios lomos formaban un abanico de sal y carne blanca.

—También sardinas ahumadas y cazón adobado —dijo el hombre, señalando los productos que tenía en la carreta.

—¿Conoces a mi nuera? —dijo ella cambiando el tercio de repente.

El hombre se fijó en la chiquilla por primera vez desde que llegaron al puesto. Al principio parecía que no pero unos segundos más tarde, su mente reaccionó al reconocer a la gitana.

—¡Redéu, Julita! —exclamó, sorprendido—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—No sé... —contestó Julia—. ¿Tres meses?

—Sí que has cambiado, mi niña —dijo él.

—Se han casado mi Teo y ella —informaba María, henchida de orgullo—. Pronto me darán mi



primer nieto, ¿verdad, Julita?

Damián asentía y sonreía mientras iba cubriendo el género con trapos para evitar la afluencia de moscas al pescado.

—Me alegro de verte, entonces —dijo él—. Te has ido a juntar con una de las mejores familias de Buñol —exageró—, menuda suerte tienes, bribona.

Mientras él y su suegra discutían sobre el precio y el estado del producto, la gitana miraba de reojo otros puestos cercanos. Estaba acostumbrada a pasar por el mercado pero nunca hasta ese día lo había hecho tan entrada la mañana y sin su burra, sin algo para vender o trocar por otro género, solamente con la intención de comprar alimentos para llevar a la casa. Fue en ese momento cuando lo vio venir, acompañando a una señora más mayor que María, que iba cogida de su enorme y peludo brazo mientras se acercaban al puesto de pescado con paso lento.

—Buenos días, María —dijo la señora Cotino.

—Muy buenas, doña Francisca —respondió ella—. ¿Qué la trae por aquí?

—Buenos días, doña Francisca —saludó el pescadero.

Las mujeres y el tendero se pusieron a hablar, ajenos a Julia y Roberto, que se miraban fijamente detrás de sus respectivas compañías.

Los ojos del agresor se clavaron en los de Julia, y una sonrisa maliciosa se ocultaba tras la incipiente barba que él se estaba dejando. La gitana sintió miedo, pavor por creer que, en cualquier momento, el hombre la acusara de algo. La idea de verse rodeada de desconocidos mientras el hombretón la atacaba o desvelaba su tanpreciado secreto la mantuvo paralizada durante el tiempo que su suegra estuvo hablando con la madre de Cotino. Su mente, en cambio, hervía en pensamientos de vergüenza y escarnio, dolor y venganza.

No dijo nada él, solamente asentía de tanto en cuanto a las preguntas o comentarios de su madre, sin quitar la vista del cuerpo de la chiquilla que acompañaba a la señora Azag, sonriendo abiertamente.

Al poco, María estaba pagando el coste de los cuatro lomos de bacalao mientras se despedía de Damián y los presentes.

—Vamos a la fruta —le dijo a la gitana con un leve toque de codo—. A ver si cogemos unas pocas naranjas.

María comenzó a caminar, pero Julia no, ella estaba anclada al suelo, los hombros encogidos, la barbilla tocando el pecho y la mirada fija en Roberto. Nadie se percató, solamente, quizás, el receptor de tanto odio e inquina.

—Julia —insitió la mujer—. ¿Vamos o no vamos?

La muchacha reaccionó y, con gran esfuerzo, dio la espalda a Cotino y se fue junto a María, que la esperaba al sol de la plaza con el cesto sujeto en jarras.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer.

—Sí... —consiguió decir Julia—. No es nada.

Pasaron por un par de puestos más antes de volver a casa y esa mañana no volvió a decir palabra la gitana.

Si Julia hubiera llevado un diario, este hablaría del asco que sentía hacia Roberto; de las mil y una maneras de matarlo que imaginaba cada vez que se acordaba de él, cada día, cada noche que el recuerdo de la violación la visitaba y se instalaba en su psique.

Si la joven hubiera conocido bien su lengua vernácula habría descrito la repugnancia, el

miedo, el rencor y la antipatía que sentía hacia el menor de los Cotino; y cómo veía tambalearse su vida familiar cuando la imaginación la llevaba ante acontecimientos inesperados que desvelaran la verdad acerca del futuro hijo de Teodoro. Sin padres ni hermanos ni primos cerca, se sentía desamparada ante un cambio inesperado dentro de su nuevo estatus en el pueblo.

Si la joven hubiera escrito sus memorias en papel, este sería uno de los capítulos ineludibles de su vida para contar.

*Buñol, 5 de marzo de 1885*

Si no fuera porque María se comprometió con la chica en el momento en que su hijo se lo dijo, Julia no habría aprendido a leer ni su nombre; los hombres están demasiado ocupados con su trabajo y sus cosas como para ponerse a dar lecciones de lectura y escritura a la gitana. Sin embargo, su suegra encontró enseguida la fórmula para acercarse a la joven y su carácter esquivo. La conoce desde cría, tendría tres o cuatro años la primera vez que apareció en la cocina de María y por ello sabe lo buena niña que es —además de aplicada, cuando quiere—, sin embargo, hasta el día de la boda, cuando llegó tardísimo, oliendo a caballo y descolocada, no había conseguido tener un momento a solas con la chiquilla. Ahora los tiene a menudo y María los usa para enseñar algo a la chica; lo va a necesitar.

María cierra su libro, satisfecha. Julia ha leído —con ayuda— un párrafo entero de *El sí de las niñas* y eso supone para ella un esfuerzo titánico. Un triunfo.

—Muy bien —dice con pose docente, dedos enlazados frente a sí—. ¿Qué quiere decir lo que has leído?, ¿lo has entendido?

—Creo que sí —contesta Julia—. Don Diego está hablando de Paquita y doña Irene *la dice* que su hija está muy feliz y que habla siempre bien de él pero él quiere que sea Paquita la que lo dice, no su *mai*... porque yo creo que Paquita no quiere con don Diego pero...

—Bien —corta María—, ¿por qué no quiere?

—No sé —contesta Julia—. Porque es viejo.

—Puede ser —asiente la maestra—. Mañana seguiremos leyendo.

—Hay cosas que no he entendido, de lo que has leído tú.

—Empezaré entonces más despacio —dice María—. ¿Cómo va el nene?

—Ya da porrazos y todo. —Julita se espatarra en la silla y se frota la barriga.

—Sí, bueno, pero ¿tú qué tal te encuentras?, ¿comes bien?

—Cuando ando mucho rato en la cocina me dan mareos y pinchazos, a veces, pero no es *ná*.

María sonríe, recoge las cosas y abre las ventanas de la galería. Abajo, en el patio, su hijo trabaja en el taller, lleva tres semanas que no sale.

—Esas berzas que tienes ahí —señala María—, ya están espigadas. Cuando te duela el bajo vientre coge dos hojas y las hierves en agua poco rato, *ná*. Te lo pones en la barriga con un paño por encima y te tumbas. —La suegra se santigua—. Mano de santo.

La gitana se levanta ayudándose con los brazos, poco a poco, y camina hacia el pasillo.

—Me voy a echar un rato —dice mientras avanza.

—Sí, hija, sí. —María la ayuda hasta la puerta de su cuartucho—. Hay que ver, hija mía, qué habitación más oscura.

—A mí me da igual —responde Julia—. Si aquí solo subo a dormir, que yo vivo en la casa.

—Bueno, niña, descansa un poco, que yo te llamo para la cena.

Julia se despide con una cabezada y entrecierra la puerta de la habitación. Su suegra, afuera

aún, la oye dejarse caer en el colchón de muelles y baja las escaleras.

El suelo del pequeño terreno trasero de la casa parece una auténtica chatarrería, hay piezas grandes tiradas aquí y allá, en un orden que solo Teodoro debe entender.

—¿Hace cuánto que no sueltas a los animales? —le pregunta a su hijo, que acaba de salir pensando en sus cosas, con una mano de hierro más grande que las dos suyas juntas.

—No lo sé, madre —responde él, mirando al suelo—. ¿No habrá visto, por casualidad, un tarro con los manguitos que van aquí, verdad?

María mira a su hijo con esa cara que solamente él conoce.

—Perdón —dice él, como de forma automática—. ¿Qué me decía, madre?

—Que cuánto tiempo lleva esto así y hasta cuándo piensas tenerlo.

—Bueno, yo... estas piezas son todas de Sabiero —dice—. Así que estará todo recogido en cuanto lo monte, y estoy en ello.

—Mira que ya te veo como tu padre, al principio. ¡Pues no le he tenido que meter en vereda con sus chamarilerías! —se jacta la madre—. Si le dejo, tu padre tendría la casa repleta de cosas por ahí.

—Bueno, ya, madre —la regaña el hijo—. ¿Quiere algo de mí? Estoy ocupado, pero...

—No, qué va, hijo —responde María—. Más que nada saber para cuántos hacemos el rancho de esta noche, si vendrá el señorito.

—Déjese de bromas, por favor —le dice Teo.

—¿Entonces?

—Entonces no lo sé —zanja el joven, volviendo a la búsqueda de su tarro—. Alberto dijo esta mañana que tenía una reunión por la tarde y a veces esas cosas se alargan.

—Vamos, que para tres —sentencia María.

—No —dice Teo—. Si no creo que venga y, cuando lo haga, vendrá sin hambre, que lo conozco.

—Pues eso: *pa* tres —se reafirma ella—. Tu padre ya se arreglará con lo de esta mañana en casa, yo me quedo a cenar con vosotros.



—Y esta mano, señor Gabirol, se la queda servidor.

Enrique Barbarrosa recoge el dinero que hay en el centro de la mesa con elegancia, sin aspavientos. Alberto ha perdido casi cien pesetas hoy pero aun así se siente en parte satisfecho. Es la tercera vez que acude al club —así llaman a la casa de Sinfiriano—, y ya se encuentra allí como en su casa.

Los presentes recogen sus cosas con calma mientras charlan entre ellos sobre las últimas jugadas; queda patente que por esa noche no se jugará más, al menos en esa mesa. Alberto imita a sus colegas y se levanta, recoge sus veinte reales y se pone la chaqueta.

—Un placer jugar con usted.

Los hombres se saludan apretándose las manos.

—El placer ha sido mío, se lo garantizo.

—¿Un cigarro? —Barbarrosa le muestra al andaluz dos cigarros puros de importación.

—Con gusto —contesta Alberto, con los ojos como platos.

—Salgamos fuera —dice don Enrique.

Le entrega al granadino su puro y camina entre la gente del salón. La mayoría de las mesas, unas diez en total, están terminando sus últimas manos o han recogido también, y los caballeros charlan entre sí en pie, alrededor de todas ellas. Alberto aprieta el paso para seguir a su anfitrión esta noche y termina en un jardín enrejado cubierto de ramajes en flor; por el aroma que desprende, ahora que es de noche, se trata de un enorme galán. El arbusto se retuerce y se aferra a la verja del perímetro del jardín mientras crece lentamente. Cualquiera día, si le dejan, abrirá los barrotes en enormes umbrales por los que cualquier cosa pueda pasar libremente. Ahora, mientras tanto, ofrece sombra por el día y fragancia nocturna al caer el sol.

Don Enrique se enciende el cigarro con una cerilla de las gordas, a mitad del listón quemado se la pasa a Alberto y este le imita lo mejor que sabe. La primera bocanada le arranca una tos que casi le hace llorar mientras don Enrique ríe abiertamente.

—Ve con calma, Alberto —le dice en confianza—, esto debe paladearse poco a poco. El humo en la boca primero, así.

Barbarrosa fuma con deleite y la barbilla bien arriba para que el andaluz lo pueda ver, este le da una calada y lo imita, dejando la boca medio abierta y conteniendo el humo dentro. La base de la lengua comienza a sentir el picor del tabaco puro, sin triturar. Don Enrique expulsa el humo y le dice muy bajito:

—Ahora expulsa el humo lentamente y quédate con algo, un poco solamente. Eso es lo que te fumas.

Cuando Alberto acaba la maniobra se siente tan mareado que parece que esté borracho.

—¡*La vín!* —exclama.

—¿Está rico? —dice el hombre.

—No está mal. Es una sensación extraña y placentera a la vez...

—Te puedes acostumbrar —añade don Enrique—. Oye, ¿te molesta si te tuteo?

—No —dice Alberto—, para nada.

—Bueno, pues, me gustaría contarte una cosa. —Guarda silencio intencionado y levanta una ceja descarada—. Es casi una propuesta.

—... adelante —duda el arquitecto.

—Unos socios y yo queremos establecer un verdadero club, aquí, en Buñol.

—Ajá... —consigue decir Alberto.

—Bueno, te tendría que presentar antes a un amigo pero le vas a caer bien, eres un buen tipo, se te nota —sigue don Enrique.

A Alberto se le ha esfumado el efecto del tabaco en cuanto ha oído pronunciar las palabras «propuesta», «socios», «buen tipo»... y siente como un ligero vacío en la boca del estómago. Así como un pequeño puño que se hinca y gira lentamente.

—Bueno, ¿qué dices a eso? —Barbarrosa está mirando con los brazos en jarras, en postura un tanto quijotesca.

—¿Qué le digo a qué, exactamente?

—¿Qué le dices a la posibilidad de formar parte fundadora del club? —Don Enrique le pone una mano en el hombro a Alberto—. Aunque pronto lo llamaremos de otra forma.

—Pues... bien, supongo. Todavía no conozco mucha gente —dice Alberto—. A usted, a

Sinforiano, a don Pascual y dos o tres hombres más.

—Bueno, es normal —contesta don Enrique, quitándole importancia—. A la gente la irás conociendo poco a poco. También se lo hemos dicho a tu amigo Pedro, por cierto. Él sí parece interesado en la hermandad.

—¿El Gordo? —Alberto se sorprende un segundo para luego darse cuenta de que el Gordo encaja aquí tan bien o mejor que él—. Bueno —añade—, ese se apunta a la guerra, si hace falta.

—Como imaginarás, para que un proyecto así salga adelante, hace falta inversión inicial.

—Sí... claro, claro —dice Alberto, viéndolo venir.

—Hemos estimado que, si estamos los suficientes desde el principio, alrededor de tres mil pesetas, como mucho.

—... claro. ¿Y para cuándo sería? —Se detiene a carraspear, se frota la parte alta de la nariz—. Para cuándo se entregará la aportación, quiero decir.

—Creemos que podríamos empezar las obras en enero o febrero, cara al buen tiempo —explica Barbarrosa—. Si todo va bien, la sociedad podría estar en marcha para la primavera próxima.

—¿Entonces?

—Entonces, para el otoño debería estar. Sí.

Tres mil pesetas para el otoño es mucho dinero, más del que ahorrarían entre el judío y él en el tiempo que les queda, mucho más, pero no lo ve como imposible y entrar en una sociedad en la que estén algunas de las personas que frecuentan el club es un caramelo dulce para el andaluz. Que a su padre no le vaya bien en los negocios aquí, no significa que a él tampoco. Alberto sopesa la idea y le atrae, cree saber cómo conseguirlo.

—Bueno —suelta Alberto, sin pensarlo demasiado—. Una oferta así no se encuentra uno todos los días.

El anfitrión sonríe y le da una soberbia calada a su cigarro.

—Eso está bien —dice—. Da gusto hablar con gente de bien, *redéu*.

—Eso digo yo, *ea*.

Alberto aviva también el suyo, provocando que una gran cantidad de humo blanco e intenso se condense en torno a ellos. El penetrante olor del tabaco, mezclado con el galán de noche, crea para Alberto una atmósfera de calma, de felicidad. Por un momento se evade del lugar concreto para detenerse en sí mismo y sonríe satisfecho.

«Es posible —piensa—, ¿quién dijo que no? Es posible y lo estoy consiguiendo.»

—Lo estamos consiguiendo, *cohone* —dice en voz alta.

—¿Perdón?

—Nada, nada —se disculpa—. Tonterías mías.

*Buñol, 7 de marzo de 1885*

—... noventa y cinco, noventa y seis, siete, ocho, nueve y cien. Hasta por aquí, a ojo de buen cubero.

Alberto se detiene junto a un joven almendro para atar a una rama una cinta blanca. Teo, a su lado, anota en el cuaderno la medición de la rueda métrica y pone el contador a cero.

—Es mucho, ¿no crees? —dice, mirando la espesura.

—*Cuchi* que sí. Habrá que contratar leñadores o algo, *quillo*.

—Pues va a salir por un pico.

—No importa, aquí la cosa es acabar lo antes posible. Es raro, la verdad, pero don Joaquín tiene prisa por inaugurar este cementerio y todavía ni hemos empezado...

—Más ganas habrá de clausurar el viejo.

Un fuerte viento en altura agita las ramas de los árboles del bosque, haciendo crujir y lamentarse a las más viejas. Ellas saben acerca del hombre y sus costumbres.

—Bueno, ¿lo tienes? —pregunta el andaluz.

—*Ea* —lo imita el judío, guiñándole un ojo.

—Pues ale, *pallá* otros sesenta.

Teodoro agarra el medidor y se adentra en la maleza lo mejor que puede, llevando la rueda de madera por los senderos más limpios que ve. Un muro de ramas saliendo del suelo lo obliga a dar un buen rodeo. Alberto protesta. El judío echa un ojo detrás y se da cuenta de que hay una charca de barro húmedo con una piedra enorme dentro, cubierta de musgo. Llegados a un punto, la pareja sale al claro más al oeste del bosque y se detiene.

—¿Cuánto llevamos?

—Cuarenta y tres, más o menos.

—Yo voy por los cincuenta pasos, díganos cuarenta y cinco.

El judío corrige el fallo dando vueltas con la mano a la ruedilla.

—Si te digo la verdad, me da un poco de pena.

—¿Pena? —pregunta Alberto—. No entiendo qué es lo que te da pena ahora. ¿Que tengamos que mover los muertos?

—No es eso, capullo. Por este sitio, por el claro... en este bosque vimos a Sabiero y su autómeta, ¿recuerdas?

—Llegué tarde a la primera función —dice Alberto—. Y después os salvé el culo, creo... Todavía me debes una.

Teodoro sonríe, pícaro, al acordarse de las tortas que Cotino se llevó aquella tarde.

—No estuvo mal —reconoce—. Aunque tenía controlada la situación. Oye —cambia el tercio—, ¿tienes hambre? Aún no hemos almorzado.

—*Ea*.

—*Ea*. Vamos a ese tronco —dice—. Julita ha puesto queso y vino en la bolsa. Yo le he metido

un secreto... —Sonríe a su querido mientras enseña una botella con un licor oscuro.

—¿Ron? —quiere saber Alberto.

—Mejor, whisky de la reina. De la reina de la Gran Bretaña.

Los dos se sientan y comienzan a picotear, sin prisa. La medición está casi terminada y Alberto ya tiene claro cómo va a abordar la nueva obra. Empezará por contratar dos cuadrillas de leñadores para limpiar bien la zona, acondicionando un buen camino para el tránsito de materiales. La sillería para la cimentación está acordada con una empresa de Alicante y en cuestión de dos semanas empezarán a llegar las primeras piezas. El resto de materiales y los albañiles saldrán de la región, así que, salvo catástrofe, la obra estará acabada a tiempo y el pellizco que Alberto se va a llevar como arquitecto jefe va a ser minino. Brindan por ello apretando bien la bota y riendo con las bromas del judío.

—Esta noche lo acabo —dice Teodoro, rompiendo un silencio largo—. Están todas las piezas terminadas y ayer lo ensamblé por completo.

—¿Se cae?

—No. Tenías tú razón, los contrapesos me han venido de perlas. De todos modos, en el libro no dice nada acerca de engranajes, contrapesos o balancines; si consigo que funcione la salmodia hasta un trozo de hierro con forma se movería...

—Olvídate del libro, *la vín, compae*. Reconozco que el autómeta está logrado de cojones, pero de ahí a darle vida...

El judío no responde, mira a lo lejos con el ceño fruncido, atravesando el bosque que hay al otro lado del claro.

—Esta noche lo termino, ya verás. —Teodoro se pone en pie y sacude sus pantalones con las manos—. Con una sola cuadrilla para el desbroce vas a tener suficiente, te apuesto mi sueldo contra la mitad de lo que le ahorres al alcalde.

—A ver si es verdad —bromea Alberto—. Anda, sí, vámonos *palante* que aún tengo que pasar las mediciones al plano y calcular los desmontes.

—¿Qué vamos a hacer con la madera?

—Una parte para casa, otras dos se las queda el ayuntamiento y otras tres de venta para los vecinos.



Es casi medianoche y Teodoro continúa abajo. Lleva fumados ni se sabe cuántos cigarros y camina por el patio como un lobo en una jaula. Al rato, regresa al interior del taller y comienza de nuevo con la retahíla.

Las primeras veces Julia no escuchaba nada, pero, al ir desesperándose su esposo, aquellos rezos extraños han ido cogiendo volumen. Ahora los gritos que salen de la caseta bien podrían ser los de un loco encerrado en un manicomio. Si los vecinos se quejan podría armarse un escándalo y la gitana no está dispuesta a tener a la gente pendiente de lo que se hace en su casa.

—¡Chist! —Julita chista desde la galería. Teodoro no puede oírla—. ¡Teodoro!

Por no tener que gritar más que él, la gitana cierra su cuaderno, se calza las pantuflas y baja por las escaleras para salir al patio.



¡Toc, toc, toc!

—¿Se puede saber qué narices haces, que pareces un tarado?

El judío interrumpe el ritual y la mira con cara de bobo, reteniendo como puede la extraña vergüenza que siente estando así, vestido de forma rara delante de su amiga.

—¿Has terminado la lección? —pregunta Teodoro.

—¿De qué vas disfrazado? Anda, sácate esa ropa y sube para arriba que es muy tarde.

—Tú no lo entiendes, Julita. No surte efecto. Algo estoy haciendo mal porque Sabiero no se mueve, mira —le dice extrayendo un pequeño papel enrollado de un cajón en la espalda del muñeco metálico—. Léeme lo que pone, ¿puedes?

Julita recoge el escrito con seguridad. Lleva casi una hora practicando caligrafía y se atreve con lo que sea.

—Sa-lu-da, coma, Sssssa-bbbb.

—Sa-bie... —le ayuda él.

—Sa-bie-ro. —dice—. Salu-da, coma, Sabiero. ¿Saluda Sabiero? ¿Quién es Sabiero?

—Lo tienes delante —dice Teo, simulando una reverencia hacia el invento—. En honor al farandulero, ¿te acuerdas?

—Ay, payo —exclama la mujer—. Anda, déjate ya de estas cosas y tira *parriba*. O por lo menos déjanos dormir, no hagas tanto ruido que van a venir los serenos.

La gitana le da un sonoro besote y, cerrándose bien la bata sobre la abultada barriga, da media vuelta y vuelve para la casa. Teodoro, un tanto desanimado, se quita el disfraz sintiéndose estúpido.

—¿Qué estoy haciendo mal? Tengo el gólem, los símbolos, conozco la letanía. ¿Serán las velas? —se pregunta en voz alta.

Todos los cachivaches del taller los ha amontonado sobre una de las mesas y, en la que ha quedado vacía, ha erigido una especie de altar un tanto confuso. El bodegón lo preside un bonito candelabro de latón que estaba en la casa cuando ellos llegaron. La pieza tiene cabida para cuatro únicas velas, pero el hombre ha colocado otras tres en los huecos, como queriendo emular una menorá auténtica. Frente a las velas está desplegado el cuaderno de su tío y en torno a él, dibujadas con tizón, cuatro estrellas de David, una estampita de san Judas Tadeo y otra de san Eloy, patrón de los mecánicos.

El hombre de hojalata permanece en pie, de espaldas al altar en perfecto equilibrio. Las piezas metálicas que protegen los engranajes principales están ensambladas de forma superpuesta, emulando las armaduras de los antiguos caballeros. De esta forma, las articulaciones, puntos débiles dentro de la estructura de la creación, quedan protegidas de forma inequívoca. El tórax, sin embargo, queda un tanto al aire; mostrando parte de las dos calderas, la estructura metálica de tubos y las ruedas que comunican el cuerpo con el resto de miembros.

La máquina está ideada para lograr una serie de movimientos programados por pistones y pasantes que van cayendo en un émbolo que gira movido por la presión del vapor. Sabiero volvió a pasar la prueba esta tarde, cuando todavía era de día, y el judío vio su objetivo al alcance de las manos. Hubiera querido que Julita y Alberto lo vieran pero ella estaba en casa de su suegra, ayudándola a arreglar un vestido, y el granadino seguía de reunión en el ayuntamiento.

Ahora la emoción se ha venido abajo tras cuatro horas de oraciones, veinte cigarrillos y casi una botella de vino entera. Sin el impulso del vapor el autómatas no se mueve y, con él, el número

de tareas que Teodoro puede programar se reduce a caminar, saludar y saludar mientras camina.

Aburrido, Teo cierra los libros y los mete en su bolsa, apaga las velas y cierra la puerta del taller con cuidado de no hacer ruido al salir. Está cansado, piensa en ir arriba y dormir algo, pero el bullir de su mente no se lo permite. Necesita coger aire, perspectiva, salir de aquellos cuatro muros.

El joven entra en la casa, coge una chaqueta y sale a la calle, donde los gatos y el sereno serán los únicos transeúntes que pueda encontrarse. Su deambular lo lleva a la parte alta del pueblo, entrando por un portalón mal iluminado a la zona del castillo. Cruza el arco morisco y el antiguo puente de piedra y se planta en mitad de una plaza de armas sitiada por casas apelotonadas, unas sobre otras, en mitad del lugar. Un farolillo ilumina con su luz titilante el poyo donde decide sentarse un rato a fumar otro pitillo más. Solo el sonido del aire revolviendo la vegetación del barranco lo acompaña. Ni gatos ni perros ni personas, la perfecta quietud que a él le gusta sentir.

Pasado un rato extrae su cuaderno de la bolsa y lo consulta por enésima vez. Si hay algo mal apuntado debe dar con ello sea como sea. Algo le dice que el hermano de su padre no trabajó en ese manuscrito porque sí, ni tampoco lo guardó y entregó como parte de una herencia al tuntún, no. José, su padre, es el único de los ocho hermanos que quedan con vida, hasta la muerte del tío Moi, que no se dedica a los negocios de compraventa o a la banca.

Teodoro, en secreto, ha envidiado desde siempre la opulencia con la que se ve vivir a sus parientes de Valencia. En las pocas reuniones familiares que se han celebrado estando él, se ha sentido siempre un poco inferior a sus primos y tíos, hablando todo el rato de las últimas tendencias, del comercio de seda y tabaco, de barcos mercantes venidos de ultramar... conversaciones subidas el grado justo en el tono como para chirriar e incomodar, en ocasiones ofender, sin dar pie a un exabrupto o a una salida por peteneras justificada.

Moisés, el mayor de los ocho, siempre consideró a José un cobarde, quizás por quedarse en el pueblo donde todos nacieron y no querer ir a la ciudad a expandir el negocio del abuelo. El segundo de los Azag prefirió estudiar en la escuela de artes y oficios y aprender mecánica y otras artes más manuales en lugar de lanzarse al agresivo mundo de los negocios. Con lo único que se quedó de los viejos fue la casa medio en ruinas en la que todavía vive con su mujer, María, y en la que seguramente ambos morirán. Pero a Teo, a pesar de ser un entusiasta de los inventos y la tecnología, le hubiera encantado vestir aquellas ropas y acudir de vez en cuando a cócteles selectos rodeado de gente importante.

«La fuerza viva cobrará vida cuando tus órdenes escribas. Cumplirá con lo que digas y la fuerza cobrará vida.»

El judío se detiene en este pequeño párrafo escrito por su tío al inicio de la consigna para la creación del gólem. Siente que ahí está la clave, en esas primeras palabras escritas por Moisés hace lustros.

«¿Y si la traducción no es correcta?», piensa, dándole tres caladas seguidas al pitillo.

En las últimas quince páginas de su cuaderno tiene anotado un glosario bastante extenso de palabras y expresiones sefardís. Su padre lo ayudó a completarlo gracias a una memoria magnífica y a un libro antiguo que conserva en su habitación; lugar donde esconde todos los tesoros prohibidos de la familia.

El joven abre el original y lo hojea hasta llegar a la parte donde se explica el ritual.

Comienza a leer.

Teodoro apunta en una hoja aparte cada palabra y la traduce justo debajo.

—La fuerza viva cobrará vida... —lee en voz baja—, cuando tus órdenes escribas.

El judío lo repite una y otra vez intentando encontrar otro significado a la frase. Quizás un cambio en el orden aportaría otro significado. Asegurándose una vez más de que son correctas, guarda el libro original, enciende otro cigarro y continúa el paseo nocturno hacia la zona de Las Ventas.

En la posada de Bernardino hay movimiento. Desde aquella parte de la carretera se oyen las voces y varias ventanas tienen luz. Teodoro sopesa por un momento acercarse para echarse al colete algo más intenso que el exiguo vino que le queda. Rechaza la idea; no ha cogido un real al salir de casa y no quiere dejar a deber al tabernero. Además, a estas horas supone qué personas podría encontrarse y tampoco le apetece ver a según quién. Dándole un último trago a la botella, la guarda en el zurrón y sigue su caminar hacia los campos al otro lado del barranco.

Poco después ha llegado al claro del bosque donde empezará la construcción del nuevo cementerio del pueblo. Sonríe ante la insólita idea de su nueva distribución, pues una mitad del camposanto estará destinada, según Alberto, a enterramientos civiles, no religiosos. Al parecer, hace un par de años se promulgó una Real Orden por la cual se insta a los ayuntamientos con más de seiscientos habitantes a poseer un espacio independiente para enterramientos de carácter civil.

A Teodoro, creyente que no en práctica, le gusta la idea de que las mentes de las personas vayan abriéndose a nuevas formas de entender la sociedad. Él más que nadie sabe lo que es vivir rodeado de semejantes que no entienden ni quieren entender otras formas de sentir, de creer, de amar. Se plantea si a su muerte no querrá formar parte de esa nueva sección del cementerio donde las lápidas podrán lucir epitafios diferentes a lo estipulado por el buen gusto cristiano.

Enciende un cigarrillo y se acuesta en la hierba celeste del calvero. Allí arriba la luna se suspende brillante y gira lentamente sobre sí misma, reflejando sobre las copas de los árboles la luz oculta del sol tras las montañas.

«La fuerza viva cobrará vida... —cavila sin sentido—. La fuerza tornará vida... —se detiene en esa idea—. Un momento —recapacita—, la fuerza viva no tiene mucho sentido. Mejor sería la fuerza que vive o que habita en la materia...»

El judío saca con manos nerviosas el manuscrito del tío Moi y lo abre otra vez por el párrafo en cuestión.

—¿Y si no es la fuerza viva? —se pregunta en voz alta mientras consulta de nuevo el glosario.

Teodoro empieza de cero la traducción, palabra por palabra. Prueba a cambiar varias veces el orden de los términos, busca diferentes significados o sinónimos que pudieran encajar y repasa una a una las anotaciones e instrucciones anotadas para la creación del gólem.

—¡Lo tengo! —exclama con un grito a la noche.

Apunta con frenesí el nuevo mensaje en una página en blanco de su cuaderno, subrayándolo varias veces hasta casi atravesar el papel, y guarda todas las cosas de nuevo en la bolsa, sacando una navajilla que usa para los almuerzos campestres o para sacar punta al lapicero que siempre lleva consigo.

—Todo en orden —se dice a sí mismo, comprobando que nada queda alrededor del lugar donde ha estado acostado—. Prepárate, Buñol. Mañana Sabiero hará presencia y dejará a tus gentes patidifusas. —Sonríe—. Nos vamos a forrar.

El judío se pone en pie y, con paso apresurado, se adentra en la espesura del bosque centenario en busca de la clave, el ingrediente secreto que dará por fin vida a su invento.



—Buenos días, Julita.

Alberto entra en la cocina donde la joven prepara unas rodajas de pan tostado y miel. Sobre la mesa, un tarro de cristal con achicoria y una jarra de leche templada esperan impacientes.

—Menuda nohecita nos ha dado Teo —añade el andaluz, desperezándose como un oso en primavera.

—¿Terminaste muy tarde? —quiere saber la gitana.

—Eran casi las dos cuando me dormí... y menos mal que hiciste que este se callara, que si no... Por cierto, ¿dónde está Teo?

—Tú sabrás —contesta ella—. ¿No ha dormido contigo?

Los dos amigos se miran fijamente unos segundos. Acto seguido, la gitana aparta la sartén del fuego y Alberto deja la tostada en su plato, al unísono, y ambos salen al patio trasero de la casa. La puerta del corral está abierta y el silencio reina en el lugar. Solamente el viento ligero y fresco de la mañana resuena entre las paredes al agitar las ramas del limonero, nada más.

Encuentran a Teodoro recostado sobre una de las mesas, con el culo pegado a la silla y la cara adherida a una hoja en la que hay un boceto del autómatas dibujado a lapicero. En el centro de la estancia, en pie e inmóvil, la máquina humanoide los observa con mutismo tenebroso. Los ojos que hasta el día anterior permanecían cerrados por las ventanillas metálicas que hacen las veces de párpados, están ahora abiertos y redondos, como lunas enterradas en chapa. Teodoro ha usado sendas canicas de cristal a las que les ha pintado pupila e iris perfectos. La sensación de que está mirándolos les eriza los pelos de la coronilla.

—Teo, despierta.

Julia zarandea por un hombro el cuerpecillo de su marido. No responde, ni se inmuta.

—¡Teodoro! —grita ahora. Nada, no se mueve.

—Este se ha quedado toda la noche en vela —dice Alberto—. Espera, que yo sé cómo hacerlo volver en sí.

El andaluz sale al patio y regresa con un caldero de agua fría del pozo y una sonrisa picarona en el rostro. Se coloca unos dos metros detrás del joven amante, cogiendo un poco de impulso, dispuesto a regar la espalda del bello durmiente.

—¡*La vín!* —exclama de repente.

Toda el agua del caldero se desparrama a los pies del andaluz. Una mano metálica sujeta con firmeza férrea la muñeca de este. El lance ha quedado a mitad de camino, salpicando suelo y paredes, pero sin mojar a Teodoro. Alberto suelta el cubo, estupefacto. La gitana lo mira, asombrada, llevándose una mano a la boca para reprimir un grito de sorpresa, asombro o terror. Alberto tironea un par de veces intentando zafarse de la presa, pero la máquina no se mueve, pesa demasiado y la pinza, aunque no le daña, posee la fuerza de un titán.

—¿Qué...? —balbucea el judío—, ¿qué pasa?

Teodoro despierta entre los gritos de «¡Dile que me suelte!» y la risa floja de su esposa. Le cuesta un momento reaccionar ante la escena, pues apenas ha dormido tres horas y lo ha hecho de malas maneras, postura incómoda y una corriente de aire que le ha castigado los riñones.

—Sabiero, suéltalo —ordena un instante después.

El judío escribe tres palabras en un papel y lo introduce por detrás de Sabiero. El autómatas afloja y regresa a su postura inicial, erguido, con los brazos estirados hacia el suelo y esa mirada cristalina al frente.

—Lo he conseguido —dice Teo, abalanzándose sobre su querido—. Lo he conseguido, Alberto, mi amor.

El judío siembra de besos la cara del andaluz, que permanece atónito y tieso como una vela ante lo que sus ojos acaban de ver.

—Pe-pero... ¿cómo? —consigue pronunciar Alberto.

La gitana, espantada, ha salido del taller y los observa desde una distancia prudencial, santiguándose sin parar mientras repite «ay Dios, ay Dios, ay Dios» con los ojos como platos.

—Qué tonto he sido, Alberto. —El judío parece no enterarse del *shock* que sus amigos sufren en ese instante, maravillado como está por la proeza conseguida esa noche—. Lo tenía delante todo el rato, mira. —Le enseña una página del manuscrito de su tío sin explicar qué ha de ver ni dar tiempo siquiera a ver algo—. Si es que estaba tan bien explicado, tan claro todo... ¿cómo no lo he visto antes, Alberto? ¡Qué tonto, qué tonto!

Por un momento el judío se detiene a mirar el rostro de su amante, blanco como la cal, y comprende que necesita algo más de información.

—No temas, está bien —dice—. Sabiero solo ha cumplido una orden... la última que le di anoche, antes de quedarme dormido.

Teodoro manipula una puertecilla en el pecho del autómatas. La placa metálica parece una trampilla similar a la de los buzones porque, en la parte trasera, una rendija permite introducir objetos pequeños o papeles con mensajes. Teo abre la portezuela y extrae un papel pequeño.

—¿Ves? —le dice, enseñándoselo.

En la nota hay escrita una frase corta: «Protégeme de cualquier peligro».

—Solo cumple órdenes, ¿lo entiendes? Cualquier orden que yo le dé, la cumplirá. Observa.

El judío introduce de nuevo el mensaje de protección y cierra la trampilla. Acto seguido, escribe otra cuartilla con la frase «Sal al patio. Trae cinco limones» y la introduce también. Como por arte de magia, la máquina empieza a moverse, rodea a Alberto, sale al exterior pasando junto a Julia y comienza a coger frutos del limonero. Cinco en total, ni uno más. Después regresa frente a su creador y se los ofrece. En silencio absoluto, inmutable.

Alberto no sabe qué decir. No da crédito a lo que está viendo pero es real, el autómatas se mueve por sí mismo, impulsado por una energía que ni ve ni siente ni comprende. Pero ahí está, obedeciendo cada mandato que Teo le impone en el acto, sin quejas ni titubeos. Para terminar la demostración, el judío encarga una serie de tareas sencillas como cavar un agujero, cerrar y abrir la puerta del taller, cargar con una alpaca de heno, con dos, con tres y con cuatro.

—¿Cuándo pretendías empezar con el desbroce para lo del cementerio?

Alberto titubea, la pregunta lo ha pillado desprevenido y, aunque se ha pasado media noche ultimando los preparativos de la obra, se ha olvidado por completo ante la creación de Teodoro.

—Para junio, como mucho —responde tras unos segundos de duda.

—Pensabas contratar dos cuadrillas de leñadores, ¿verdad?

Alberto asiente, en silencio.

—Pues con una hay más que suficiente para que hagan la faena fina. Cuando tú digas Sabiero

empieza a talar ese bosque y ya verás qué rápido va a ir todo... no te lo vas a creer.

—Ya... ya... —susurra el andaluz—. Ni yo, ni nadie se lo va a creer.

*Estación de Játiva, conexión Albacete-Valencia, 1 de septiembre de 1931*

—Todos tenemos nuestros pormenores, unos más que otros, claro está. Pero todos, al fin y al cabo, todos tenemos algo dentro que termina por obsesionarnos.

Alberto caminaba por el andén a paso ralentizado, con toda la prisa que un caracol emplea en alcanzar un brote de lechuga fresca. Josete, a su izquierda, cargaba con las dos maletas sin quitarle ojo de encima.

—Lo de tu abuelo eran los inventos... no cabe duda —decía el septuagenario, sin preocuparse por la pelea de su nieto con las valijas—. Empleó años en diseñar su autómeta. Lo montó y desmontó miles de veces y hasta llegó a hacer que se moviera con el empuje del vapor de unas calderas que instaló dentro.

Alberto se detuvo, consultó su reloj y cambió el sentido de la marcha hacia uno de los bancos que había dispuestos bajo el techado del apeadero. El muchacho lo siguió sin preguntar.

Desde que salieron de Granada dos días atrás, el joven José no quiso hacer demasiadas preguntas a su abuelo. La sorpresa y el enfado de sus tíos al saber que dejaban la ciudad justo el día que ellos llegaban de Barcelona, sin avisar ni dar más explicaciones que un somero «Volveremos en unos días, no os preocupéis por nosotros que estaremos bien», así como la parquedad del viejo durante el primer día de trayecto hasta Madrid, tenían a Josete sumido en la intriga más absoluta.

De momento, solamente sabía que se dirigían al pueblo de los abuelos Teo y Julia para recuperar a Sabiero, el invento del primer marido de la abuela, y para resolver un tema pendiente que el yayo Alberto tenía allí, le dijo sin más en una de sus escuetas explicaciones.

Ahora, con el aire de levante azotándoles las chaquetas, parecía que el viejo empezaba a soltar rienda y no quería interrumpirlo por nada del mundo, no fuera a ser que se molestase por algo y decidiese continuar callado como hasta entonces.

—Aquella máquina era increíble, Josete. Cuando logró darle vida, daba hasta miedo. Porque se movía como si nada. Como si una persona muy concentrada en la tarea fuese quien la manejara.

El viejo movía los brazos de manera extraña, como empujados por un mecanismo hidráulico. José sacó de la maleta pequeña el cuaderno de Teodoro.

—¿Se movía a vapor? —preguntó el nieto.

—No lo sé exactamente. Al principio sí, pero no era gran cosa. —El abuelo cogió el librito y lo abrió por la mitad—. Llegó un día en que la máquina funcionaba de forma realmente autónoma. Tu abuelo lo había hecho caminar otras veces, mover la cabeza o los brazos, pero, aquel día, la cosa era otra...

—¿Como si estuviera vivo?

—Eso es —dijo Alberto—. Como si tuviera vida propia. Le metías un papelito con una frase y el *condenao* cumplía la orden a rajatabla. No había manera de parar aquello hasta que no terminaba.

—¡Guau! Tenía que ser bonito.

—Más que eso, ¡ea! —exclamó el viejo—. Era maravilloso. Gracias a Sabiero conseguí avanzar muchísimo con la obra del cementerio. Verlo trabajar era como ver una recua de bueyes tirando de un solo arado, cargaba con el peso como si nada, arrastraba piedras así de grandes sin pestañear... Daba miedo y todo.

—La gente del pueblo alucinaría, ¿no, abuelo?

—Vaya que sí alucinaban... vaya que sí. —Alberto cerró el manuscrito en una mano y se frotó el hueso nasal con la derecha.

El silencio largo que vino entonces le dijo al joven que quizás habría dicho algo inadecuado. El humor del viejo sufría enormes altibajos en los últimos tiempos. Josete lamentó haber insistido, aunque solo hubiera sido un poco. Pero hubo suerte esta vez:

—Demasiado... —continuó—. Llamaba demasiado la atención aquel aparato. Así que, para evitar conflictos, le pedí a Teodoro que lo guardara en la casa con la ilusa creencia de que, con lo avanzado en las obras hasta ese momento, tendríamos suficiente para terminarlas en tiempo y forma. Sin su ayuda... con los albañiles tendríamos suficiente, pensé. —Se apartó la montura de las gafas para frotarse mejor la zona, cerrando con fuerza los ojos—. Qué equivocado estaba entonces...

José creyó intuir un quejido lastimero, casi un suspiro hacia adentro para contener unas lágrimas rebeldes. Nunca habían visto llorar al abuelo Alberto. Acostumbraba a airear sus angustias —que últimamente eran muchas y muy frecuentes— con gritos e improprios a los ocho vientos. Pero verlo así de sensible, a cada momento... eso era nuevo para el joven estudiante. Parecía como si, por cada kilómetro que se acercaban a su destino, el corazón del yayo se fuera ablandando y su voz se secara. Cada vez hablaba menos tiempo y, lo que decía, muchas veces parecían acertijos más que explicaciones.

—Por culpa de esa decisión las cosas se torcieron —dijo el abuelo—. Los obreros que habíamos contratado no eran suficientes y el dinero de la aportación... apenas si quedaba *parné*.

José quería preguntar pero las mudeces de su abuelo amenazaban con congelar de nuevo el tema. Decidió guardar silencio y esperar a que siguiera hablando.

—Todos tenemos nuestros pormenores... —se repitió el viejo—, algunos más que otros, ¿me entiendes, Josete?

—Sí —mintió el muchacho.

—Con el dinero que quedaba no llegaba para contratar más obreros. El material para levantar el cementerio estaba pagado, eso es cierto, pero sin gente para trabajar... todo iba de mal en peor y en el ayuntamiento no ayudaban mucho, la verdad sea dicha. El alcalde tenía mucho interés en inaugurar a tiempo y nosotros no llegábamos... con lo felices que fuimos hasta entonces.

Alberto se incorporó con un movimiento brusco para alguien en su condición, dando la espalda al joven y empezando a caminar hacia las vías. Josete lo siguió, abandonando los dos bultos. En la estación apenas había diez personas y cada cual parecía absorta en sus problemas. El nieto se colocó al lado de Alberto y, sin atreverse a mirarle el rostro, caminó y escuchó.

—Fue culpa mía —dijo el abuelo con un sorbido de nariz—. Lo perdí todo en menos tiempo del que podría imaginar. —Se detuvo frente a los raíles—. El juego me tenía consumido, se apoderaba de mí como el demonio del alma de un niño. Y la bebida, Josete. La bebida no me dejaba ver lo que estaba destruyendo con mi insensatez... éramos tan jóvenes...

»Una tarde fui con el Gordo a echar la partida a una casona particular. Era una de las más



grandes de la zona alta del pueblo, Las Ventas. La regentaba un tal Sinforiano y nos recibió con todos los lujos que podrías imaginar. Yo llevaba poco tiempo trabajando para el municipio y nos invitaban a Pedrito y a mí, creí yo, porque solíamos apostar fuerte en otras timbas de los alrededores... pero estaba equivocado.

»Allí se juntaban varios ilustres del pueblo y colindantes, gente de mucha guita, mi *arma*. Entre ellos había algún que otro concejal y varios terratenientes... todos de muy buena guisa. Pasábamos jugando toda la tarde y parte de la noche, y gané algunas buenas manos. El licor que ofrecían era de lo mejor y el tabaco, de importación. A papo batido que estábamos. En una de estas, en un descanso que aproveché para salir al patio, uno de esos hombres se me acercó y empezó a hablarme de política local y otros menesteres. Conocía a mi padre, sabía el revés sufrido con el batán y aseguraba que yo le había echado un par de huevos al decidir quedarme en Buñol y no volver con papá para Granada.

»Era un librepensador. De Requena, un pueblo grande metido más al interior. Después supe que se decía de él, y de otros tantos que estuvieron aquel día, que era comunista... pero eso eran hablaturías y solo dios sabrá si aquello era cierto. El caso es que estaba interesado en Sabiero, el autómeta de tu abuelo. Yo le dije que podía ir a verlo trabajar, que lo teníamos allí faenando día y noche y que cualquiera podía acercarse para echarle el ojo. Pero él no hablaba de verlo en acción. Ya lo había visto, y mucho, al parecer. Conocía a la perfección a la máquina y las proezas de las que era capaz. Es más, llegó a llamarlo gólem, una palabra que solamente tu abuelo usaba para referirse al invento y que nunca le oí decir en público.

»Ese hombre sabía cosas. Sabía bien de lo que hablaba y estaba dispuesto a pagar por el autómeta una cantidad ingente de pesetas. Me negué a venderle nada, claro está, pues el invento era de Teo y yo no tenía autoridad ahí, ni la quería. Además, conociendo como conocía a tu abuelo, sabía que ni por todo el oro de las Indias se desprendería de su bien más preciado. Por eso quise esconderlo... por eso prescindí de la máquina para los trabajos en el camposanto.

»Días más tarde nos volvieron a convocar a la casa de Sinforiano. A mí y a Pedro. Nos propusieron abiertamente asociarnos al templo, así llamaron al caserón, y pertenecer a una hermandad de hombres aventajados en toda la zona. Aquello, de primeras, no me olió demasiado bien. Pero enseguida comprendí que esa era la oportunidad de volver al candelero. Estábamos casi en la ruina, Josete, puedes creerlo. El juego y el alcohol me habían hecho perder todo mi dinero y gran parte del que no era mío. Y verme rodeado de empresarios y políticos influyentes de Valencia me abrió el cielo de par en par. Si lograba entrar en la hermandad podría codearme con verdaderos emprendedores y, como siempre decía mi viejo: dime con quién andas y te diré quién eres. Pero, para ello, tenía que aportar una suma considerable de dinero, para la entrada del edificio y los gastos de gestión... dinero que ni tenía ni sería capaz de conseguir por medios normales. Debía jugármelo todo a una carta: ganar y triunfar o perder...

—¿Eran masones? —se atrevió a preguntar Josete.

—Sí. Al menos eso creo. Porque nunca hicieron ostentación de ello, pero todo indicaba que la masonería estaba muy presente en la vida de aquel pueblo... Lo verás tú mismo, imagino, cuando lleguemos a Buñol.

En ese momento, a lo lejos, desde el sur, se escuchó el ronco silbido de la locomotora que se acercaba a la estación. Una veintena de personas salieron al apeadero y José corrió a buscar las maletas que esperaban junto al banco.

—Luego te contaré más —le dijo el abuelo, elevando su voz entre el gentío—. ¿Tienes los

pasajes?

Josete asintió, enseñando el interior del bolsillo de su chaqueta.

—Buen chico. Cuando subamos, asegúrate de coger dos asientos de ventanilla, a la derecha — dijo Alberto. Sus ojos emitían ahora un brillo excitado, casi cristalino, y una inusitada sonrisa se adueñó del rostro del viejo—. Las vistas a la Albufera son dignas de no perderse... Te van a encantar, muchacho.

El tren se detuvo entre chiflidos y bufidos ensordecedores. Cinco vagones eran tirados por la máquina de vapor y de tres de ellos comenzó a bajarse gente de toda clase. Campesinos, señoritos, damas bien vestidas y mujeres cargadas con sacos y niños hasta los hombros.

Cuando el pasaje hubo despejado el acceso al primer vagón tras el tender, Josete ayudó al viejo a subir los escalones. Después se apeó para recoger los bultos y entró de nuevo en las entrañas de la máquina con la misión encomendada como único pensamiento. Encontró dos asientos libres al final del coche y allí colocó las maletas. Una vez sentados y acomodados, tuvieron que esperar casi veinte minutos a que la caldera bullera de nuevo y el convoy arrancase otra vez la marcha, rumbo a Valencia.

Por un momento, la emoción de estar tan cerca del destino hizo que Josete se olvidase de la historia del abuelo Alberto. El viejo tampoco quiso reanudarla, o quizás se olvidó de ello. ¿Quién sabe? El caso es que pasaron las siguientes dos horas contemplando el paisaje que avanzaba lentamente ante su ventanuco, mientras el abuelo contaba historias referentes a los pueblos que atravesaban en aquella máquina de hierro, madera y ruido.

*Buñol, casa del barranco, 27 de marzo de 1885*

La mujer maneja al bebé con una soltura que da miedo. Lo agarra de los tobillos, sin importarle el zarandeo de la pequeña cabeza, mientras pasa un paño húmedo y caliente por todo el cuerpecito. Acto seguido, deja el trapo sobre una silla y le arrea tres palmadas suaves pero firmes en el trasero. Los azotes surten el efecto deseado y la criatura rompe a llorar, desconsolada.

—Enhorabuena, es un niño precioso —dice la matrona.

Ahora sí, con cariño, se acerca a la cama donde yace la exhausta madre y se lo tiende sobre el pecho. Julita acompaña el llanto de su retoño en silencio, sonriendo y haciendo pucheros en continua mueca cambiante.

—¿Cómo lo vas a llamar? —quiere saber la matrona.

—José. Se llama José, como sus abuelos.

—Bienvenido al mundo, José —susurra la señora al bebé y le da un tierno beso—. Que el señor te tenga en su gloria.

La anciana cubre con una manta fina a madre e hijo, recoge sus pertrechos y sale del cuarto. Teodoro está esperando al fondo del pasillo, sentado a horcajadas en una de las sillas del despacho con la mirada perdida en el fondo de la galería.

—Es un niño —informa la comadrona—. Un bebé hermoso y sano. ¿Me oye, señor Azag?

Teodoro no reacciona, permanece allí sentado como fuera de lugar, haciendo hercúleos esfuerzos por asimilar lo que está pasando, por cambiar su forma de ver el mundo ahora que ya es padre —sin serlo— y la vida le exige algo más que trabajo duro para salir adelante.

A partir de hoy las cosas cambian.

A partir de este momento las prioridades pasan a ser las del recién nacido que gimotea, más tranquilo ya, en la habitación de la gitana. Se acabaron las noches de *gambiteo* por las tabernas. Adiós a las juergas y borracheras, a las partidas de cartas hasta el amanecer, al derroche sin sentido, a trabajar solo cuando hace falta algo de dinero para realizar un pago concreto o adquirir algún que otro capricho.

Hoy Julita se hace madre y él, a fuerza de corazón, se hace padre y hombre de golpe y porrazo. Lleva meses esperando este momento pero aún no lo tiene digerido del todo.

—Señor Azag —insiste ella—. Señor Azag, su hijo es un varón. Felicidades. Un nene bien sanote y se llama José, como el padre de usted.

El judío reacciona por fin. Se pone en pie y camina unos pasos hasta la mujer que le habla con cara de encanto, las manos enlazadas sobre el delantal sucio por la placenta y los líquidos de los que el niño estaba impregnado. Teo le sujeta las manos, tembloroso.

—Un bebé —sonríe él.

—Así es, señor Azag. Un hermoso y sano bebé varón.

—Eso... eso es ma-magnífico...

—Sí que lo es. —La mujer se desprende del apretón y abre un poco la puerta del cuarto—. Pase a verlos, señor Azag. Y no se preocupe por nada.

—Gracias —consigue decir él.

—No hay de qué —responde ella—. El lunes pasaré a verles un rato, por asegurarme de que todo anda bien, más que nada.

—Estupendo...

—¿Tendrá entonces preparada la minuta?

—¿Qué?

—La minuta, señor. Que si tendrá el dinero para pagarme entonces.

—Sí, sí, lo tendré preparado. Descuide.

Satisfecha por un trabajo bien hecho, sin problemas ni sustos de última hora, la matrona se despide y abandona la casa bajo las luces de la tarde. Teo respira unas cuantas veces antes de empujar la puerta; ahí están, parecen dormidos.

El llanto de José apenas ha durado el minuto de rigor y ahora su carita descansa sobre el pecho de su madre. Parece enfadado. Tranquilo y enfadado. Con el ceño bien poblado, arrugado por el arresto y la boca cerrada con fuerza. Los finísimos labios morados como dos líneas en el rostro.

—Pasa, Teíto. ¿Has visto lo que he hecho?

El joven se relaja. La gitana abre los ojos, sonrío y pestañea.

—Se llama José —susurra ella—, como tu padre.

—Como el tuyo también...

—Ya, por eso. Mi *pai* estaría orgulloso. Y mi *mai*... Ojalá pudieran conocerle.

—Iremos a que lo conozcan, si tú quieres —dice Teo, entusiasmado—. Algún día de estos, Alberto querrá ir a ver a su familia y nosotros podremos viajar con él. Almería no está muy lejos de Granada.

—¿Lo podemos bautizar allí?

—Claro que sí, donde tú quieras.

—Ven —le pide Julia—, acércate, anda.

Teo avanza y Julia se incorpora ligeramente para dejarle sitio. Josito gruñe como un tejón.

—No —dice Teo—. No te muevas, Julita.

—No pasa *ná*, Teíto. Estoy bien.

—¿Te duele mucho?

Teodoro se acuclilla junto a la cama sin despegar la mirada del bebé.

—Un poco sí, sobre todo la espalda. Pero estoy bien, de verdad. ¿Ha llegado Alberto? —pregunta.

—Aún no.

—Toma. —Julia le ofrece al bebé, envuelto en la manta de tela—. Coge a tu hijo, Teodoro. ¿A que es bonito el *jodío*?

—Es un capullo *rebonico*. Mi hijo, José Azag II. —El joven acerca su nariz a la del niño y le hace una leve caricia—. Te voy a querer más que a nada en este mundo.



Sabiero observa en silencio eterno las idas y venidas de su creador.

Teodoro aparenta estar arreglando un juguete, un carruaje de madera al que le pasó por encima otro más grande, por accidente, y menos mal que al niño ni lo rozó, que podría haber sido peor.

Pero en verdad Teodoro no está haciendo nada. Ni siquiera piensa, o sí, pero demasiado. Su mente viaja a tales velocidades que le es imposible llegar a conclusión alguna. Las cosas no van tan bien como parece, él lo sabe. Los dos lo saben. La gitana no, todavía, quizá lo intuya.

Ahora el niño y ella descansan plácidamente en su cuarto sin saber que en el cajón solamente quedan diez pesetas, que buenas son, pero que no llegan para el pago de la letra, los gastos y la matrona.

Llega Alberto, antes que otras veces.

Se despide del Gordo y entra en la casa; se quita con torpeza la chaqueta y sube a la planta de arriba.

Al cabo de un rato de dudar, Teo sale del taller y va a la cocina, ahí está la chaqueta que, como casi siempre que Alberto está borracho, se ha negado a quedar colgada del perchero. El judío la recoge del suelo e inspecciona los bolsillos. Hay dinero, dos mil quinientas, cuenta tres veces. Esta vez ha ganado más de lo jugado. Teo respira, devuelve los papeles a su sitio y se sienta en la cocina. Por el ruido del somier, su querido borracho está en la cama dando vueltas, no tardará en caer. Mañana hablarán y le contará, si no lo sabe ya, que Josito ha nacido antes de lo que esperaban.

Mañana será otro día.

## NO-DIARIO DE LA GITANA ENTRADA CUARTA

Aunque la gitana hubiese llevado un diario, suponiendo que hubiera sido erudita en letras y conocido los pormenores de la narración, posiblemente, casi con total seguridad, jamás habría sido capaz de definir con palabras lo que sentía su corazón. No por falta de léxico, en dicho supuesto, ni por falta de imaginación, que, en todo caso, poseía de manera desorbitada. Sino porque aquellos sentimientos duelen al pensarlos cuando es una misma quien los padece y es preferible no buscar, más allá del sentir, palabras que los definan.

A lo largo de su vida la gitana supo amar. Amó de muchas maneras y todas ellas le dolieron en mayor o menor medida. Amaba a sus padres, a su familia; y ese amor sufrido por el clan al que pertenecía la hirió profundamente al decidir optar por el desarraigo, al abandonar a los suyos, al dejar atrás sus costumbres, su campamento, sus raíces.

En esta ocasión fue el miedo lo que la empujó a decidir aquello. Miedo al embarazo, miedo al qué dirán, a su padre y sus violencias, sus preceptos antiquísimos que la tacharían de ligera, descocada e insensata. Miedo al posible y más que probable rechazo por parte de los suyos al haber conocido varón —aun sin desearlo, aun siendo forzada en el camino— sin estar debidamente casada. Por ello, ese primer amor paternofilial le causó tanto dolor y tanta pena.

La gitana también amó de forma pura y sencilla a su amigo del alma. Amó al muchacho con el que pasaba las tardes y mañanas jugando, charlando, peleando, explorando los rincones más recónditos del pueblo. Viviendo aventuras imaginarias y reales en las calles, en las fuentes y caminos, en las pozas y remansos del río que los vio crecer. A aquel amor espontáneo lo llamaban amistad pero era algo más. Algo mucho más intenso, pues se trataba de confianza ciega, de camaradería, complicidad mutua.

Aquel amor era como un contrato, una ley no escrita que los mantuvo unidos hasta el final y los obligaba a protegerse y respetarse. Aunque el muchacho, en ocasiones, se olvidase del trato convenido e ignorara sus querencias o se burlase de ellas. Él no lo hacía por inquina ni por odio ni envidia. El judío era así, un poco tonto en ocasiones, bastante estúpido otras tantas. Pero la gitana lo amaba como nunca supo amar a un amigo, y perdonaba cada insulto, cada falta de respeto, porque sabía que, en el fondo, él siempre la quiso como a una hermana, sin importarle procedencia, raza, color de piel o pobreza.

El amor más intenso, sin duda, fue el otorgado por su hijo. Al nacer Josito y sentirlo sobre su pecho, la gitana experimentó el mayor de los amores habidos en este mundo. Y ni ella ni nadie sabrán jamás cómo expresarlo sin dejar matices en el tintero.

El perfume y tacto suave y limpio de su piel, sus manitas llenas de dedos que se aferraban a la blusa, los gorjeos y carantoñas y suspiros sosegados al mamar de sus pechos. El silencio tranquilo del cuarto cuando el chico dormía anegó de sentimiento el cuerpo y alma de la gitana. Un amor verdadero, protector, indescriptiblemente sincero.

El cuarto amor, el pasional, el amor sensitivo y desenfrenado que la hacía retorcerse de dolor

en ocasiones, lo encontró en los ojos negros del andaluz. Sin duda ese amor le dolió más que ninguno, pues sabía que él no correspondería mientras el judío lo tuviera en su red. Ese amor penetraba en sus entrañas y punzaba cada órgano con fuego, hielo y arena viva. Lijando y devorando corazón y pecho, garganta, lengua... grito ahogado en la profundidad de la almohada.

Los juegos de cama de sus amigos, de los queridos en las noches oscuras, llegaban a su cuarto atravesando paredes de silencio. Los susurros y gemidos, los jadeos, el olor del sexo prohibido enloquecían su mente cada noche que se encontraban y se amaban. Pero la gitana, por fuerte, consecuente y digna como ella misma, callaba, se resignaba, dormía, se recomponía y comenzaba un nuevo día con sonrisa y amor hacia su familia.

Si la gitana hubiese llevado un diario, seguramente, jamás habría plasmado estos sentimientos en papel. Pues sabía y entendía que aquello no era bueno para nadie. Ni el judío ni el andaluz llegaron a saber ni imaginaron lo que en su corazón acontecía. Y ella, en su miseria, supo hallar la dicha cada día que vivió bajo el techo de su casa, en familia, rodeada de amor, aunque no fuera el que ella anhelaba.

*Buñol, 15 de junio de 1885*

Ya no hay más vapor, ni movimientos pesados, torpes e inestables, no. Ahora las planchas de acero de siete milímetros en los pies del autómeta aplastan tierra y grava a un paso rítmico e implacable.

Aunque la máquina ha roto tres mangos de hacha en dos días, el avance ha sido inmenso. Mientras Sabiero talaba un árbol tras otro, los obreros limpiaban los troncos de ramas, solamente eso.

En la mañana de hoy se han apilado un total de noventa y tres árboles con casi todo su ramaje. Los hombres ataron con cadenas la madera, de tres en tres, y Teodoro se encargaba de dar la orden para que el gólem hiciera el resto.

Sabiero tira de los últimos tres que quedan en el despejado terreno y lo hace en absoluto silencio; los lleva hasta el rincón del camino donde están los demás apilados y se detiene.

—¡Venga, venga! —El judío grita a los trabajadores para que sigan con lo suyo—. Poneos a limpiar bien la zona, ya sabéis, en grandes montones y bien atados.

No lo pueden evitar.

En realidad nadie puede evitar quedarse mirando, maravillado, ante Sabiero el autómeta, aunque este no se menee, pero la cuadrilla de Macastre está todavía a prueba, así que se pone a trabajar de inmediato.

En la carretera, en una elevación un tanto apartada, están Alberto y el Gordo mirando la nueva obra con perspectiva de progreso. Se han encontrado de camino, mientras uno venía de comer y el otro de reunirse en el ayuntamiento, y han parado aquí para fumar un cigarro antes de acercarse.

—¿Qué les has dicho?

El Gordo termina de liar su cigarro y lo enciende con la mecha que el andaluz le ofrece.

—Estuviste anoche, ¿no? —insiste Alberto, lanzándole un *jab* rápido al hombro.

—Les he dicho que me voy a tomar un tiempo, que ahora no es el momento —dice Pedro—. Y que gracias por la oferta, claro.

—Ya, claro.

—Es mucha guita, Alberto. —El Gordo se encara a su amigo—. ¡Amos, no me jodas!

—Lo sé, Pedro, mi *arma*. Pero ahora que mi padre se marcha para Granada, ¿qué me queda aquí?

—*Ves a fer la mà* —le reprende su amigo.

—Enrique, Pascual y los demás son gente de negocios, gente moderna, adelantada a su época y sin miedo a invertir en nuevas formas de ver el mundo.

—Vaya —se sorprende el Gordo—, ¿eso de quién lo has sacado?

—Da igual —responde—, yo lo voy a intentar. Si quiero mantener lo que tenemos —añade señalando con el dedo a Teodoro, que revisa al autómeta mientras el equipo trabaja—, necesitaré estar en los negocios fructuosos.



—Si alguien les cuenta los rumores del pueblo, se te pincha el globo, amigo. Ten cuidado.

—¿Qué quieres decir? Son gente moderna, de mente abierta —dice Alberto, con el dedo alzado de indignación—. Librepensadores.

—Ya, librepensadores —dice Pedro el Gordo—. Tú mejor guarda bien el secreto, no los pongas a prueba en ese sentido.

Teodoro los ha visto y les hace gestos con la mano para que se acerquen.

—Vamos —dice el andaluz.

Los dos amigos descienden la loma y salen al camino, en dirección al cementerio nuevo.

—Por cierto, esta semana termino —dice el Gordo—. Me voy a poner a trabajar con el viejo.

—No.

—Sí, capullo —asevera Pedro—. Está viejo el hombre, le tengo que acompañar; así ahorraré poco a poco y le ayudo en la faena.

—Es una lástima —dice Alberto mientras caminan—. Nos vendrías aquí muy bien.

—Con el judío tienes de sobra —se ríe Pedro, bien alto para que Teo lo escuche—. Con esa cabecita...

—¡CÓ! ¿Has comido bien, Gordo? —saluda Teo al acercarse ellos.

—¡CÓ! —contesta el Gordo.

—Hay una cosa que quiero que veas —le dice el judío a Alberto—. Sígueme.

Teodoro camina hacia la zona despejada donde los trabajadores faenan y se adentra hasta el fondo. Un enorme matorral formado por decenas de plantas diferentes circunda una formidable roca que apenas se deja ver entre el ramaje.

—¿Qué hacemos con esto? —pregunta el judío, encogiendo los hombros.

—¿Cómo que qué hacemos? —dice Alberto—. ¿Dónde queda la línea de coronación?

—Entre esa estaca —señala Teodoro—, y esa de allí.

—Entonces, fuera, queda dentro del terreno.

El judío se frota la barbilla, pensativo, mirando de soslayo a su amado y al matorral.

—¡Oigan, ustedes! —grita el andaluz, dirigiéndose a los obreros—. Vengan tres para acá con destral y legona.

Los hombres obedecen y se acercan con la herramienta.

—Limpien de maleza esta parte, quiero ver lo que esconde.

Las azadas se hincan en la tierra de esa sinuosa y minúscula vaguada de terreno. Arrancan raíces, desenganchan zarcillos, cortan los brotes, trocean y despejan un buen hueco en poco tiempo. Una charca circunda una roca gris enterrada casi del todo en el terreno del centro, la piedra está oscurecida y húmeda en su cima, como si algo vivo hubiera estado hace no demasiado tiempo.

—Menuda almendra —suelta el Gordo—. Picar eso sí que va a costar faena, sí.

—¿Crees que tu máquina podría? —pregunta el granadino a Teodoro.

—Supongo, pero ¿y si la dejamos donde está? —dice Teo—. Total, tampoco es tan grande y hasta podría quedar bien...

—Queda justo en la línea del muro sur —dice el arquitecto, calculando la línea que une las dos estacas—. Hay que demolerla o retirarla, Teodoro. ¿Crees que la máquina podrá con la roca?

—No es una máquina, es un autómeta —responde Teodoro—, y se llama Sabiero.

—¡Odó! —intenta poner calma el Gordo.

—¿Podrá o no, Teodoro, por Dios?

El judío se frota la barbilla, pensativo. Los hombres siguen despejando la charca y ahora la piedra es perfectamente visible. Realmente debe de ser enorme pero por suerte solamente despunta una pequeña parte de ella.

—S-sí que podrá —determina Teodoro—. ¿Por qué no?

—Pues no se hable más —sentencia el andaluz—. Trae al autómeta aquí y ponle un pico en las manos. Voy a decirles a estos que se encarguen ellos de sacar de aquí el ramaje.

Alberto se marcha un tanto airado, dejando al Gordo y a Teo ahí plantados.

—No le hagas caso —le dice el Gordo.

—Él sabrá qué le pasa —dice Teodoro y echa a caminar hacia el límite del claro, en dirección al autómeta.

El oficial que está con la maleza de la roca se da cuenta y levanta la voz:

—Oiga, ¿y esto?

El judío no le hace caso y sigue su andar, campo a través.

—Yo creo que es mejor que lo despejéis del todo —le dice al hombre—, ya sabes, todo bien apilado luego ahí fuera.

—Entendido —contesta el oficial—. ¡Ale pues! —les dice a sus hombres—. A dejarlo como el culo de un gato.

La *colla* empieza con lo suyo, el Gordo pretende ir tras Teodoro pero ve cómo Alberto camina también hacia la máquina, así que se pone el cigarro apagado en la oreja, se remanga la camisa y coge una azada del suelo. Empieza imitando a los hombres, que primero arrancan la base de los tallos para después retirar el arbusto. Lo prefiere antes que hacer de carabina para sus amigos.

—¿Ayer, qué?

Teodoro hace la pregunta sin mirar a Alberto, que acaba de llegar; hace como que revisa el gólem mientras le quita alguna ramilla de aliaga de las piernas.

—Ayer fue ayer —dice el andaluz, muy digno él—, pero esto es el trabajo, *cohone*.

—Vale —contesta el judío, bajando la mirada—, pues ya está, entonces.

—¿Pues ya está qué, Teodoro? —gesticula el de Granada—. *Quillo*, que parece que le moleste picar una roca al señorito.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Déjalo —sentencia Teo—. ¿Qué es lo que quieres que haga? Dejo el terreno como un palmo por debajo de la cota, ¿verdad?

Alberto se rasca la nariz con los dedos.

—Está bien, sí —sentencia—. Con quince o veinte centímetros habrá suficiente... lo podemos usar de anclaje para el muro, si coincide con la línea.

—Muy bien —responde Teodoro—. Pues no te preocupes que eso es fácil —dice—. Lo pongo ahora a hacer agujeros, con una barrena mejor que con el pico.

—¿Agujeros?

—Sí.

—No.

La cara de Alberto cambia por completo, cree imaginar lo que piensa su amante y no se equivoca.

—Seguro que Pedro puede sacar unos cartuchos del polvorín —dice Teo con una sonrisa.

—Teo, no. —Alberto se pone serio—. No vamos a usar pólvora así como así.

—Pero... —El joven buñolero lo deja por imposible, Alberto ha puesto su cara de «ni por estas» y sabe que no hay batalla que presentar—. Aun así usaré unas barrenas —dice, cambiando el tercio—, y mañana, con un buen mallo, se romperá bien la piedra.

—Como quieras.

—¿Estás bien, perla? —Teodoro se acerca un poco más al andaluz, el imponente cuerpo bruñido de Sabiero tapa la mirada y los gestos del enamorado a la vista de los trabajadores.

—Para ya, Teodoro, por la virgen santa —dice Alberto, entre dientes, como un palo, visible para todo el mundo—. Estoy bien, no es nada. Anoche no tuve acierto —confiesa—, bueno, no fue para echar cohetes, *ea*.

—Ya —contesta Teodoro—, ¿irás esta noche?

—No sé, no creo.

—Bien. Esto lo tengo terminado hoy, ya verás —concede el judío—. Así mañana podremos replantear la cimentación.

—Eso suena bien —sonríe Alberto—. Oye, ¿cuánto crees que valdría tu autómeta?

Teodoro había empezado a revisar una placa de la espalda de Sabiero pero se detiene en seco.

—Ni hablar —dice.

—Bueno, pero ¿cuánto dirías?

—No voy a poner en venta a Sabiero —responde Teodoro—, así que no insistas.

Alberto analiza con mirada incriminatoria, un tanto burlesca, pero el gesto de Teodoro lo dice todo.

—No insistas, copón. Y menos aquí, delante de todo el mundo.

—Lo hablamos en casa, entonces —insiste el granadino.

—*La vín* —imita Teodoro al andaluz, y saca un cuadernillo y un lapicero del bolsillo.

—Una cosa más —termina el arquitecto—. Cuando acabe el trabajo, te lo llevas para casa. No quiero que se quede aquí, a la vista de todo el mundo.

Teodoro escribe una palabra, la introduce por la espalda del gólem y empieza a andar hacia el carro de las herramientas, sin decir palabra. Cuando el judío ha caminado exactamente cuatro pasos, el autómeta cobra vida y comienza a seguir a su creador. El único sonido que emite es aquel que dan sus elásticos pasos y el crujir de la vegetación moribunda que queda en el paraje. Alberto mira cómo se va su querido Teodoro y gira de tacón, hacia el camino otra vez. Desaparece carretera arriba por la zona de San Enrique, liándose un cigarro mientras camina pensativo.



—Veo tu apuesta y subo diez pesetas —informa Alberto, muy serio él, mirando fijamente a los ojos de su rival.

—Que sean cincuenta, entonces —dice Moscardó—. Veo tus diez y subo cuarenta más.

El andaluz arruga el morro y mira su dinero, la noche no va bien, nada bien, y no está para perderlo todo, que mañana es día de pago.

—No voy —dice después de pensarlo unos segundos, unos cuantos segundos.

—Muy bien —asiente don Francisco—. Pues me temo, señor Gabirol, que si no vemos sus cartas no tiene con qué seguir en la mesa.

—Cierto. Con permiso, me levanto por hoy —dice y se pone en pie—. Lo he pasado bien esta noche, ha sido un placer.

—El placer es nuestro —añade otro jugador.

—Gracias. Hasta otro día, entonces.

Alberto coge su chaqueta y deja libre una silla caliente.

—Buenas noches —se despide el arquitecto.

—Buenas noches —contesta la mayoría de la mesa.

—Reparto ya —dice don Justo, mientras baraja—. ¿Quién va?

Alberto sale de la sala y se acerca a una barra que hay en el club.

—Una cazalla, mi *arma* —pide sin mirar al camarero—. Vaya la guita por delante.

Suelta dinero para esa y otra más. Sinforiano otorga una buena copa y coge la mitad.

—Guárdate eso, andaluz —dice—, y tómate la copa tranquilo.

Alberto le da un buen trago al anís y consigue reprimir un resoplido, el brebaje es sólido como el fuego. Deja la copa y lía un cigarro antes de salir a la calle a fumar.

Si no fuera por los tres candiles encendidos que hay en la plaza Las Ventas, no se vería la agrupación de carromatos que hay en el centro: diez o doce carcadas de hierro, madera y pintura —todas pardas, a estas horas—, agrupadas de tal forma que casi parecen formar un pequeño poblado. La noche es templada para ser junio, casi calurosa, así que solamente hay una hoguera encendida en el oscuro campamento.

Alberto camina junto al murete de la casa para no encontrarse con nadie, baja hacia el puente a buen ritmo, manteniendo el pitillo incandescente con cortas y continuadas caladas. Tiene que hablar con Teodoro y se marcha para casa. Se detiene y consulta el reloj, llega tarde para la cena.

## NO-DIARIO DE LA GITANA

### ENTRADA QUINTA

Normalmente eran los encuentros amorosos de los hombres los que hacían que Julia se sintiese rara, fuera de lugar en su propia casa, pero esa noche descubrió que había algo que la hacía sentir peor aún con circunstancias que no tenían que ver con ella, aparentemente.

Esa noche Teodoro andaba trasteando en su taller mientras ella, aun habiendo terminado su lección del día, continuaba en el estudio, repasando un librito de sílabas que su suegra le había comprado a un librero ambulante la semana anterior, cuando Alberto entró en la casa como un torbellino.

El arquitecto se fue directo al patio, y Teo y él se pusieron a discutir a voz en grito.

Al principio la gitana no les prestó cuidado, absorta como estaba con el silabario de Calleja, sin embargo su atención se desvió cuando la pelea pasó a mayores al salir ambos del antiguo gallinero.

Cerró el cuadernillo y se acercó a la ventana abierta para oír mejor lo que los hombres decían.

—¿Cómo se te ocurre una cosa así?! —gritaba el judío al cielo.

—¿Para tanto es? —dijo Alberto—. Necesitamos dinero, Teodoro, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo —respondió Teo—. Ni lo entenderé jamás.

—Eso es egoísta, muy egoísta por tu parte, querido.

—¿Ah, sí?! Entonces ahora soy yo el egoísta. —El judío daba vueltas en torno a su amante, agitando las manos sobre la cabeza—. Si tienes problemas de dinero, no será por mi culpa, no. Y ahora quieres que me deshaga de mi mayor logro así, por las buenas. ¡Já!

—No es eso, *cipollo*.

—¿No es eso? ¿Entonces qué es?

—Tú seguirías controlando la máquina, te lo prometo...

—¿Que no es una máquina! Es un autómata y es mi creación, ¿no lo entiendes?

—Mira —intentaba conciliar el andaluz—. No te estoy pidiendo que te desprendas de nada. Solamente que sopeses la idea de sacar algún dinero, Teo, por favor. Sería como un préstamo.

—¿Un préstamo para qué, eh? ¿Para quién?

—Para mí, mi *arma*, ¿no lo ves?

—Ya, claro que lo veo, claro.

—Entrar en la logia como fundador es la oportunidad que necesito, *la vín*. —Alberto agarró al judío por los hombros, obligándolo a detenerse—. Son sesenta mil duros, Teo, sesenta mil. Eso es demasiada guita para nosotros ahora pero, si consigo entrar en esa sociedad, los contratos, los contactos... ¡todo iría sobre ruedas!

—Sobre ruedas... ya.

—Que sí, *cohone* —insistía el granadino—. Son contactos, influencia, estatus dentro de este pueblucho...

—¿Ahora esto es un pueblucho? Ya lo veo, ya.

—No es eso, copón.

—Entonces, ¿qué? —Teodoro se desprendió de los brazos de Alberto con un gesto feo.

—Tú no lo entiendes —decía el arquitecto—. Entrar ahí será lo mejor que haga en mucho tiempo. Acceder significa salir a trabajar fuera. —Alberto se acercó al limonero y le propinó tres fuertes puñetazos a un saco que tenía atado a su tronco. Mientras, seguía hablando—. Proyectos en Valencia, en Requena... mucho dinero de por medio.

—Parece que el dinero es lo único que te importa, Alberto —dijo Teo en voz muy baja. Tanto que la gitana apenas le llegó a entender.

—No, joder, no es eso. Esto es lo que más me importa —añadió Alberto, señalando al suelo de tierra pisoteada—. Nosotros, nuestro hogar... Todo lo que estamos consiguiendo.

—Pues quizás deberías cuidar un poco más lo que ya tienes —contestó el judío—, ¿no crees?

—¿Y qué te crees que hago? Me deslomo cada día para sacar adelante esta casa, esta familia. Para rendir cuentas ante el ayuntamiento mientras tú vives sin preocupaciones.

—He dicho que no y es que no, Alberto. Mézetelo en la mollera. Sabiero no está en venta, es como un hijo para mí.

Teo se metió en el taller y el andaluz lo siguió, cerrando de un portazo tras de sí. La pelotera continuó un buen rato pero la joven, desde su atalaya de cristal, no pudo entender nada más de lo que decían, por muy alto que chillasen los hombres.

Oírles pelear le producía una angustia opresiva, asfixiante en el pecho. Sentía que debía hacer algo, mediar entre ellos, pero no encontraba el valor de bajar a poner calma, metiéndose en medio.

Josito se había desvelado por los gritos y cogerlo en su regazo hizo que se tranquilizasen ambos: ella y él. No sabía muy bien por qué discutían pero lo que sí sabía era que aquello no le gustaba nada. Se sentía en parte culpable, una carga, un lastre para ellos, porque, aparte de tener la casa más o menos adecentada, poco podía ella contribuir en la economía familiar.

Si la gitana hubiese escrito un diario, contaría lo mal que lo pasaba cuando sus queridos hombres peleaban. Cuando se enfadaban entre ellos, la casa se oscurecía un poco, se hacía más pequeña, fría, agobiante y ella pasaba a ser un objeto más en el mobiliario del hogar, pues era como si de repente desapareciera a los ojos de ellos dos.

Si discutían y ella estaba en la cocina, pasaban junto a Julia sin mirarla siquiera, como si no estuviese, como si sus problemas rebasaran por lo alto su mediocre existencia.

Así se sentía la gitana.

Si las palabras de Julia hubieran sido escritas en algún cuaderno, contarían los rezos de esta para que los hombres se arreglaran entre ellos, para que hicieran las paces cuanto antes; aunque ello significara otra noche de pasión a expensas de sus propios deseos carnales, de su envidia, de su vergüenza ajena.

Si Julia hubiera llevado un diario, en él habría escrito que su mayor deseo en esta vida era saberse útil en la casa, útil para los hombres a nivel económico, a nivel sentimental.

Pero no. Julia jamás llevó diario alguno. Ni siquiera cuando todo terminó como lo hizo. Ni siquiera cuando el andaluz y ella se fueron a vivir a Granada para comenzar una nueva vida.

*Buñol, 2 de septiembre de 1885*

Sobre un mazacote de roca bien grande, al costado de la carretera, una veintena de hombres pasan el rato mirando las obras. Normalmente siempre hay alguno que puede permitirse estos ratos, jubilados la mayoría, pero hoy y ayer y el mes pasado los fisgones merodean de lo lindo en esta.

Desde la puesta de largo del autómeta, Sabiero, la máquina, como lo llama la gente, ha despertado la curiosidad de la villa entera y sus alrededores. En ocasiones se acercan jinetes o carruajes de Valencia para ver trabajar al invento del judío. El gólem mueve carros, descarga piedra, ladrillos y adoquines con una facilidad pasmosa; lenta pero segura, rítmica e inagotable. En una ocasión, un grupo de tres corresponsales de *El Lloretense*, un periódico de Gerona con intereses científicos, trajo una cámara fotográfica con la intención de tomar imágenes del autómeta.

—Ahora mismo no puede ser —respondió el judío cuando el periodista preguntó—. Tiene programada una cadena y, si no hay fallo en la maquinaria, no parará hasta terminarla, lo lamento.

Sabiero tenía la orden de cavar la zanja y colocar los sillares para la cimentación del muro, tarea que le llevó cuatro días —seis o siete menos de lo que les hubiera costado a tres o cuatro hombres y un caballo—. Con lo que los periodistas se conformaron con hacer una entrevista al arquitecto y al inventor de la máquina humana, como llamaron a Sabiero en su artículo.

—El otro día dijeron que va a venir la reina.

El paisano mastica una rama de romero mientras se saca una china de la bota.

—¿Dónde lo dijeron? —responde otro, tres vecinos más allá.

—En Macastre. Fui con mi hijo a que vendiese unas gallinas y lo andaba diciendo uno que es vinatero. De Yatova, creo que es. Me dijo el nombre de su padre pero no caí. Nos *tomemos* unos vinos donde Carlos y decía que había estado en Madrid, hacía un mes o así.

—¿Uno que traía vacas para Alicante? —pregunta un tercero apretando una bota de vino hacia su garganta.

—Creo que sí —responde el paisano.

—Me lo dijo Cotino ayer. El viejo y su hijo han comprado por adelantado las bichas —informa tras pegar un trago largo y pasar el pellejo al de su izquierda—. Hicieron el contrato en el casino.

—Tonterías —añade un cuarto hombre, de pie sobre la roca—. Aquí no viene ni la reina, ni el papa, ni el alcalde de su madre. —Los tres primeros le gruñen con la mirada, Anselmo siempre renegando—. ¿A este pueblo? —dice—. Aquí no quiere...

—¡Mira, ahí sale! —le interrumpe el de la paja en la boca.

Todos miran, cambian el tema. Ahora da lo mismo si viene tal o Pascual porque la máquina arrastra una docena de sillares como si de una recua de jamelgos se tratara. Tira de los bloques apilados igual que si fuese uno solo y va dejando un surco profundo a su paso. Coronando a los lados hermosos caballones de tierra y piedras.

El gólem continúa hasta la linde del casi extinto bosque y suelta allí las piedras para dar media vuelta y volver con paso igual de lento al interior del cementerio. Se pierde tras los muros ya erigidos, dejando a su público con ganas de más.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Alberto—. Con que tenga dos metros será suficiente.

Teodoro duda mirando el plano que el andaluz le enseña. La columna que hay que levantar es piramidal, de tres triángulos isósceles muy agudos en sus caras. Cada lado está compuesto por tres piezas de mármol con grabados muy peculiares, formas y dibujos que el judío no ha visto en su vida.

—¿Y esto es una tumba?

—No —contesta el andaluz, frotándose la nariz—. Es solo una columna.

—Pero las columnas son redondas, o cuadradas. Da lo mismo. Pero esto no va a sujetar nada...

—¿La sabrás hacer o no?

—Pues claro que sí —dice Teo—. ¿Quién te has creído?

—Pues eso. Pero esto tienes que hacerlo tú, no utilices la máquina.

—Se llama Sabiero y no es una máquina; es un autómeta.

—Lo que sea, ¿estamos?

—Estamos —responde Teodoro.

El autómeta llega al lugar donde está la pareja, en silencio. Sus pasos, aunque pesados, son tan mecánicos y acompasados que apenas se oyen cuando se acerca.

—A este lo subes al carro ya —dice Alberto.

—¿CÓ! ¿Por qué? Aquí todavía hay faena.

—Ya... ahora vamos a empezar con lo fino, el material está todo aquí... la arena, la cal...

—Pero está todo ahí fuera. Habrá que traerlo dentro. Y los ladrillos, y las tejas... no sé. Aún hay trabajo, copón.

—Bueno, tú súbelo y ya si eso lo traemos mañana. No quiero que se quede aquí una noche más.

—No se lo van a llevar —se ríe Teodoro—, pesa demasiado y no para de moverse. Si alguien intentara sujetarlo podría tener un accidente.

—No sabemos quién puede venir por la noche —protesta el andaluz—. Y tampoco estás siempre seguro de cuándo va a concluir el trabajo... no será la primera vez que nos lo encontramos quieto porque ha terminado. Tú hazme caso, por favor. Por prevenir no va a pasar nada. Cuando vaya a hacer falta de verdad lo traemos hasta que termine, pero, por ahora, se queda guardado en casa.

El judío mira a su amante, mira al gólem, mira a su alrededor. De los siete obreros que hay trabajando, tres están mirándoles en estos momentos.

—Está bien —concede Teodoro.

Se saca un cuadernillo del bolsillo, arranca una hoja y anota algo con el lápiz de su oreja. Lo enrolla e introduce por la ranura de la espalda de Sabiero. Tres segundos después, el gólem se pone en movimiento, camina hasta uno de los carromatos y se sube a él con lentitud. Se sienta contra la parte trasera y ahí se queda: inamovible.

Uno de los tres despistados, al darse cuenta de que el judío miraba, se ha puesto a trabajar con el bordillo y a lo suyo. Pero los otros dos siguen en pie sin dejar de observar al gólem metálico



que hay en el carro. Teodoro le hace una señal a Alberto para que los vea y el andaluz les pega un silbido de los suyos.

—¿Qué?! —les dice en voz bien alta—. ¡Tú, *chavea*, date *bullá* que después venís diciendo que soy un *engurruñío* con la paga! ¿Estamos?

Los dos hombres agarran la pala sin contestar y se ponen a amasar la pasta que el tercero necesita para colocar el bordillo.

—Esta mañana traje las piedras el marmolista —dice Teodoro, señalando un bulto cubierto con lonas que hay en uno de los muros—. Para la semana que viene estará terminada la columna esta.

—Estupendo —añade el arquitecto—. Venga, recoge todo al carro que nos vamos para casa. Hoy hay una caliente en Vista Alegre.

—¿Vas a jugar?

—Llevo seiscientas pesetas por lo menos para esa manga.

El judío no dice nada. Tuerce el morro, recoge la escuadra, los regles y se va para el carruaje.

—Se lo cuentas tú a la gitana —dice mientras camina—. Yo me quedo en casa, Josito ha pasado muy mala noche y no quiero dejarla sola hoy.

—¿Que le cuente qué? —Se hace el tonto el andaluz.

—Nada, nada. Agarra tú el capazo, anda, rey.



Por la noche Josito duerme tranquilo entre los cojines que Teodoro ha traído de su habitación. Sus padres juegan a las cartas sobre el escritorio de Alberto. La lección de hoy ha terminado y aprovechan este rato para hablar de sus cosas. Ni siquiera han retirado los documentos que el andaluz tiene diseminados en la mesa. El quinqué titila un instante y el judío sube un poco la mecha empapada en queroseno.

—¿Cómo está el chico? —pregunta Teo tras repartir.

—Esta mañana se ha despertado mejor. Míralo —sonríe Julita—, está hecho un lechoncillo.

—Me alegro. Estaba preocupado.

En el piso de abajo la puerta que da a la calle chirría. Por lo visto, Alberto ha vuelto de la partida.

—Muy pronto viene este —dice la gitana.

—¿Alberto! —grita Teo—. ¿Eres tú?

El andaluz tropieza con algo, parece apresurado. Revuelve cajones de la cocina o cacharros de la mesa.

—¡Sí, sí! Estoy bien. He venido a por una cosa —dice arrastrando una silla—. Pero ya me voy.

Unos segundos más de barullo y Alberto abandona la casa con un portazo sonoro.

—¿Qué le pasa al payo? —pregunta la gitana.

—No me digas —dice Teo—. No quiero saber nada.

—¿Cuánto dinero se ha *llevao* Alberto hoy, eso lo sabes?

El judío disimula de mala manera y empieza a repartir, como si nada.

—Que si sabes cuánto —insiste ella.

—No sé... mil, como mucho. Me parece.

—¿Reales? ¡Pesetas! ¡Almas, mis *mules*! —Julia se pone en pie y se encara a su marido—. ¡¿Se está gastando el dinero de la casa y tú no haces nada?!

—¿Qué quieres que haga, mujer? —Teo responde a la espalda de la gitana, que sale de la galería camino de la cocina—. ¡Es su dinero! —exclama—. Alberto es quien más trae a esta casa. ¿Cómo quieres que controle eso?

La joven baja las escaleras y comienza a revolver los cajones de la alhacena.

—Se lo ha llevado todo... —dice en voz alta—. ¡¿Me oyes, Teodoro?! ¡No ha dejado nada!

Teodoro guarda silencio. Sabe que no se ha podido llevar más dinero de casa porque en casa no queda dinero, al menos en la caja que guardan abajo. A él le quedan unas monedas en su chaqueta pero sabe que Alberto ha estado jugando y perdiendo los ahorros poco a poco, desde hace semanas. No se ha atrevido a decirle nada al respecto porque siente que tienen una deuda con él; se lo deben todo, en realidad. Si no fuera por el andaluz ellos dos no estarían casados, el bebé no tendría padre y la gitana viviría sabe dios de qué manera. Teodoro y Alberto están viviendo un sueño inimaginable para alguien como ellos, gracias al dinero y el prestigio ganado por el arquitecto. ¿Quién es él para controlar qué hace un hombre de su casa con su dinero?

Julia continúa registrando los cajones mientras maldice de las mil y una formas que conoce. Como un torbellino, regresa a la planta superior y comienza el registro en la habitación de los amantes.

—¡Nada! —brama al cielo—. ¡Aquí no hay nada!

El judío se levanta de la silla y se acerca a la puerta del cuarto. La mujer ha volcado el colchón por si hubiera algo debajo y ha vaciado los cajones del tocador en el suelo, desparramando toda la ropa por ahí.

—No te pongas así, mujer —intenta tranquilizarla Teodoro—. Seguro que vuelve con dinero ganado... ya lo verás, Julita.

Julia se gira hacia él, furibunda.

La siguiente media hora la pasan discutiendo como un verdadero matrimonio. Él intentando quitar hierro al asunto y ella creciéndose ante la evidente falta de responsabilidad de los dos hombres. A Teo lo acusa de borracho, de iluso e infantil. Siempre con sus juguetitos e inventos, perdiendo el tiempo como un crío con un tren de madera. De Alberto poco dice, aparte de que su afición al juego lo mantiene siempre fuera de casa, rodeado de truhanes y vividores mal paridos.

—Sal a buscarlo, Teodoro —le pide la gitana en un momento de calma—, por lo que más quieras. Sal y tráelo como sea, antes de que lo pierda todo.

Teo quiere discutir, no está por la labor de llegar a la venta y sacar de allí al andaluz delante de todo el mundo, como si fuera un niño malcriado. Pero viendo el estado en que está su mujer, conociéndola como la conoce, prefiere poner tierra de por medio. Agarra el chaquetón, se calza una gorra y sale a la calle sin mediar palabra.

De camino al lugar se cruza con dos paisanos que lo miran y sonrían, saludando con la cabeza y un *co* por lo bajito. El judío sabe que algo pasa, los compadres se ríen calle abajo, aprieta el paso hasta la venta. Pedro está con un amigo, fumando bajo el farol de la puerta de cocheras.

—*Co*, judío —saluda el Gordo. Se disculpa con el otro y camina a su encuentro—. Joder, Teodoro. Pensé que no ibas a venir.

—¿Dónde está el andaluz?

—Dentro.

—¿Cómo va?

—Feo. Está muy feo eso.

El judío se refugia tras la sombra de su amigo. Un grupito de curiosos los mira con desdén desde el muro.

—Dame un cigarro —pide Teodoro.

Pedro le ofrece el suyo, apenas lo ha chupado tres veces.

—Se han quedado él y otros dos en la última mano. Uno de ellos es Cotino.

—Ahora salgo —dice Teo, sin moverse un centímetro.

El joven aspira el humo como un murciélago de plata, la piel de barniz, los ojos de cristal. El Gordo se aparta un poco, casi obligándole a caminar al exponerlo públicamente. Teodoro sostiene la mirada de su amigo unos segundos, otra calada y arranca.

La taberna está más llena que nunca. Hay al menos cuatro mesas de juego y en tres de ellas la gente se amontona alrededor, excitada por la tensión. El ventero y su mujer van y vienen, hasta arriba de faena, mientras dos de sus hijas sirven copas y jarras sin parar. Para ser un jueves cualquiera, la caja estará mejor hoy que muchos días de fiesta.

Desde la puerta es imposible saber dónde está sentado Alberto, pero Teodoro enseguida distingue a uno de los de Guadiana; hombre a sueldo del señor Cotino y amigo del cabrón de su hijo. El forajido agarra dos jarras de la tabla y se dirige a una de las concurridas mesas. Se abre camino entre los presentes y desaparece en la que, de seguro, está Roberto Cotino.

Algunos hombres lo saludan al pasar pero él no se entera, tampoco se mueve. Teodoro se queda ahí plantado, en la puerta, mirando cómo la gente del corrillo deja de preocuparse por su entrada y se centra en la mesa redonda, donde algo apasionante está ocurriendo. El judío reza a dios, a Moisés, a Yahvé y a todos los santos que conoce para que su amante gane esta mano, que no pierda un real más, que se levante y salga y vuelva con él a casa.

Aunque Teo no es capaz de percibirlo, la tensión del momento hace que en esa zona de la venta el silencio pase a ser el reinante, contagiando a la mayoría de los presentes. Unos segundos más y, de repente, una ovación general que rompe la cuerda en comentarios, reclamos de apuestas entre los curiosos, brindis, risotadas y palmaditas en la espalda. El vozarrón de Cotino rompe el rictus de Teodoro, que sabe que ya se acabó con la cabeza, pero no con el corazón.

—Eres buen rival, granadino. —La mofa quiere parecer honorable pero apenas se le acerca al tono—. Espero que esto no te desanime... Me pasaré la semana que viene. Así hay tiempo para que os preparéis.

El gentío comienza a dispersarse de su círculo para acudir a la barra, afuera o a otra mesa en la que todavía estén jugando buenas manos, que las hay. Cotino se levanta y le entrega una caja al secuaz que ha visto antes en la barra. Se acerca al tabernero y, agarrándole del brazo, grita a pleno pulmón:

—¡Pon una ronda para mis camaradas, Matías! —Aplausos y vítores de los presentes, orejas largas afuera en la calle. Cotino levanta la vista y se fija por primera vez en el judío—. ¡Y dos para mi amigo el judío! —sonríe—. ¡Que, aunque sea mariquita, le queremos igualmente! ¿Verdad, compadres?

Teodoro no le escucha. Su mirada ha encontrado la de Alberto y la conversación que

mantiene en la distancia es demasiado estridente, demasiado confusa, demasiado hiriente como para atender las chorradas insultantes de un borrego empapado en alcohol y protagonismo.

«¿Por qué no haces nada?», quieren saber los ojos de Teo.

«No hay nada que hacer —responden las aceitunas negras del andaluz—. Lo he perdido todo», añaden, dejándose caer al suelo por primera vez en su vida.

«Cómo que todo, tienes que hacer algo —insiste la mirada del judío—. Pégale, grítale, insúltale, lo que sea.»

Alberto no aguanta, retira la atención para fijarse en una jarra de la mesa y beber de ella sin sentido.

—Tiene que ser duro —comenta alguien no muy lejos.

—Increíble —otorga otro—. Perder la casa en una mano. Hay que estar loco.

Esto sí lo ha oído Teodoro, solo que todavía no termina de entenderlo. Camina hacia la mesa donde el andaluz ha terminado el vino y se golpea la cabeza.

—La casa —murmura Alberto.

—...

—La casa, Teo. La casa.

—¿Cómo has podido?

—No me queda nada, Teo. Nada —añade, con la frente sumergida en un charco de tinto—. He perdido hasta el último real... la casa... la casa también.

—Cómo has podido. Desgraciado. —Teodoro levanta los puños sobre la espalda de Alberto, rojo de ira—. ¿Por qué? —Los descarga sin apenas fuerza—. ¿Por qué, por qué, por qué? —Uno, dos, tres golpes más, cada cual con más fuerza—. ¿Por qué...?

—Vete —le dice Alberto—. Lárgate, Teodoro.

—¿A dónde?

—¡Vete a casa! —grita el andaluz.

—¿A qué casa, cabrón?

—¡Que te vayas! —Alberto, borracho y desahuciado, muerto de vergüenza, entra en cólera y empuja a su amante delante de todos—. ¡Lárgate de aquí! ¡No quiero verte! ¿Me oyes? ¡Fuera!

El judío duda. Su rabia lo mueve a seguir golpeándolo, pero las miradas de los parroquianos empiezan a dejar de ser divertidas o curiosas para pasar al escarnio descarado.

—Te odio —esputa el judío, entre dientes.

—Déjame, por favor, Teodoro —susurra el andaluz.

Teo se tensa ante Alberto, ojos cerrados, boca prieta, respiración contenida. Gira de tacón y sin pensarlo llega a la barra, junto al grandote de Cotino.

—Una ca-cazalla, Paquita —pide sin mover la vista del frente. Paquita le sirve de inmediato—. O-otra —añade tras fulminarse el trago—, que pa-paga este.

Roberto Cotino se jacta, divertido. Acodado sobre el tablero analiza al pequeñajo que por segunda vez va a tener agallas de enfrentarle, o eso parece.

Teodoro remata de otro empujón la copa y, ahora sí, se encara al abusón. Busca en su chaqueta y suelta unas monedas a la madera empapada en alcohol.

—Te debo cuatro reales, ¿te acuerdas, Cot-tino?

—Te los perdono, judío —contesta, apartándolos hasta el borde—. Quédatelos, te van a hacer

falta.

Cotino le da la espalda y apura el vino que le queda. Saca el canuto y suelta unos reales, suficientes para cubrir lo que él debe.

—Mañana pasaremos antes de salir —le dice a la camarera—. Me apuntas una ronda y ya me dices lo que sea. ¿Vale, *bonica*?

La joven asiente y atiende a otro cliente cuatro pasos más allá.

—Apuéstatelo —musita Teodoro.

El hombretón lo ignora y palmea a su compadre.

—Vámonos, hombre —comenta—. Aquí no hay nada que hacer hoy.

—¡Apuéstatelo! —grita el judío—. Siéntate conmigo si tienes c-cojones, ¡Roberto!

Roberto se gira, esta vez sí, con una sonrisa sincera, aunque no de simpatía, sino de sadismo.

—Mira, mequetrefe —le dice a un palmo—, tengo cojones suficientes para ti y tu amiguito. Pero me aburres y no tienes ni para empezar a jugar conmigo.

—Eso ya lo veremos. Apuéstatelo.

Teodoro se va a la mesa y aparta a Alberto, que, alucinado, observa la maniobra de su amante sin moverse. A duras penas consigue ponerse en pie para dejar sitio a Teodoro. Pedro el Gordo ayuda al borracho a encontrar otra silla, no muy lejos.

Cotino accede, divertido. Toma silla frente a Teodoro y cruza los dedos, a la expectativa.

—Apuesto mi autómeta contra la ca-casa. Una mano. Sin trampas, sin esperas.

—¿Para qué quiero yo la máquina esa? —contesta Cotino.

Los presentes se han apelonado en torno a ellos. Murmullan en grupos, a priori es una oferta suculenta.

—Sabiero bien vale dos m-mil pesetas, con eso se cubre la apuesta de sobrado.

—La casica del barranco vale más que eso, judío. —El hombre se rasca el mentón con los ojos entrecerrados—. Pero apuesto, qué demonios.

Teodoro ofrece la mano y Cotino se la aprieta y sacude, con intención de mofa.

El judío agarra la baraja y mezcla con torpeza las cartas. El sudor de las manos se pega al cartoncillo y le cuesta más de lo normal.

Cotino corta, Teodoro levanta una carta, la sota de espadas, no está mal. Roberto sonrío, esta vez nervioso, agarra la primera del mazo y la descubre lentamente. Caballo de oros, golpea con el puño varias veces la mesa agarrando el naipe.

—¡Madre mía! —se exalta el vencedor—. Además de casa nueva, voy a tener esclavo que me la trabaje. ¡Vaya noche de suerte!

Teodoro balbucea. Todo ha pasado tan rápido que no concibe que pueda ser siquiera cierto. El miedo se apodera de él como nunca antes lo ha hecho. Cotino hace intención de levantarse, pero es ese miedo el que alarga el brazo del judío y le agarra de la manga.

—Espera —consigue decir Teodoro.

—No tienes nada, judío. Déjame en paz o tendré que atizarte.

—Si-siéntate, Roberto. Esto no puede quedar así.

Cotino no entiende nada, se deja sentar de nuevo.

—T-te apuesto la casa, el autómeta y el din-nero. T-todo lo que has ganado esta noche. —El miedo convence del todo la mente perdida del judío. Si pierden la casa lo pierden todo, pero si se

quedan también sin dinero y sin Sabiero, perderán la manera de ganarse la vida. Él tendrá que vivir con sus padres, con Julita y el niño, y Alberto deberá empezar de cero con una deuda del demonio. Se arruinarán. Tiene que hacer algo y eso es lo que va a hacer, aunque no sea ni prudente ni correcto ni humano—. Te apuesto a la gitana.

Cotino abre los ojos casi tanto como la boca. La carcajada es tan espectacular que algunos presentes se asustan y todo. El barullo de a continuación ensordece el local al completo, patio trasero incluido.

—Julita, la gitana —sonríe Roberto Cotino—. Toda una perita en dulce... ya la probé en su día y no estuvo mal pero, claro, entre los gritos y los llantos... y las malas hierbas rozándome los huevos...

Carcajada general. El odio del judío va en aumento.

Alberto intenta algo ante el oprobio que, por otro lado, es lo único de lo que consigue enterarse en la conversación. El Gordo se lo impide agarrándolo de los hombros

—De acuerdo, judío. Acepto tu apuesta aquí, delante de todo el pueblo. —Los hombres se dan la mano un segundo—. Total, para lo que la usarás tú... mejor que esté calentando mi cama.

—¡Silencio! —El aullido de Teodoro acalla la carcajada que empezaba a formarse de nuevo.

—Una carta, Teodoro. Ahora salgo yo.

El rival destapa la carta sin miramiento. Siete de Bastos, hay posibilidad. Teodoro empieza a rumiarse lo que acaba de hacer. Se va dando cuenta de la estupidez en la que se ha metido mientras alarga los dedos hacia la baraja que hay en la mesa. Ya empieza a arrepentirse de sus actos y aún no ha pasado nada.

«Vamos, Teodoro —se intenta convencer—, es fácil superarlo.»

El judío descubre un dos de oros ajado por el uso de los parroquianos. Roberto sacude la mesa en triunfal excitación y el judío hunde la cabeza donde antes la tuvo su amante. Cotino se retira con una palmada, abandona la taberna junto a varios hombres y ese rincón queda ocupado por los amantes y el Gordo.

Nadie más.

Alberto, borracho y abatido, se ayuda de la espalda del judío para ponerse en pie. El Gordo le sujeta el equilibrio.

—Llévame a casa, Gordo —le pide al amigo—. Aquí poco tenemos que hacer, aparte de dar pena.

Apoyado en el costado de Pedro, el andaluz camina un par de pasos para volverse de nuevo sobre el cuerpecito de su amante.

—Tú dices que me odias, Teodoro. Pero no es verdad. Tú me amas a mí... y yo a ti, ¿qué te crees? —Le revuelve el pelo con torpeza—. Pero lo que has hecho esta noche no tiene perdón, ni de dios ni de nadie. ¿Sabes qué te digo?

Teodoro no contesta. Solo quiere que todo termine. Desea despertar de una vez de esta pesadilla tan horrible, tan cruel.

—Nos vemos en casa, querido —le susurra Alberto. Y se marcha de la venta con la mente embotada y el corazón encogido.

El judío no se mueve del sitio, nadie le molesta. Solo al rato, tras un par de horas en que las demás mesas han ido terminando y los parroquianos abandonando, Matías se le acerca y, con todo el tacto que conoce, invita al joven a salir a la calle, que ya es hora de ir cerrando.

## NO-DIARIO DE LA GITANA

### ENTRADA SEXTA

Quizás una de las entradas obligadas en el inexistente diario de la gitana hablaría de aquella noche de agosto tan calurosa y seca. Los hombres y sus juegos la desvelaron y, por no escucharlos, decidió salir a la calle de noche. A mojarse los pies en el barranco.

Noches así la llevaban a su infancia más feliz, la verdadera niñez de inocencia y alegría.

Tuvo suerte la gitana. Con tantos hermanos mayores las cosas de la casa estaban hechas casi siempre y a ella poco le exigían. Por ello disfrutó de grandes momentos con los chicos mientras otras niñas del campamento estaban haciendo labores. Hasta que no cumplió los doce, que empezó a ayudar a su hermana con los pedidos, su madre solamente la requería para el desayuno y la cena, que era cuando estaban todos en casa y había más faena.

Esa noche el agua del río chico bajaba más fresca de lo normal y había suficiente luz en el cielo como para darse un paseo viendo bien de lejos; con lo que la chica decidió caminar para hacer tiempo mientras los otros acababan con lo suyo.

—¿... ese? Además de masón, es marica —dijo una voz en la negrura.

Era la voz de Roberto. Sin darse cuenta había llegado a las cercanías del caserón de los Cotino. Se escondió tras un carro a escuchar.

—¡Jajaja! —rio otro—. Seguro que le gusta lamerle las pelotas al judío.

—Qué va, el andaluz es muy señorito... —Risotada general—. El enano tartamudo le pondrá el culo cada noche. ¡Dame, dame!

Los tres de Guadiana que estaban con él empezaron a reírse y hacer burlas, imitando el acento de Alberto y el tartamudeo de Teodoro. La ira de Julia crecía por momentos pero supo guardar y quedarse a escucharlos. Estaban bastante borrachos.

—Lo voy a desplumar —dijo Cotino cortando el juego del resto—. La semana que viene va a sentarse en la timba. He oído que necesita perras y seguramente irá cargado.

—Va a caer como un pollo, ¿eh, Roberto?

—Os quiero a los tres frescos esa noche —ordenó—. ¿Me habéis oído? Nada de beber ni sentarse a jugar.

—Entendido, jefe —dijeron dos.

—Entendido —confirmó el último.

—Cuando la cosa esté caliente, tú te sentarás en mi mesa y empezarás a apostar fuerte. Los demás ya sabéis el plan.

—Vamos a sacar tajada, ¿eh, jefe?

Todos se pusieron a hablar mientras la gitana se escabullía por donde había venido.

Al poco estaba de nuevo en el río, con el agua hasta las rodillas, sin saber muy bien qué hacer. Decidió esperar.

Confiaba en Alberto.

No era tonto ni incauto y se daría cuenta si los de Guadiana planeaban hacer trampas.

Aquella noche no fue a casa hasta que amaneció y, al llegar, se puso con el desayuno de los hombres, como de costumbre. No dijo palabra, ese día no, al menos.

Durante la siguiente semana no quitó un ojo de encima del granadino.

Era bueno. Sabía disimular ocultándose en ese aire taciturno, señorial, heredado de su padre y de su raza. Pero con tiempo cada cual desvela sus demonios o parte de ellos para quien quiere y sabe interpretar los gestos.

La gitana era buena en eso, la mejor de su familia. Y pronto vio que, cuando Alberto aparecía por casa, se iba directo arriba, aparentando tener trabajo, sin quitarse la chaqueta siquiera, solo dejaba la gorra colgada en el perchero, saludaba desde lejos y subía diciendo no sé qué de tal proyecto o reunión. Pero ella oía cómo se tiraba más de una hora dando paseos en el minúsculo despacho de la galería, hablando consigo en voz baja mientras ella cocinaba. Después bajaba todavía vestido y el otro ni se enteraba.

Cuando Teodoro entraba a cenar, tarde como siempre, y se ponía a contar alguna de sus invenciones o las hazañas del autómatas, el andaluz simplemente comía, cabeceando de vez en cuando, sonriendo cuando el judío soltaba algo gracioso. Pero estaba a lo suyo. Después volvía arriba casi sin hablar en cuanto encontraba la ocasión.

Si la gitana hubiese escrito un diario, en secreto de confesión, con la letra más pequeña capaz de dibujar, habría dicho que tenía miedo, que estaba asustada porque a ese hombre jamás lo había visto así, tan preocupado, tan ausente. Habría descrito a su manera la impotencia que sentía al saber que no podía hacer nada, que bastante tenía con ser Julia la gitana, la mujer del judío. No podía presentarse en la venta e impedir que estafaran de algún modo a Alberto, tampoco se atrevía a decírselo a él. Siempre discutía con Teodoro sobre eso, últimamente algo más, pero el andaluz era diestro con la lengua y se salía con la suya.

Más adelante, quizás en otra entrada de su inexistente cuaderno, se habría arrepentido de su pasividad.

Por eso la gitana jamás tuvo un diario.



## *Trayecto Valencia-Utiel, 2 de septiembre de 1931*

—¿Quieres parar quieto, chiquillo?

El joven caminaba arriba y abajo, nervioso como un colegial en su primer baile. A lo lejos, desde la ventanilla, se podía ver el pueblo de Cheste y el muchacho sabía que después de dos paradas llegarían al destino.

La noche anterior la habían pasado en una posada cercana a la estación de Valencia y esa mañana, tras un ligero desayuno a base de pan tostado con aceite y café, cogieron el primer tren que salía hacia el oeste. Por la noche Josete apenas había pegado ojo, los nervios se lo impedían. Estuvo leyendo y descifrando el cuaderno de su abuelo hasta bien entrada la madrugada. Alberto, que parecía más templado, tampoco pudo dormir; ni siquiera cuando el chaval dejó caer al suelo el manuscrito y comenzó a respirar larga y profundamente. Se quedó allí tendido, mirando al techo y recordando tiempos pretéritos en los que Teodoro y él habían sido felices viviendo juntos con su secreto. Cuando el parpadeo de la vela comenzó una danza saltarina, consiguió cerrar los ojos y descansar durante un rato. No mucho, supuso, pues la luz de la mañana poco tardó en alcanzar la cama para despertarlo de nuevo.

—¡Siéntate, cojones! —tuvo que increparle el anciano.

Josete obedeció.

El traqueteo constante de las ruedas sobre los raíles comenzó a aminorar su tempo y algunos pasajeros recogieron sus bultos y se acercaron a las puertas del vagón. Estaban llegando a la antepenúltima parada. Media hora más de trayecto y estarían en el pueblo cuna de los abuelos del muchacho.

—¿Cómo sabe usted dónde escondió el abuelo a su autómeta? —dijo José—. Me contó que nunca más volvió a verlo, y tampoco a Sabiero... ¿por qué no tuvieron tiempo, yayo?

—Lo sé por esa libreta tuya, mi *arma*. El día que la trajiste a casa estuve hojeando un poco, mientras tú y tu prima preparabais el almuerzo. Entonces di con la clave... o al menos eso creo.

Alberto se llevó los dedos a la nariz pero se detuvo a medio camino.

—¿Cuál es esa clave? Yo no he leído nada que indique un escondite para el autómeta...

—Pásamela, ¿quieres?

La máquina en la que viajaban se detuvo con sus familiares bufidos de bestia contenida y el jefe de estación hizo sonar su silbato para indicar que era seguro apearse. Media docena de personas se despidieron de los que quedaron en el coche y bajaron en ordenado silencio. Josete buscó el librito y se lo entregó al yayo Alberto.

—Teodoro apuntaba aquí miles de cosas —comenzó a decir el anciano, mientras pasaba con calma las arrugadas páginas desde el principio—, ya lo has visto. Lo mismo anotaba una lista para el mercado que las piezas necesarias para armar un reloj o un juguete.

Era cierto. En las primeras doce páginas, garabateadas a carboncillo, se podían encontrar tanto listas de alimentos como de herramientas o medidas de remaches, arandelas y cosas así. Todo ello decorado con esbozos rápidos de los objetos en cuestión: un reloj de bolsillo, un

trenecito de juguete con caldera, la manivela de una lámpara de aceite...

—Lo mismo le daba una cosa que la otra... —continuó el abuelo—, apuntaba todo lo que necesitaba recordar y, mira, aquí están los bosquejos de su autómeta, ¿ves?

Las siguientes páginas, en su mayoría, mostraban anotaciones hechas de tal modo que a Josete le eran imposibles de descifrar. Y en el centro de cada una de las hojas había dibujada una de las partes del invento en cuestión: el torso desde varios ángulos y secciones, piernas por separado, la zona abdominal, los brazos con detalles de las manos y cada uno de sus cinco dedos, y la cabeza. De las más de doscientas páginas del cuaderno, la mitad por lo menos estaba dedicada a la construcción de Sabiero. Cada diseño representaba, con todo lujo de detalles y acotaciones, las medidas y funciones de las partes que lo componían y, al final de aquella sección, un dibujo fabuloso del autómeta en posición erguida ocupaba dos de las caras del librito. Las cotas apuntadas decían que Sabiero mediría ciento ochenta centímetros, todo un gigante de hierro y cobre que pesaba doscientos treinta kilogramos en su conjunto.

Más adelante, el libro se centraba en la traducción por partes de lo que él llamaba «El diario del tío Moi». Una serie de frases sin conexión y símbolos extraños escritos en un idioma que el joven no conocía.

—Hebreo —dijo el yayo Alberto—. A tu abuelo lo apodaban el judío, ya lo habrás escuchado. Y no era por ciencia infusa. Aquel mote le venía de familia... y, por lo que se ve, su tío Moisés guardaba algún que otro recuerdo del pasado sefardí.

—Entonces... —dudó Josete—, yo también sería llamado judío, ¿no?

—Eso me temo. Y tu padre también. Así son los motes familiares, no te los sacas ni con agua hirviendo.

Afuera, en el andén, el jefe de estación hizo sonar el silbato y la máquina le respondió con un chillido estridente. Una sacudida repentina indicó al pasaje que estaban de nuevo en marcha.

Nadie se subió al vagón de los andaluces esta vez, con lo que quedaron ocho personas en él: una pareja de hombres con sombrero, sentados uno frente al otro, que vestían elegantes ropas y leían cada cual un periódico local, una mujer con tres chiquillos que apenas alcanzaban el lustro de edad y ellos dos.

—La clave está en el cementerio —dijo Alberto—. Algo me dice que el autómeta de tu abuelo está allí escondido y, con suerte, todavía funcionará cuando lo encontremos.

—¿Cómo lo vamos a llevar a Granada? Aquí pone que pesa un quintal el condenado.

—Sabiero camina solo, no lo olvides. Pero, de todos modos, he traído algo de dinero extra por si acaso. Con eso podremos pagar un transporte... un camión pequeño, por ejemplo, para que nos lleve de regreso a casa.

La idea de viajar hasta Granada en camión le pareció todavía más emocionante al joven José, y la conversación cambió a imaginar entre ambos los lugares por los que tendrían que pasar para llegar hasta su ciudad, atravesando Castilla y gran parte de Andalucía.

La parada en Chiva fue algo más larga que las anteriores porque, según el maquinista, tenían que preparar la locomotora para superar la subida a la meseta y conseguir que llegase a Utiel, última estación del recorrido en este tramo.

Aprovecharon nieto y abuelo para bajar y estirar las piernas, aliviarse la vejiga y tomar un pisco que consistía en unas aceitunas, un chusco de pan del día anterior y un pedazo considerable de sobrasada que habían comprado en Valencia.

Mientras el yayo estaba en el servicio, Josete se divertía observando las peleas de la mujer con los tres chiquillos que no paraban de correr de un lado para otro y subirse como monos por los travesaños exteriores de los vagones del tren.

Sin sacarse la sonrisa tonta del rostro, el joven granadino hizo un barrido rápido a su alrededor y se detuvo al cruzar la mirada con la de uno de los hombres que viajaban junto a ellos en el vagón, el más joven de los dos, poco mayor que él. Sostenía el periódico en las manos, abierto como para leerlo, pero en lugar de prestarle atención a las columnas miraba a Josete de manera un tanto inquietante, como si lo conociera de algo.

El otro hombre no estaba porque se había bajado con el resto a dar una vuelta y respirar aire fresco, y aquel personaje, cuando se percató de la reacción del muchacho, desvió de nuevo su atención a las noticias del día que tenía frente a él. No le dio importancia. Era habitual que un forastero llamase la atención y más aún en una zona que empezaba a ser de ámbito puramente rural. Allí todo el mundo se conocía y, claro, el abuelo y él eran completos forasteros para los lugareños.

Al poco llegó Alberto, con las manos húmedas todavía por habérselas lavado y el ceniciento cabello repeinado nuevamente con la raya a un lado.

—Esto es otra cosa —dijo el viejo—. ¿Te has quedado con hambre, mi *arma*?

—Estoy bien, abuelo —contestó Josete—. Queda un poco de sobrasada... ¿Quiere?

Alberto hizo caso omiso al ofrecimiento y se sentó junto a su nieto. Sacó una cajetilla de cigarros liados del bolsillo y se llevó uno a la boca. Acto seguido, encendió un fósforo y prendió el pitillo, pegándole una voluptuosa calada, profunda y satisfactoria.

Josete alucinaba. Nunca había visto a su abuelo fumando y, además, en la casa, su padre y sus tíos no fumaban delante de él porque decía siempre que el humo le molestaba.

—Coge uno, anda —ofreció el anciano con un guiño travieso—. Aquí no te va a ver nadie.

El joven accedió con un tímido «gracias» y el abuelo le pasó una cerilla prendida. Fumaron juntos y en silencio. Para José no era ni de cerca su primer cigarrillo; aunque nunca le supieron tan bien como aquel que se estaba fumando junto al yayo Alberto. Fue como compartir un secreto prohibido, un placer tabú que no saldría de allí ni aunque lo despellejasen vivo. Se sintió adulto por primera vez en presencia del viejo.

Y esa sensación de intimidad le hizo sonreír una vez más en aquel magnífico día.

## *Buñol, 2 de septiembre de 1885*

La botella que Matías le ha vendido se está terminando. Apenas quedan tres tragos y el aire fuera de la venta afila los bigotes del judío.

El problema en el que se ha metido es muy grave porque sabe que Julia no va a hacer nada de lo que él pueda decir, nada. Y porque cuando se entere, que ya lo habrá hecho porque hace rato que el Gordo se llevó al andaluz, conoce muy bien cuál será su reacción, o quizá no, no importa. Solamente sabe que ha vendido a su amiga del alma, no puede explicar por qué, o sí pero no quiere ni pensarlo.

Eso significa que ha perdido su confianza para siempre, que la ha perdido para siempre.

Que la ha perdido a ella.

Que, aunque haga años que no lo hacen, no se bañará más en los charcos del río con la gitana.

Según la idea se va formando, según entiende que Cotino no se conformará con menos que quedarse con todo y con Julia sirviendo para él en la casa, el nudo del estómago se va aflojando del tal forma que Teodoro se levanta y vomita contra el muro de la venta.

Lo saca todo.

Aprovecha la arcada para gritar y llorar y dejar que todo el miedo salga de su cabeza, de su cuerpo, por nariz, boca y ojos hasta tocar con el ombligo la parte interior de la columna vertebral.

—Hay que hacer algo —se sacude—. No, tengo que hacer algo.

El ventero sale por la portezuela y apaga el candil que ilumina la espalda del judío.

—Vete a casa, Teodoro —le dice—. Arregla las cosas que todavía tienes tiempo.

Con un suspiro y una sola palmada en el lomo, Matías entra y atranca el portón entero. Hasta dentro de seis horas allí no saldrá ni entrará persona alguna.

Teo se incorpora, apenas está borracho, quizá sea ese el problema, piensa en un alarde infantil que niega con una mueca. Camina unos pasos y le da un trago a la botella. Otro paso más y la termina, tiene que hacer algo y tiene que hacerlo cuanto antes. «Aún hay tiempo», ha dicho Matías, y es cierto.

Se le ocurren mil y una estupideces mientras baja por el pueblo. Camina muy despacio y se detiene en los portales para discutir consigo mismo. Le aterra la idea de llegar a casa y enfrentarse a la ira de Julia, respaldada por el silencio acusador de Alberto. Aunque él podría culpar al andaluz de haberle obligado a hacer algo al ver que perdían la casa y el dinero... pero Teo no es así, tan elocuente como para enfrentarse al arquitecto en una discusión de inculpaciones. De repente se detiene, lo tiene claro, el tabernero ha dicho que todavía hay tiempo, pero no mucho. No puede esperar a mañana ni perder minutos discutiendo con ellos dos. Tiene que arreglarlo y tiene que arreglarlo ya, ahora.

El judío cambia su rumbo y termina de bajar hasta el charco de San Luis. Se refresca la cara y se enjuaga la boca; tiene que hablar con Roberto, llegar a un trato con él o con su padre. No importa qué hora sea, esto es grave y seguro que estará despierto aún. Tampoco es tan tarde. Consulta su reloj, las manecillas marcan las doce y cuarto. Respira y se encamina hacia la casa de

los Cotino mientras ensaya frases para la conversación, ideas sobre cómo trabajar para él gratis durante un tiempo, alquilarle la casa hasta encontrar una nueva... lo que sea. Cualquier cosa que no destroce de un zarpazo la familia que tiene montada. La vida feliz y plena que jamás hubiera creído llegar a alcanzar. Se apretarán el cinturón, y mucho, claro que sí. Trabajarán duro para pagar a los Cotino si es necesario, pero perder el hogar, no. Ni la casa todavía, con Josito tan pequeño.

Un fuerte crujido saca a Teo de sus pensamientos, algo en la calle ha sido derribado o golpeado y roto. De algún modo, el judío intuye que algo no va bien, que ese ruido viene muy en la dirección y la distancia de la casa a la que él va. Aprieta el paso, casi corre, hasta tener la puerta a la vista, a unos diez o doce metros, destrozada y derribada en el interior. Teo traga saliva, solamente sabe de una cosa que pueda hacer algo así.

—Sabiero —dice—. ¡¡¡SABIERO!!!

Y corre al interior sabiendo que, si el autómatas está dentro, no es para nada bueno.

Efectivamente.

Nada más entrar, a la derecha, la casa de los Cotino tiene una bodega bastante grande. Lugar que él conoce de oídas porque allí se juntaban —y se juntan— los amigos del primogénito a pasar algunas tardes. Allí está Sabiero, al fondo de ese sótano, agachado, inmóvil. De repente un gorjeo agónico le dice que el gólem no está solo, ahí hay alguien más. Cotino.

Teodoro accede a la bodega con el pudor helado del interior de las lechugas. Las manos le tiemblan mientras busca por su chaqueta la libreta y el lápiz. No puede dejar de mirar el rictus del rostro de Cotino, el amoratado de la piel por la presión en el cuello. Sabiero es infalible, solamente se detiene de un modo.

Con el lápiz en una mano el judío coloca la libreta sobre la mesa y escribe: *Detente Suelta Cotino*. Con un ágil movimiento se sitúa tras su invento e introduce la orden. Tres interminables segundos después Sabiero suelta su presa y se gira hacia su creador, esperando instrucciones.

Cotino está muerto. No respira y el color de su cara lo dice todo. Teodoro ausculta el pecho y no, ahí no late ni se mueve nada.

Está definitivamente muerto.

*Sígueme*, escribe. Y sale del cuarto para comprobar que la calle está desierta. El autómatas apenas ha hecho ruido y, por lo que parece, no hay nadie más en la casa. No se oye nada ni dentro ni fuera con lo que sale disparado hasta el sendero que hay cincuenta metros más allá, al camino por el que ha llegado. Agazapado como un conejo, ve salir a Sabiero. Su caminar es pesado, si se escucha bien se nota, pero al mismo tiempo es tan grácil y constante que parece flotar en el aire a ritmo lento e infernal. Pasados unos segundos en que ningún vecino ha dado la voz de alarma al ver al autómatas, el judío empieza a rodear el pueblo por el monte, deteniéndose cada cien o doscientos metros a esperar a Sabiero.

Una hora larga más tarde hombre y máquina llegan al cementerio en construcción. Teodoro respira hondo, el gólem permanece estático.

—Vamos adentro —se dice a sí mismo empujando la verja.

Cierra los ojos y suelta todo el aire en un solo soplido.

*Prepara cuatro capazos de pasta.*

El hombre introduce el papel y va a buscar sus herramientas. Tiene claro cuál es el plan. El alcalde ha querido hacer una extraña columna con la que Teo pretendía estar enfrascado media

semana. Pero en realidad, con las piezas ya cortadas y en el tajo, calcula que en un par de horas puede tenerlo listo.

Media hora más tarde dos de las tres caras del monolito están colocadas y el albañil dibuja un círculo con una cruz en la base interior de ellas. *Colócate sobre la cruz sin tocar nada y espera.* Y el autómata obedece, quedándose de pie en el interior de la pirámide.

—Adiós, amigo —susurra Teodoro—. Voy a echarte de menos. Espera aquí que enseguida vuelvo.

Ayudándose de una banda de tela gruesa, el judío coloca la tercera cara sobre los tacos de madera y la ajusta a los cantos con cuidado. Encajando unas piedras en la ranura de la base, termina de sujetar la pieza de mármol y remata con pasta lo que queda. La siguiente hora se dedica a limpiar, recoger y dejar todo como estaba. Mientras, piensa en llegar a casa y escapar del pueblo con su familia. Queda algo más de una hora para que la luz despunte, con lo que guarda sus herramientas y se dirige a la verja del cementerio. Una algarabía lo sorprende al ir a salir. Unos cuantos hombres se aproximan enfurecidos y alguien grita: ¡Está ahí!

—¡Alto, judío! —dice otro.

—¡A por él, a por él! —vociferan algunos.

Teodoro no ve cuántos vienen, tampoco quiénes, no le da tiempo porque ni siquiera se detiene a mirar e imagina que serán, quién si no, los hombres de Cotino, los de Guadiana. Corre al interior haciendo crujir la grava que hay echada en el carril principal y se sube como puede al muro que hay al final. Se resbala. Es lo suficientemente alto como para que con un salto no consiga agarrarse bien, así que busca otra salida. Cerca hay un montón de arena sobrante del pasillo. Por ahí trepa y salta para sujetarse con los sobacos y la barbilla.

—¡Alto, judío, o disparo! —grita alguien.

Teodoro da otro respingo con punteras y rodillas, y se yergue a lo largo de la cumbre. Un disparo ilumina los sacos de cal que hay junto a la grava, una cal blanca que, con dulzura, se va salpicando de gotas carmesí. El cuerpo del joven se tensa y su dueño intenta coger el aire que ha perdido de repente, en un fogonazo inesperado. Cae sobre el montículo de arena rodando hasta las faldas con los brazos extendidos y una mueca de dolor. El plomo alojado en el pulmón le impide respirar y el judío se ahoga en su propia sangre, sin entender nada de lo que está pasando. Sin saber cuál es el motivo para que haga tanto frío, por qué está todo tan oscuro, tan en paz. Sin comprender por qué Alberto no está con él.

—No respira —dice alguien.

—Vámonos —recibe por respuesta.

—¡Joder, idiota! —dice otro.

—Nos vamos, ya —ordena alguien.

Y lo último que se escucha en el cementerio desde ahora hasta el amanecer son los pasos apresurados de los hombres, el sonido del viento alrededor de las ramas que lo vigilan y, a última hora, justo un minuto antes del alba, el cantar del bosque al despertar.

## NO-DIARIO DE LA GITANA ENTRADA SÉPTIMA

La gitana no era tonta, ni un poquito. Por eso si hubiese tenido un diario —y esto es seguro—, jamás se le habría ocurrido contar en él lo que pasó la noche que escribió aquellas nueve malditas palabras, la frase que dio el mayor de los vuelcos a su vida.

Aquella noche venía gente de fuera, por la feria, a jugar a las cartas en las ventas y casinos de Buñol. Lo había escuchado dos días antes en la plaza. Seguro que esa era la noche de la que hablaban los de Guadiana. Por eso, cuando llegó Alberto, estuvo rebuscando y se marchó sin dejarse ver, mandó enseguida al judío a por él. Sabía que había perdido todo lo que se había llevado y volvía a por más.

La gitana estaba desesperada. Cogió al pequeño de su cuna y se acurrucó en una silla con él, eso la tranquilizaba más que nada. Aquel olor inconfundible, esa suavidad. Se sirvió un vaso de agua y subieron a la galería, no había recogido la mesa y así tenía algo con qué entretenerse. Al terminar se recostó con Josito en el sillón de cojines del ventanal y se quedaron dormidos, respirando muy poquito; al mismo tiempo los dos.

El crujido del portón de la casa al abrirse la sacó del paseo entre la hierba que estaba dando en sus sueños y, al escuchar que alguien venía con Alberto —a Teodoro no lo oía—, decidió quedarse así como estaba, con los ojos y las orejas bien abiertas para que el nene no se moviera.

—¿Qué vamos a hacer? —decía Alberto, completamente borracho.

—Chist —le chistaba alguien, Pedro el Gordo, creyó bien la gitana—. Estarán Julita y el chico durmiendo, mejor no digas nada.

De vez en cuando sonaba un tropezón al subir las escaleras y la risa floja del andaluz, ido completamente de sí mismo. Reía y lloraba al mismo tiempo.

—¿Qué vamos a hacer? —insistió cuando el Gordo lo dejó caer en el colchón—. Lo he perdido todo, mi *arma*, hasta el último real... y la casa. Chiquillo... y la casa.

El Gordo le quitó los zapatos y los dejó caer al suelo.

—Cállate ya —le dijo Pedrito—. Y duérmete un rato, no digas más.

El hombre estuvo un minuto más en la casa y después se fue cerrando la puerta de abajo con cuidado. Alberto estaba dormido, no se oía ni una mosca en la casa, ni el viento ni la corriente del río chico que bajaba más allá del muro del patio. Julia sintió pánico, preocupación, enfado. Alberto había dicho que lo habían perdido todo, también la casa. ¿Dónde iban a vivir?

La gitana se fue a la habitación de los hombres. La luna creciente entraba por el ventanuco e iluminaba el torso descamisado del andaluz. Julia se enfrentó a un pensamiento y se puso de rodillas frente al rostro de Alberto.

—Alberto. —Lo zarandé unas cuantas veces. Apeataba a alcohol y humo—. Alberto, por tu madre, ¡despierta!

El hombre abrió los ojos y miró a Julia aterrado y confuso. Después hizo una mueca y se revolcó sobre la cama para vomitar al otro lado. Vomitar y llorar, inundando hasta las fosas

nasales de licor rancio y lágrimas.

—Toma, bebe un poco. —Julia tenía un vaso de agua en una mano y a Josito en la otra, contra su pecho—. ¿Qué ha pasado, Alberto?

El andaluz no podía mirarla a los ojos. Finalmente dijo, con voz susurrada:

—Lo hemos perdido todo, Julita. Lo siento mucho... Teodoro ha cometido una estupidez, no se lo tengas en cuenta... —titubeó.

—¿Qué ha hecho? Dímelo.

—Te ha perdido a las cartas, Julita... yo... lo siento mucho. Por favor, perdóname.

—¡¿Cómo que me ha perdido?! —La gitana no entendía nada y Josito empezaba a revolverse—. ¡¿Qué ha pasado?!

—Cotino... Teodoro te apostó...

—¡¡¿Cómo que me apostó?!

—Y te ha perdido, Julita. Lo hemos perdido todo, ¿lo entiendes?

Julia rompió a llorar como hacía meses no lo hacía. Gritaba:

—¡No, por dios! —Y caminaba arriba y abajo por el pasillo, con el niño en brazos berreando por el disgusto de su madre, que maldecía a los siete cielos—: ¡Bastardos! —gritaba. Y le propinaba un puntapié a la pared o a una puerta.

Alberto, después de vomitar por segunda vez sobre el suelo de la habitación, se quedó dormido entre llantos y lamentos de borracho y no despertó hasta que el Gordo volvió a entrar en la casa gritando.

Aquella noche, acabado el berrinche inicial y sopesadas cinco mil maneras de darle una solución, la gitana se armó de valor y templanza, agarró uno de los lápices del andaluz y escribió una frase por primera y última vez en su vida. Nueve palabras: *Mata a Roberto Cotino...*

Conocía la maldad de Cotino y, aunque Alberto y Teodoro llegasen a un acuerdo con él y con su padre, Roberto ya nunca la dejaría en paz. La consideraría suya por derecho y eso ella no podía ni pensarlo. Tenía que hacer algo, lo que fuese, pero algo.

Si la gitana hubiese llevado un diario, jamás se le habría ocurrido describir el silencio en el corral, la hierba gris y sola pinchándole los pies con un hormigueo apenas perceptible. No contaría el crujir de los goznes, el olor a taller, a hierro y aceite, a papel, a cartón y trapo seco. Ni el silencio en la oscuridad. Ni el miedo que sentía hacia el autómatas si Teo no estaba.

La tenue llama de la vela dibujó enormes sombras en las paredes del cobertizo y allí estaba, sentado y quieto, cubierto con una manta sobre uno de los mostradores. La gitana no osaría escribir el momento en que, apretando los ojos, tiró de la tela y quedó expuesta a la mirada muerta de aquella máquina.

Julia respiró profundo y buscó una silla. Josito, arriba en el estudio, empezaba a requerir la presencia de su madre, así que se dio prisa y, encaramándose de rodillas por detrás de Sabiero, introdujo el papel arrugado que llevaba en un puño.

La gitana se apartó, no sin temor, y de repente aquella mole se puso en pie y comenzó a caminar. Un paso, otro paso, otro más y estaba en el corral. El autómatas marchaba lento pero a grandes zancadas, y Julia se apresuró a salir detrás de él. Corrió hasta la puerta y sacó la cabeza a la calle, a ambos lados.

No había nadie.

En pocos segundos la máquina estaría en la cocina y en otros pocos más allí, en la puerta y



saliendo calle abajo en mitad de la noche. La mayoría de los farolillos ya estaban apagados, al menos los de su calle...

Ojalá nadie lo viera.

¿Y si lo veía alguien?

A la gitana le entró pánico, las pisadas del gólem se sintieron antes de que la silueta se recortara con la luz que entraba desde el patio y Julia pensó por un momento que se trataba de un demonio imparable. Se arrepintió de sus acciones y se fue directa a la máquina, para intentar detenerla. ¿Qué estaba haciendo? No podía asesinar a nadie sin consecuencias terribles para todos.

Pero el gólem era un muro en movimiento continuo, imparable para enfrentarlo con la fuerza de una sola persona, y lo único que consiguió la gitana fue caer al suelo y golpearse la espalda contra la puerta. Sabiero estaba fuera y ya nada podía hacer para detenerlo.

La sangre de Julia se congeló en un instante mientras el autómatas se perdía cuesta abajo. Al poco, dejó de oírse. El hielo del miedo paralizó a la joven allí, en el suelo de la entrada. En la entrada de una casa que ya no era suya, ni de Alberto.

Teodoro todavía no había llegado. Estuvo pensando en salir a buscarlo pero el bebé no paraba de llorar y el instinto y la prudencia con los vecinos la empujó escaleras arriba a calmar a su retoño. Alberto roncaba como una mona y en cuanto Josito olió la teta de su madre, el silencio volvió a reinar en la casa y alrededores.

Desde la galería, Julia no podía dejar de mirar el cobertizo. Estuvo así un tiempo, pensando en nada, atenta a la sombra negra de la puerta abierta sobre la grama. Clavada al agujero más negro de su interior.

Había asesinado a Cotino, y eso la gitana jamás lo hubiera escrito en lugar alguno, ni siquiera en un diario.

Horas después apareció de nuevo el Gordo. Asustado y chillando porque los de Guadiana habían matado a traición al judío.

—Huid —les dijo—. Marchaos cuanto antes si no queréis que algo horrible... más horrible aún, ocurra esta noche.

El Gordo entró sin permiso en el patio y comenzó a ensillar los caballos.

—Recoge a Josito —decía mientras preparaba los arreos—. Despierta al andaluz y salid del pueblo. ¡Rápido! Antes de que lleguen.

Aunque Julia no entendía nada y no daba crédito a las palabras de Pedro, el pavor en su voz era tan patente que fue el instinto el que decidió hacerle caso. Corrió arriba y preparó un macuto sencillo: apenas dos mudas para ella y la ropita del bebé. Galopó a la habitación de los hombres y zarandeó al granadino, que dormía entre la angustia y el terror onírico, tiritando y sudando el alcohol, como enfermo.

El Gordo recogía cosas en la cocina y la despensa y, cuando los tres bajaron, les tenía preparado un enorme bulto sobre la burra con comida, agua y vino.

—Lo han seguido —les dijo mientras ayudaba a la gitana a montar en el caballo—. Cotino ha aparecido muerto en su casa y sus hombres lo han seguido hasta el cementerio. ¡Lo han matado como a un perro!

—¿Cómo lo sabes? —fue lo único que consiguió decir Julia, aterida por el pánico.

—Lo sé porque lo he visto. Oí el disparo y después vi a cinco hombres salir de los muros.

Cuando entré a ver qué había pasado... allí estaba Teodoro, tendido contra el muro trasero. Pero ya os lo contaré otro día, no hay tiempo.

Pedro el Gordo temblaba como un flan mientras lo preparaba todo con urgencia. Abrió el pórtico para que las bestias salieran y, agarrando las riendas, los sacó a la calle de un fuerte tirón.

—Marchaos del pueblo —insistía.

—¿A dónde? —dijo la gitana.

—Donde sea pero marchad. ¡Deprisa!

Por la parte baja de la calle llegaba un alboroto de turba que se acercaba. Alberto no reaccionaba, tendido sobre su montura.

—Marchad ahora y esperad un tiempo. —Sacó una bolsa de esparto del interior de su camisa —. Toma esto, Julita. No es mucho pero servirá para algo.

La gitana agarró la bolsa con monedas.

—Corred, no os detengáis —dijo el Gordo—. Yo les entretendré. ¡Vamos!

Dijo esto último mientras sacudía dos manotazos sobre las grupas de los caballos. Los animales relincharon y emprendieron el galope cuesta arriba, salvando del peligro a la pareja en el justo momento en que, por la curva del barranco, siete hombres del señor Cotino —cinco de los de Guadiana— aparecían enfurecidos y con los ojos inyectados por la sed de venganza.

*Buñol, 2 de septiembre de 1931*

Cuando el maquinista detuvo el tren, en el vagón solamente estaban la mujer con los chiquillos y ellos dos: el nieto y el abuelo venidos de Granada. Los dos hombres bien vestidos que los acompañaban, al parecer, se habían apeado en Chiva, aunque ni el viejo ni Josete le dieron importancia a ese detalle.

Alberto se caló la visera por debajo de las cejas y emprendió la cuesta con paso acelerado, obligando al muchacho a cargar y trastabillar con las maletas mientras intentaba seguirle el ritmo. A escasos quinientos metros, siguiendo los raíles, llegaron a Venta Pilar y el anciano entró en la oscuridad del pórtico sin pensarlo un segundo.

—Buenas tardes —saludó, acelerado.

—Buenas tardes, buen hombre —dijo una mujer que regentaba la venta tras un mostrador de madera—. ¿Qué se le ofrece?

—Una habitación doble, por favor. Con dos camas.

—¿Piensa utilizar las dos usted, caballero?

La señora, muy cuca ella, sonreía mirando al solitario andaluz que, sin bolsa ni macuto, solicitaba una habitación para dos personas.

—¿Qué...? No, no —titubeó el granadino—. Espere un segundo, si es tan amable.

Alberto volvió sobre sus pasos y, sacando medio cuerpo fuera, exclamó:

—¡Date *bullá*, quillo! ¡Qué estás *apollardao*!

Con cara de aprieto, el hombre se giró a la casera y se quitó la gorra a cuadros que había comprado en Córdoba. La mujer le quitó importancia con una sacudida de dedos y siguió a lo suyo. Brazos en jarras, Alberto aún tuvo que esperar un minuto largo para que Josete apareciera con los dos aparatosos bultos arrastrados por la tierra. Sudaba como un condenado.

—¡*La vín*, abuelo! ¿Qué lleva usted en su maleta? Hay que ver lo que pesa la *condená*.

—Tira para dentro, anda. —El yayo le dio un cariñoso pescozón—. Mira que no me das fatiga ni nada...

—¿Una doble, entonces? —se divertía la ventera.

El viejo asintió, apretándose el puente de la nariz por debajo de las lentes.

La mujer dejó sobre el mostrador una llave con un cordel y una maderita.

—La número doce —indicó—. Subiendo las escaleras a la derecha...

—Gracias —dijo Alberto. Recogió la llave y emprendió el camino a la escalinata.

—Son siete reales —informó la mujer.

—¿Eh...? Sí, discúlpeme usted.

—Es que este fin de semana viene mucho forastero, usted me entiende... —La ventera se explicaba con la palma de la mano estirada hacia él y cara de pocos amigos—. Con lo de la feria y eso...

—Descuide —dijo Alberto, rebuscando en su chaqueta—, me hago cargo.

El anciano le soltó cuatro pesetas.

—Resérvenos dos noches, buena mujer —sonrió—. Y quédese con el cambio.

—Tenga cuidado al final, que los escalones están algo gastados. No se vaya a descoyuntar.

Abuelo y nieto desaparecieron por el hueco encalado y estrecho que conducía a la parte superior de la venta, las maletas rebotando en cada rincón, pared y tabica de escalera.

—Cuánta gente hay en este pueblo —dijo Josete al cerrar la puerta del cuarto.

—Este fin de semana es especial, mi *arma*. Estos días llegan gentes de toda la contornada: Requena, Chiva, Cheste... incluso de Valencia capital.

—¿Tan importante es la feria?

—No es solo la feria. Lo que atrae a tantos son las apuestas... —El abuelo subió su maleta a una de las camas y la abrió con cuidado—. Mañana y pasado, si no recuerdo mal, los casinos, tabernas y ventas de todo el pueblo se llenan de jugadores que vienen con mucha *guita*, ¿tú me entiendes? —Mientras le iba contando al muchacho, Alberto depositaba su ropa sobre la colcha floreada—. Nada atrae más a las personas que el dinero fresco y cambiante de manos. —Dos pantalones, una cinta métrica, tres camisas, un par de zapatos...—. Todos los años se apuestan aquí sus dineros muchas personas y algunas de ellas, con algo de suerte y un poco de tiento, llegan a hacer verdaderas fortunas. —Un chaquetón para la lluvia, dos gorras de estilo andaluz, una maceta de hierro, muda para mes y medio fuera de casa...—. Los hay que se juegan sus trabajos, ganado, incluso casas y terrenos de cultivo. —Un libro de poesía, un cincel largo, papel, pluma, tintero y una palanca de uña de medio metro de longitud.

—¿Para qué es todo esto?

El joven José no daba crédito al montón de cachivaches que había esparcidos por la cama. El abuelo no había dejado ni un solo hueco libre y las herramientas, bien colocadas por tamaño y forma, presidían en la parte de la almohada.

—El viaje ha resultado agotador —respondió el anciano—, ¿no crees, muchacho? —Sacó su reloj y lo dejó en la mesilla que separaba los camastros—. Será mejor que intente dormir un poco... Despiértame en hora y media, ¿quieres?

El yayo, ni corto ni perezoso, se recostó sobre el colchón que quedaba libre de trastos.

—Pero... —quiso protestar Josete.

—Ahí tienes mi cartera —señaló con la mano—. Coge algo de dinero y compra para la merienda. Daremos un paseo antes de que se haga de noche.

—Pero...

El abuelo Alberto no lo escuchaba. En cuestión de segundos se puso a roncar suavemente con las manos cruzadas sobre el pecho y una media sonrisa de satisfacción.

José, sin saber muy bien qué hacer, fue colocando los enseres del abuelo en el aparador con cuidado de no hacer demasiado ruido, resignado a ir descubriendo los misterios del viejo uno a uno, poco a poco.



El carruaje se detuvo frente al templo mientras la nube de polvo envolvía a los sudorosos caballos que tiraban de él. Un hombre vestido de traje se apeó con lentitud; sus maltrechos huesos

no gozaban ya de la fortaleza que tuvieron antaño.

—Muchas gracias, hermano —le dijo a alguien en el interior del coche—. Nos veremos esta noche.

Colocándose el sombrero, cerró la portezuela y se dirigió a la casona que presidía la parte este de la plaza de Las Ventas, entrando en ella tan deprisa como sus ancianas y rechonchas piernas le permitían.

—Vengo a ver al maestro —informó al hombre que estaba en el recibidor—, es urgente.

El hermano dejó el libro que estaba leyendo y se dirigió al salón principal.

—Sígame, hermano —dijo sin comprobar que este caminara tras él.

La pareja entró en una sala profusamente decorada, en la que la luz solar penetraba hasta media altura por los amplios ventanales, iluminando de dorado las mesas de madera noble, los tapices y alfombras, las estanterías repletas de volúmenes, las lámparas y mesillas que acompañaban a elaborados sillones, dispuestos de dos en dos para facilitar la tertulia, el descanso o la lectura. El joven recepcionista desapareció por un acceso lateral sin mediar palabra, cerrando tras de sí la puerta.

El recién llegado se acomodó en uno de esos sofás y comenzó a hojear el periódico del día, aunque ya lo había leído en el trayecto en tren de Valencia a Chiva. Después de una espera de algo más de diez minutos, el portero apareció de nuevo por la entrada contigua y le hizo un gesto al hombre para que se levantara y le siguiera de nuevo.

Caminaron por un mal iluminado pasillo hasta alcanzar una puerta al fondo.

—El maestro le espera, hermano —dijo el más joven, indicando que tenía permiso para acceder al despacho. Después, volvió por donde habían venido con paso resuelto, dejando solo al repentino visitante.

—Adelante, Acacia —saludó el maestro cuando el hombre entró en la pieza—, ¿qué es eso tan urgente que tienes que contar?

—Con permiso —dijo él, cerrando con cuidado la hoja de roble tallado—. Llego ahora de Valencia, maestro, en el tren de las cuatro.

—¿En el tren? —preguntó el maestro, sorprendido—. Aún no ha pasado ese convoy por el pueblo...

—Cierto, maestro —añadió el anciano con templanza—. Me apeé en Chiva y he venido hasta aquí en el coche del hermano Centeno, lo más rápido que he podido.

—Y bien —zanjó el maestro con un movimiento de mano—. ¿Qué ocurre, Pedro?

—Debemos convocar la asamblea para esta misma noche, una reunión extraordinaria.

—¿Puedo saber a qué se debe tanta prisa?

—Se debe a alguien que he visto en el vagón, maestro. Alguien a quien hace muchos años que no veía, a quien creo conocer bastante bien, se lo aseguro, y de quien podremos desvelar el secreto mejor guardado de este pueblo en los últimos cuarenta y seis años.

—...

—Alberto Gabirol, maestro. El andaluz.

El rugido estridente del tren sobre las vías cercanas hizo que retumbara ligeramente el despacho del maestro masón. Los hombres esperaron a que el ruido se alejara para proseguir con la charla.

—Ahí está —continuó Pedro Acacia—. Si ha venido al pueblo después de tantos años, solo

puede significar una cosa.

—El gólem —adivinó el maestro.

—Así es —asintió el anciano—. Ha venido por el autómatas del judío... ¿qué si no?

—Convocaré a la asamblea —dijo el hombre, sentado tras su escritorio—. No estaría de más poner vigilancia al recién llegado...

—He dejado en el tren a Ignacio, mi discípulo. No les quitará el ojo de encima, descuide.



El chaval empujó el portón y el cementerio se abrió en silencio.

El abuelo entró primero.

No había nadie pero debían darse prisa, no quería que alguien los viese por allí a esas horas. Nieto y abuelo habían entrado por la puerta derecha, la que daba acceso a la sección cristiana del camposanto, y el viejo comenzó a buscar un nombre entre las lápidas.

—Es aquí —susurró, después de un rato deambulando—. Aquí está tu abuelo enterrado.

Una lápida de granito gris, austera y pobre, como había sido siempre la familia del judío. Rezaba en su centro el epitafio más antiguo de los tres que había:

*Teodoro José Azag Carrascosa*

*† 3 de septiembre 1885*

*a los 24 años*

*Tus padres, que te quieren,*

*no te olvidan*

A izquierda y derecha, grabados en la misma losa, los nombres de sus progenitores: José Azag Puig, † 27 de marzo de 1897 a los 63 años y María Amparo Carrascosa Masid, † 16 de octubre de 1901 a los 67 años. Ambos sin epitafio, solamente nombre, fecha y edad.

—Estrenó el cementerio el pobre. —Alberto se había quitado las gafas y frotaba con fuerza la parte alta de su nariz—. Ni siquiera pudimos quedarnos a su entierro...

Esa vez la pena pudo con el corazón impertérito y el hombre rompió a llorar en silencio.

—Abuelo...

El sofoco y la angustia de Alberto le impedían decir palabra.

—Abuelo, ¿está bien?

El viejo se dejó caer de rodillas ante la tumba. Hundió sus arrugados dedos en la tierra, soltando todo el aire que llevaba dentro en una exhalación profunda y lastimera.

—Abuelo... —El joven no sabía qué hacer. Nunca antes había visto al yayo tan afectado—. Abuelo, por favor...

—Perdóname —suplicó Alberto entre sollozos—. Perdóname, mi amor. Te lo ruego. Fue por mi culpa.

Se llevó las manos a la cara, ensuciándolas de húmeda tierra. Ahora el llanto se volvía entrecortado, sin vergüenza ni contención. Se convirtió en un quejido al ocaso, un plañido al tiempo y al recuerdo perdido. La tristeza lo abatió y, completamente derrotado, se tumbó boca

abajo sobre el montículo que conformaba la tumba de la familia Azag, ungiendo con sus lágrimas la tierra blanda y oscura.

Así quedó el anciano por un tiempo que Josete no supo calcular, pero que se le hizo eterno. El hombre lloraba, gemía y murmuraba con la cara hundida, sin importarle la suciedad que impregnaba su ropa; como si quisiera hacer llegar al cadáver de Teodoro sus palabras, su desesperación, su culpa contenida por tantos años.

José no se atrevió a tocar ni perturbar al yayo Alberto. Observaba la condena del anciano y, poco a poco, su mente iba comprendiendo más la situación. El yayo no solo quería al abuelo Teo como amigo. Había más allí, mucho más. José pudo sentir el profundo sentimiento de amor y culpa, de complicidad y pasión, el vacío del viejo al sentir que había perdido algo más intenso que una simple amistad aquella noche de hacía cuarenta y seis años.

El nieto guardó silencio respetuoso. No dijo ni diría nada sobre aquello, y esa promesa hecha para sí la guardó como un tesoro hasta el fin de sus días. Los abuelos fueron amantes; o al menos eso creía. Y si no lo fueron, quisieron haberlo sido en aquel mundo de prejuicios. Aunque a Josete le costaba entender una emoción semejante, el respeto hacia sus ancianos era más poderoso que cualquier monomanía.

El bermejo del cielo empezaba a tornarse azul lóbrego intenso, ocultando la luz totalmente tras los montes. Pronto haría falta una lámpara para ver en la oscuridad.

Alberto se recompuso. Estaba más tranquilo.

Su nieto lo ayudó a incorporarse y el abuelo se sacudió mal que bien la suciedad del traje.

—Acompáñame —dijo el viejo—. Hay una cosa que quiero comprobar. ¿Has traído el metro?

Josete lo extrajo de un bolsillo, mostrándoselo al abuelo.

—Buen chico —sonrió—. Ven, vamos a ver si son ciertas mis sospechas.

Callejearon por entre las tumbas y fueron a dar a la parte norte del cementerio, la zona civil. Junto a la puerta de entrada había un pedestal triangular hecho con cemento y, sobre él, una pirámide isósceles de tres caras. En cada una de ellas, en la parte alta, un triángulo equilátero con un ojo grabado a cincel; bajo esos ojos, una escuadra y un compás en una de ellas, una rama de olivo en la otra y, en la tercera de las caras, la que daba al pasillo de entrada, una inscripción que decía:

### *EL FUTURO ES EL HIJO DEL PASADO*

Alberto abrió el cuaderno de Teodoro en la página donde estaba representado el autómeta en su totalidad.

—Sujeta esto —ordenó.

El muchacho cogió el libro e hizo caso a su abuelo. El hombre se subió al pedestal y midió la altura de la pirámide desde su base.

—Dos metros, diez centímetros —dijo para sí, con cara de satisfacción—. Buen trabajo, querido. Qué bien lo hacías cuando te interesaba.

De un tímido brinco el anciano bajó del altillo y, devolviendo la cinta a su nieto, consultó una vez más el cuaderno de su amado.

—Está aquí, estoy seguro...

—¿Quién está aquí? —preguntó Josete.

—Sabiero. Tiene que estar aquí. Lo sé, lo intuyo.

Cerrando el cuaderno con decisión, el septuagenario comenzó a caminar en silencio hacia la salida. El joven lo seguía, intentando discernir en qué se basaba el abuelo. Confiaba en él pero, dada la parquedad del viejo, era difícil adivinar en qué pensaba el condenado.

—No vamos a esperar más, Josete. Esta noche, cuando todo el mundo duerma, volveremos por el autómata de tu abuelo y mañana alquilaremos un carruaje que nos lleve hasta Madrid.

Josete sentía una euforia contenida, una ilusión contagiosa que no comprendía pero que su yayo le transmitía con su repentino arrojó.

—Vamos a descansar —dijo Alberto cuando el portón se cerró con un crujido—. Esta noche va a ser movidita.



### *Cementerio civil de Buñol, madrugada del 3 de septiembre de 1931*

La luna iluminaba la cosmética hierba alta del sendero recto y profundo que penetraba hasta el final del cementerio. Hombre y muchacho, abuelo y nieto, entraron no sin congoja por el portón de madera y chapa que daba acceso a la mitad civil del campo de la muerte. El crujir de los guijarros rompía el silencio, acompañado del ulular acuoso del poniente por entre las ramas de los abetos dormidos.

El anciano prendió un fósforo y las sombras se alargaron en su rostro macilento. Enormes ojeras dibujaban el miedo, la emoción. Ya la comisura de sus labios, entreabiertos para respirar más aire del necesario, proyectaba un extraño rictus entre sonrisa, duda, pánico y llanto controlado.

—Muy bien —susurró Alberto mientras encendía el candil que había cogido en la venta—. Saca la herramienta y dale con cuidado. Ya sabes —insistió—, intentando no dañar el mármol.

Josete dejó la bolsa de mimbre en el suelo, empuñó martillo y escoplo y, con mucho tiento, comenzó a hendir la juntura de la pirámide desde abajo. A cada golpe, un suspiro, una mirada furtiva en derredor, por si hubiera alguien allí además de los muertos, y una gota de sudor frío cayendo por la piel de su frente hasta alcanzar los ojos.

—Así —animaba el abuelo, iluminando la zona con la llama del quinqué—, no hay prisa, hijo.

Seis o siete golpes más y la losa se desprendió en su base. Un intenso olor a bosque viejo, a vegetación descompuesta, emanó del interior de la columna Jakin.

—Espera. —Alberto detuvo al muchacho poniendo una mano sobre su hombro—. No sigas ahí. Ahora al otro lado. Poco a poco o se romperá.

—¿Por qué no queremos que se rompa, abuelo?

—La intención es salir de aquí sin que nadie sospeche. Cuando marchemos, esto debe quedar como si nada hubiera ocurrido. ¿Lo entiendes?

José asintió y cambió la postura para alcanzar la otra esquina del triángulo que conformaba esa tapa. Procedió nuevamente con el cincel y la maceta.

Uno, dos, tres... siete golpes y ese lado también cedió. Esta vez quejándose con un crujido.

—Suave, mi *arma* —recordó el yayo—. A la mínima se podría quebrar la piedra.

Josete bajó del pedestal y guardó las herramientas en el cesto. Empuñó la palanca y volvió a la carga.

Dos empujes aquí, dos al otro lado. Uno más por allí, otro suave a este. Así, con lentitud, la ña de la barra abría de abajo arriba la junta que sellaba el interior del poliedro.

Por último, en la cúspide afilada, con mucha prudencia, el muchacho imprimió un delicado empuje y la piedra quedó liberada.

—Dame eso, muchacho. —Ahora la sonrisa del abuelo le llenaba la boca, mejillas, ojos y frente. Estaban a punto de descubrir a Sabiero—. Utiliza las dos manos y colócala contra ese árbol. Piensa que pesará bastante, no se te vaya a caer ahora.

José miraba a su abuelo con los ojos como platos. Tanta presión, tanta responsabilidad y

misterio le tenían las palmas empapadas en sudor. Soltó un bufido por la nariz para concentrarse en la tarea y agarró con firmeza la losa.

De un fuerte empujón, Josete separó por completo la tapadera y, no sin esfuerzo, cargó con ella medio metro hasta el suelo, apoyando el pesado bulto contra el tronco de un ciprés. Cuando se dio la vuelta, el abuelo iluminaba el interior del hueco con el candil y su rostro era una mueca de alegría y estupor.

—Aquí estás, Sabiero —dijo él, aguantando el tono para no gritar de entusiasmo—. Hemos vuelto para llevarte con nosotros... mira, acércate —le dijo a su nieto—. Observa qué maravilla.

José avanzó dos pasos, colocándose junto a su abuelo. En el interior de la columna esperaba un humanoide hecho completamente de metal. Un extraño musgo cubría gran parte de su estructura, brotando por las juntas oxidadas como si creciera de su interior hacia fuera. Una portezuela en su pecho quedaba abierta, mostrando el interior de un cajón oxidado repleto de vegetación y papelitos enrollados. Uno de ellos, hecho una bola encogida, yacía en el suelo, fuera del compartimento. El abuelo lo introdujo con cuidado y cerró la trampilla.

Ahora todo estaba en su sitio.

Era magnífico. Espectacularmente enorme y robusto. Había imaginado cómo sería al contemplar los dibujos del abuelo Teodoro, pero, aunque los diseños representaban con fidelidad el resultado del autómata, jamás imaginó que le causara tal impacto verlo de cerca... Esos ojos metálicos, cerrados, sin vida aparente... esos ojos que entonces, con él de frente, se abrieron de golpe y se clavaron en el joven Josete.

Unos ojos sin vida, sin pasiones ni sentimientos ni intenciones propias pero con un objetivo claro.

Una misión, una orden dada hacía cuarenta y seis años.

Unas palabras de poder escritas en la noche, que todavía seguían dentro de su cuerpo de chapa, engranajes y hojalata.

Sabiero extendió los brazos y tumbó con el empuje las dos losetas que quedaban en pie. Ambas cayeron y se rompieron en pedazos contra el suelo. El autómata avanzó en silencio sepulcral hacia el muchacho que, asustado, se escondió tras el abuelo.

—¿Qué haces?! —gritó Alberto, interponiéndose entre José y el gólem—. ¡Detente!

La máquina apartó de un manotazo el saco de huesos que conformaba el cuerpo del anciano. Alberto voló tres metros a un lado, quedando tendido junto al sendero de guijarros.

El joven dio media vuelta, dispuesto a escapar sin saber a dónde, cuando una zarpa oxidada le agarró de la camisa. Un fuerte tirón rasgó la tela, provocando un torpe tropiezo de Josete, que acabó rodando por entre las tumbas. Dos pasos más de Sabiero, pasos etéreos y pesados al tiempo. José se revolcaba, se arrastraba y gritaba sin comprender qué sucedía.

El autómata le dio caza mucho antes de que el joven pudiera levantarse y echar a correr. Con una mano le agarró una pierna, con la otra le apretó la garganta. Y así quedaron bajo el manto lunar: hombre tendido, máquina inclinada. Cuerpo retorciéndose por el dolor y la asfixia, gólem estático como efigie antigua.

Alberto, dolorido, quiso levantarse pero la pierna izquierda le dolía demasiado debido a la caída.

—¡Josete! —gritó en un desesperado intento de parar con su voz la situación—. ¡Josete, por dios, escapa!

Desde su desplome veía al nieto retorcerse, agarrando con sus manos la muñeca del autómatas. Sintió el abuelo que todo estaba perdido. Allí cayó su amado y allí moriría su nieto. En aquel maldito cementerio que fue causa de todas sus desgracias.

Dos sombras entraron por la puerta. Una alta y espigada, juvenil; la otra oronda y retacada, familiar para el abuelo.

—Ignacio —ordenó el hombre mayor, casi de la misma quinta que Alberto—, corre y salva al muchacho. Busca la inscripción, ¡en su cabeza!

De cuatro zancadas, el espigado Ignacio alcanzó a Sabiero. Intentó desasir la férrea manaza del gólem del cuello de Josete, sin resultado.

—¡Es muy fuerte! —informó el jovenzuelo—. Las letras están soldadas..., no puedo desprenderla.

—Alberto. —El hombre agarró la cabeza del herido para que se centrara en él—. Soy yo, Pedro. ¿Te acuerdas?

El abuelo titubeaba, confuso y asustado.

Dudó.

—Sí... Pedro, Pedro el Gordo. ¡Ayúdanos!

—Necesito una palanca, un martillo. Algo con lo que golpear la máquina.

—La... —titubeó Alberto—. La cesta. En la cesta.

El Gordo dejó al abuelo en tierra y corrió a la base de la pirámide. Sacó maceta y cincel y se los arrojó a Ignacio.

—¡Usa esto! —ordenó—. ¡Rápido!

El muchacho recogió la herramienta y, colocándose tras el autómatas homicida, propinó tres cinceladas sobre unas letras solapadas en la base de su cabeza.

Una pieza pequeña saltó al tercer golpe, repiqueteando en el suelo al rebotar por el impulso.

Sabiero aflojó su presa, dejando lánguidos los brazos. Los engranajes de sus rodillas cedieron y el autómatas se desplomó inerte junto al cuerpo de Josete. El gólem estaba desactivado.

José quedó tendido con las manos aún en su garganta, cadavérico, ojos en blanco, dientes afuera en un rictus tan cercano a la muerte que casi podía tocarla.

—Respira —informó el joven Ignacio.

Pedro el Gordo ayudó a su amigo a ponerse en pie.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí, ha sido solo un golpe. Llévame donde mi nieto.

El Gordo acompañó en su cojera a Alberto que, apoyado en el enorme hombro, cargaba con casi todo su peso.

—Se pondrá bien —dijo el joven desconocido—. Respira con normalidad y el corazón le late con fuerza.

El andaluz se arrodilló junto a su nieto y acercó el oído a su boca para cerciorarse de que era cierto. Respiró intensamente al comprobarlo.

—Agua, muchacho —dijo Pedro a su discípulo—. Y algo con que tapanlo.

El joven Ignacio salió corriendo por la compuerta que daba al exterior.

—Pedro... —dijo Alberto con un hilo de voz—. Pedrito. ¿Cómo es posible? ¿Cómo...?

—Os vi esta mañana, en la estación de Chiva —contestó el Gordo—. Al principio no estaba

seguro pero después me fijé en el muchacho... es clavado a su abuelo... Porque supongo que será hijo de Josito, ¿no es cierto?

—Cierto, pero ¿tú? ¿Cómo lo sabes?

—Alberto, por favor. Que esto es un pueblo y todo termina por saberse. En cuanto lo vi allí sentado supe que la sangre de Roberto corría por sus venas. No hay más que mirarlo... esas cejas profundas, la mandíbula cuadrada, esa anchura de hombros... es inconfundible.

»Al principio no entendía qué te traía de nuevo por aquí. Pero enseguida supe que solamente una cosa te haría volver.

—Teodoro —añadió el andaluz.

—Y la máquina. Os vi entrar en la venta y mandé al muchacho esperar a que salierais. Os siguió hasta aquí y me lo dijo. Supuse que algo más traerías entre manos, no solo visitar la tumba de tu querido judío, y cuando Ignacio me avisó de que salisteis en mitad de la noche, entendí que vendríais a por el gólem.

—Pero... ¿cómo? —se preguntó el anciano—. ¿Cómo supiste qué hacer para detenerlo? Te estoy tan agradecido...

—En la logia estudiamos muchas cosas incomprensibles, Alberto. Al final conseguí entrar en la hermandad y mírame, aquí me tienes hecho un hombre de provecho.

—¿La logia?

—Es largo de contar. Lo importante es que, después de todos estos años, conseguimos comprender en cierto modo los secretos del pueblo sefardí. Los gólem son uno de sus mayores misterios y a mí me han obsesionado desde que conocí el invento de Teodoro.

—El cuaderno de Teodoro —dijo Alberto—. Allí están escritos parte de esos secretos. Pero ni tú ni nadie lo ha tenido todos estos años. Viajó con nosotros esa noche y jamás vio la luz... hasta hace unos días.

—Eso no importa, amigo mío.

Ignacio regresó a la carrera con una bota y una manta de lana.

—Gracias, muchacho —dijo el Gordo—. Tápalo bien, que no coja frío. Y oblígalo a beber un poco, a ver si se reanima.

El joven obedeció y se puso manos a la obra con habilidad médica.

—Es un buen muchacho —comentó Pedro el Gordo—. Está estudiando medicina en Valencia y, si se aplica como hasta ahora, llegará a ser un gran doctor.

»Los misterios judíos quedaron escritos en algunos libros y, con la ayuda de mis hermanos, conseguí hacerme con algunos de ellos —explicó Pedro mientras el chaval humedecía la cara de Josete y le propinaba unas leves bofetadas—. Jamás hallé la fórmula de construir y dar vida a uno, pero sí que encontré el secreto de su magia... al menos uno de ellos. Observa.

El Gordo señaló en la base del cuello metálico de la máquina. Dos símbolos extraños, moldeados en cobre, estaban solapados a él. Del tercero solo quedaba la sombra del óxido, pues había salido disparado con los empujes del escoplo.

—Aquí dice *Met* —leyó, indicando con el índice de derecha a izquierda—. «Muerte» en hebreo. El símbolo que Ignacio ha arrancado, el que iba aquí, representa el «E». Uniendo los tres,

formarían *Emet*, «verdad».

Pedro dibujó con un dedo un símbolo en la tierra:

8

—«Verdad» y «muerte». Las palabras sagradas para dar y quitar la vida al gólem.

Josete se atragantó con el agua y comenzó a toser.

—Hijo —se alegró el abuelo. El joven ayudante del Gordo le ayudó a incorporarse. José abrió los ojos en mitad de la tos—. Hijo, mi *arma*. ¡Estás bien, gracias a dios!

Alberto sujetó la cabeza de su nieto y le besó la frente repetidas veces.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el muchacho.

—Creí que te mataba... —El abuelo se abrazaba a su nieto como si fueran a llevárselo a la guerra—. Qué miedo he pasado, mi niño. Pensé que te perdía...

José miraba a su alrededor sin comprender muy bien lo que ocurría. A su lado, un hombre mayor —misteriosamente familiar— y un joven poco mayor que él lo observaban sonrientes y, tirado a dos metros, el autómatas del abuelo Teo. Inerte y silencioso, desprovisto de toda vida.

—¿Puedes caminar? —quiso saber el Gordo.

—Creo que sí.

—Arriba entonces —sentenció—. Os vendréis a mi casa esta noche. Hay sitio de sobra para todos y mañana los hermanos se encargarán de desmontar esta máquina maldita.

—Pero...

—Ya hablaremos de eso con calma, Alberto. Teníamos planes para el gólem, pero, visto lo visto, creo que será más sabio deshacerse del invento... Es demasiado peligroso.

Ignacio ayudó a José a ponerse en pie y el Gordo hizo lo propio con el andaluz, que cojeaba bastante de su pierna izquierda.

—¿Podrás montar, Alberto?

—Creo que sí —contestó.

—Estupendo. Muchacho, ve a casa de Marcial y despiértale. Dile que vas de mi parte y que debe clausurar el cementerio cuanto antes. Que se asegure de que nadie entra aquí hasta que hayamos retirado la máquina.

—Sí, maestro —contestó el muchacho.

Sin mediar más palabras, Ignacio subió a su caballo y se dispuso a partir hacia el pueblo.

—Ignacio —le detuvo el Gordo.

—¿Sí, maestro?

—Ni que decir tiene que no debes contar a nadie lo que hay ahí tirado... Mejor aún: asegúrate de que cierra los portones sin llegar a entrar. Montarás guardia hasta que vengan los hermanos por la mañana. ¿Lo has entendido?

—Sí, maestro.

—Corre entonces. ¡Ve!

El joven galeno espoleó su montura hacia el pueblo sin mirar atrás.

—Es un buen muchacho —dijo Pedro, con una sonrisa de satisfacción.

—Sí que lo es —asintió el andaluz.

—Vamos, sube. Tantos años sin vernos habrán dado para mucho que contar, ¿no crees, granadino?

Alberto le dio una sonora palmada a su amigo en la espalda y, ayudado por él, subió a la silla del caballo.

—Demasiadas cosas, amigo. Demasiadas.

Emprendieron el camino que el chaval del Gordo acababa de tomar. Volvían a Buñol minutos antes de que el sol apareciera a sus espaldas, alargando las sombras de sus figuras en la carretera.

### *Buñol, 8 de septiembre de 1931*

La máquina de hierro y vapor comenzó a rodar lentamente sobre los raíles y las personas que aún quedaban en el andén se retiraron unos pasos sin dejar de saludar a los viajeros de a bordo. Pedro Acacia, anciano de la logia de los Once Hermanos, sonreía a su amigo Alberto, quitándose el sombrero con una ligera reverencia.

—¡Hasta siempre, Gordo! —gritó el andaluz desde su ventanilla.

Poco a poco el tren fue tomando velocidad y pronto la villa de Buñol quedó tan alejada que los pasajeros dejaron de ver sus tejados rojizos.

—¿Volveremos algún día, yayo? —se atrevió a preguntar José, después de un rato.

—No lo creo, hijo —dijo él, sin desviar la vista del horizonte montañoso que dejaban atrás.

—Es una pena...

Abuelo y nieto habían pasado los cuatro últimos días alojados en la venta, pues el chaval, tras el incidente con el autómeta, se encontraba dolorido y débil.

Alberto aprovechó las tardes que Josete descansaba para caminar por el pueblo, para revivir los recuerdos de infancia y juventud en el río, con sus amigos del alma, por los callejones que circundaban el castillo, en las plazas donde jugaron, corrieron, pelearon...

La casa del barranco ahora era un solar en ruinas, abandonado a su suerte y a los caprichos que la vieja hiedra del muro trasero del patio tuvo a su antojo. El antaño joven y enclenque limonero se había convertido en un fornido árbol repleto de ramas, hojas y frutos, totalmente salvaje y libre. La alta hierba, la grama y los matojos proliferaron y conquistaron el lugar de tal modo que ya nada quedaba de lo que antes fue un hogar para seres humanos. Ya no había hombres ni mujeres por allí, solo verde, espigas y raíces.

Caminó también, una vez más, por el nuevo cementerio. Visitó la tumba de su querido Teodoro, despidiéndose de él para siempre, llorándole en soledad por última vez en su vida, pidiendo perdón por sus errores, por sus miedos, por sus ansias de poder y fortuna.

Lloró y aulló al cielo con rabia y desespero al recordar aquella vida que tuvieron por un cortísimo espacio de tiempo, por lo que pudo ser pero no fue; por lo perdido, por lo amado, por su enorme estupidez.

Pero al final, después de cuatro días en el pueblo, el arquitecto consiguió soltar ese lastre de pena y culpa que tantos años cargó consigo y, finalmente, fue libre. Libre para perdonarse, libre para volver a su Granada natal y ocuparse de los suyos.

Ya no habría más lágrimas amargas para Alberto.

No más llantos en la alcoba, ni quejidos noctámbulos a la luz de la noche andaluza, no. Tenía una familia allá, en el sur del sur, y cuidaría de ella lo mejor que supiera por el tiempo que la vida le otorgara.

Alberto sonreía en silencio, sentado en un banco del vagón de cola mientras el ferrocarril avanzaba impertérrito hacia la costa levantina.

—¿Qué es esto, abuelo? —dijo José, mostrándole unos ajados guantes de boxeo.

El andaluz salió de su ensueño para atender a su joven nieto.

—Unos guantes, mi *arma*, ¿no lo ves? —le dijo.

—¿De dónde han salido?

—Me los dio el Gordo ayer —contestó Alberto—. Son un recuerdo más... Antaño fueron míos.

—¿Eras boxeador, abuelo?

—No, mi niño, pero quise serlo en su día...

El yayo Alberto pasó las tres horas largas de trayecto hasta Valencia contándole a su nieto las mieles del noble arte. Le habló de los campeones que salían en las revistas que su difunto padre le traía de Francia, de los combates legendarios que narraban, de las técnicas, los golpes y las fintas pugilísticas que conocía; de su pasión olvidada aquella noche de septiembre de mil ochocientos ochenta y cinco, y volvió a ser feliz.

—Te enseñaré a dar unos golpes —le dijo en una de estas—, si tú quieres, claro.

El joven Josete asintió, fascinado por los secretos tan bien guardados que el yayo poseía. Estaba deseando regresar a casa y contarle a todo el mundo lo vivido durante esos días, pero, sobre todo, se sintió unido al anciano por primera vez en sus casi dieciocho años de existencia. El viaje había merecido la pena, aun no habiendo resuelto del todo el misterio del autómeta.



Once hombres sentados en torno a una mesa iluminada por once velas.

Once hermanos en silencio tras los salmos, palmas hacia abajo, mirada al cielo, ojos cerrados, esperan la palabra del Guardián de Oriente que preside la reunión.

Once almas temerosas de misterios.

Once mentes colmadas de conocimiento escuchan los latidos de la noche al compás de un solo corazón.

—Lo han vuelto a ensamblar —dice quien preside—. Está limpio y engrasado, todo encaja a la perfección.

—¿Y funciona? —quiere saber otro.

—Aún no —responde un tercero, a la derecha del primero—. Se ensamblaron los símbolos en el lugar señalado pero no responde, no se inmuta. Ni siquiera abre los ojos o da señal de vida.

—Algo nos hemos dejado —interviene el primero.

—Algo falla en la fórmula —continúa un cuarto—. Pero ¿qué?

Alguien mueve su silla y se agacha a los pies. De un zurrón de piel oscura extrae un cuaderno ajado por los años. Lo expone sobre la tabla y lo abre ante sí por una de las múltiples páginas marcadas con cintas doradas.

—Se han recitado los salmos —informa este—, tal como indica el manuscrito. La Muerte se ha transformado en Verdad y todo está donde debería... ¿qué nos queda?

—La traducción, ¿es fidedigna? —inquiere un sexto hermano—. ¿Estamos seguros de ello?

—Lo estamos —responden tres, al unísono.

El maestro se pone en pie, lóbrego el gesto, lúgubre la mirada.

—Volvamos a estudiarlo —dice él—. Repasad vuestras copias y volved en siete días —



sentencia—. Tarde o temprano daremos con la clave, y el gólem será finalmente nuestro.

Todos se levantan.

—Por la gloria de la hermandad —habla el Venerable.

—Por la gloria y la sabiduría —responden los hermanos.

El cónclave se disuelve y cada miembro abandona el salón en silencio ordenado. Cuelgan sus túnicas y se dispersan, abandonan el caserón, cada cual a sus quehaceres, cada uno a su casa.

Los hermanos tienen un cometido, un deseo, un anhelo común que llevan esperando más de nueve lustros. Y ahora, después de tantos años, lo tienen al alcance de sus manos.

Tan cerca, tan real, tan tangible que hasta duele.

La Logia de los Once Hermanos se hará por fin con el poder de la palabra, con el secreto del judío... o no, quién sabe. Pues quizás no encuentren el detalle ínfimo, la palabra exacta mostrada en el cuaderno del tío Moi.

## NO-DIARIO DE LA GITANA ENTRADA OCTAVA

Una de las partes más bonitas, quizá melancólicas, que se podría encontrar en el diario de la gitana, si existiese dicho cuaderno, pertenecería sin duda a la segunda etapa de su no muy larga vida. Y la llama de la esperanza se encendió al mismo tiempo que titilaba con fuerza la del dolor por haber perdido a su mejor amigo, por su culpa, por su osadía insensata y temeraria.

Aquella misma noche, casi al alba y en mitad del camino, Alberto detuvo los caballos y se la quedó mirando a los ojos. Le ofreció una manta y la tomó de las manos.

—Serás mi esposa en Granada —dijo en un susurro contra el viento—. Y Josito será mi hijo también. Le pondremos mi apellido, si tú quieres. ¿Qué me dices?

—No sé... —respondió Julia, soltándose de un tirón las manos—. Alberto, tú no sabrías quererme.

La mirada de los dos se cristalizó con el primer haz de luz de la mañana, congelando el agua de sus lágrimas.

—Tú me enseñarás —dijo él—. Te mereces ser feliz, Julita, y esta vez no pienso fallar.

Y juntaron los caballos y lloraron abrazados el uno al otro y la gitana no sabía qué era aquello que su cuerpo sentía al contacto del cuerpo de Alberto. Era tristeza y pena, felicidad y miedo, culpa y dicha y esperanza. Temor a perder aquello que abrazaba, a perder al niño que gimoteaba entre ambos.

Y aunque su vida fue sencilla y más corta de lo esperado, supo encontrar la alegría con Alberto y su familia. Fue tía dos veces y los niños fueron como un sol de frescor y sonrisa; y el andaluz, en su Granada querida, supo quererla y hacerla feliz. Supo estar en los momentos de flaqueza y recuerdos de dolor y también en los alegres y bonitos. Fue un gran compañero. Esto sí le hubiera gustado escribir o contar de algún modo a la gitana. Porque en el final, mientras repasaba su vida en la cama que la vería marchar, supo encontrar el orgullo de haber vivido siempre al ritmo de su corazón gitano.

Osado, irreverente y libre.

Porque ella, a pesar de todo, a pesar del tiempo, supo sentirse libre cada día de su vida; eso ni dios ni nadie osaría quitárselo.

Y esas sí, esas palabras y sentires son los que deberían estar en el supuesto cuaderno privado de la vida de Julia, la gitana de Buñol.

## LA FUERZA VIVA

### FÁBULA

Las ranas y luciérnagas jugueteaban en la maleza más profunda, campaneando y titilando con sus luces y zumbidos nocturnos, cuando algo irrumpió con zafios gestos su danza mágica y ancestral.

Un ser humano avanzaba presa del tiempo que lo perseguía, pisoteando a su paso las briznas altas, los brotes tiernos. Hundiendo los guijarros en el fango con sus pies, quebrando el ramaje sin inmutarse por ello.

Alcanzó el corazón del bosque primigenio por puro azar. O quizás venía buscando aquel lugar, a sabiendas de lo que encontraría: un pequeño claro encharcado, coronado por una roca milenaria cubierta de líquen y musgo fresco.

Un lugar sagrado.

Un lugar repleto de vida antigua, que resistía al paso del tiempo al mismo ritmo, con el mismo tesón, que el bosque que lo protegía.

La luz del satélite penetraba por entre las hojas de los árboles que, silenciosos, observaban cómo el humano se adentraba allá donde ningún otro había logrado llegar.

Aquel calvero era secreto, Mitago y oculto para el común de los mortales. Y también era pequeño, ínfimo en comparación a lo que un día llegó a ser, cuando la masa vegetal inundaba las praderas, las colinas y los montes más altos. Mucho antes de que las cosechas y el ganado infectaran el paisaje agreste que fue en su día.

Un lugar eterno que perduraba a pesar de la mano del hombre y que, en kilómetros de distancia, representaba un bastión hasta entonces inexpugnable.

Hasta entonces, solamente.

Hasta el momento en que la brutal criatura lo descubrió, acero en mano, para mancillar y arrancar por una pasión mortal la entraña que lo alimentaba todavía de vida etérea.

El hombre alcanzó la roca que reinaba en el centro y trepó sobre ella dispuesto a extirpar con su hoja el último retazo de frescor de aquel ente vivo de floresta.

Dispuso la navaja y la hundió en el mullido musgo, arañando la piedra, separando la vida latente del inerte y frío sustento.

—*Detente mortal, por lo que más quieras.*

El espíritu reinante del lugar no pudo contenerse ante semejante sacrilegio y, rompiendo las leyes de lo efímero, se mostró ante los ojos del incrédulo intruso.

—*No lo hagas, te lo ruego.*

El hombre, asustado ante la presencia luminosa de Cernunnos, se detuvo.

—¿Quién eres? —preguntó, cuchillo en mano—. ¿Qué quieres de mí?

La presencia forestal adoptó la forma de un majestuoso ciervo erguido sobre sus patas traseras. Quiso acercarse pero decidió mantener distancia ante la mezcla de pavor y decisión del

importuno mortal.

—*Soy la eternidad latente* —contestó—. *Soy el todo y la nada, el tiempo pasado, presente y futuro de este bosque, y tú, simple mortal, estás a punto de cometer un daño que bien podría ser irreparable. ¿Por qué deseas arrancar una entraña tan esencial para nosotros? ¿Por qué, humano cruel, pretendes desprender el último vestigio de frescura de este bosque? ¿Con qué derecho? Contesta.*

—Por amor —respondió el hombre—. Porque he hallado la manera de dar vida a lo inerte. Porque con las palabras de poder no será suficiente. Porque ya encontré la verdad que le inyectará voluntad y obediencia, la obtuve del poder de la palabra. Pero necesito la fuerza de la materia para aportarle energía. Porque el musgo es el único vegetal, la única fuerza viva en la materia de por aquí que se alimenta sin la luz del sol y, donde lo pienso usar, jamás brillarán sus rayos.

El hombrecillo abrió un libro ante sí y, sin mediar palabra, se puso a leer en voz alta:

—La materia cobrará vida cuando tus órdenes escribas. Cumpliré con lo que digas y la fuerza tornará vida.

Cerrando el cuaderno de sopetón, se encaró al espíritu.

—¿Comprendes, luz del bosque? Necesito materia viva, fuerza natural para que mi creación cobre vida. No hay otro modo.

—*¿Tan fuerte es ese amor por el que vas a mancillar un lugar cuasi extinto y sagrado?*

El espíritu del bosque se acercó al hombre hasta que este pudo sentir su energía salvaje. Una llama helada comenzó a cegar las retinas del humano.

—*Pagarás un alto precio si osas cumplir tu cometido. Te lo advierto, mortal.*

—Estoy dispuesto a todo por amar libremente —dijo él—. Daría mi vida por conseguir lo que deseo. Y lo que deseo pasa por sacar adelante los proyectos de mi amado. Solo así podremos vivir nuestro sueño.

—*Podría destruirte en este instante, si quisiera. ¿Eres consciente, mortal?*

—Hazlo, si eso te complace. O no lo hagas y permite que consiga mi objetivo. ¿Qué me pides a cambio?

El ser etéreo disminuyó su energía hasta diluirse casi por completo en la atmósfera. Después de un momento de silencio sostenido, volvió a refulgir con intensa luz.

—*Si decides llevarte la esencia de este corazón, tu suerte cavará su tumba en este preciso lugar. Aquí hallarás la muerte y, con ella, devolverás ese retazo al lugar que corresponde. ¿Aceptas?*

El hombre no se lo pensó.

—Acepto de buen grado —dijo.

E hincó el acero hasta lo más profundo con un rápido tajo. Sesgó la unión de roca y vida sin titubeos hasta dejar pelada la piedra bajo la luna.

—Por él, por nuestro amor y vida juntos, sacrificaré mi alma si es necesario. Asumo el pacto no firmado hasta el día de mi muerte.

—*Que así sea.*

—Así será.

El hombre recogió el retazo de musgo y abandonó el lugar temeroso y esperanzado. Sabiendo que, aquella noche en que el verano llegaba a su fin, su vida quedaba acotada a un espacio de tiempo limitado.

Un tiempo precioso que no pensaba desaprovechar.

Un tiempo inexacto en que viviría al límite el amor que la vida le había regalado.

Un amor prohibido.

Un amor imposible en tiempos de mentes cerradas, murmullos y falta de comprensión hacia los semejantes.

—*¿Por qué has permitido que el humano arranque el verdor?*

La luz de una brizna se materializó sobre la piedra donde segundos antes estaba arraigado el fresco musgo.

—*Porque el amor, amiga mía, es el único sentir del hombre que merece la pena recordar, cultivar y proteger. Porque ese amor que nuestro débil ladrón siente es puro como la nieve, sólido como la roca y flexible como la hierba verde de las praderas.*

—*¿Cuánto tiempo le has otorgado?* —preguntó el hada.

—*Seis lunas. Ni una más.*

—*¿Morirá aquí, entonces?*

—*Morirá* —contestó el espíritu—. *Y, tras su muerte, dejará consigo lo que se ha llevado. Tal es el precio convenido.*

—*No lo comprendo* —dijo el diminuto ser de luz.

—*¿Qué no entiendes, dichosa criatura?*

—*Si tanpreciado es el sentimiento del humano; si tan puro lo consideras, ¿por qué arrebatarlo en un periodo tan ínfimo para su existencia? El tiempo es lo más valioso que poseen los mortales y ellos, los humanos, lo perciben mejor que ninguna otra criatura. Si muere en seis lunas, aquello por lo que ha apostado no valdrá nada. Pues para él no habrá sido más que un suspiro de felicidad. Si su intención es cierta, ¿no merece vivir el amor en plenitud eterna?*

El espíritu reinante guardó silencio, sopesó las palabras de su amada compañera y, tras meditarlo unos segundos, respondió:

—*No falta razón en tu pensar, pequeña amiga. Si arrancar esta esencia eterna sirve como aliento para un sentimiento tan puro entre dos mortales, el humano merecerá vivirlo en toda su grandeza.*

El rey de la arboleda avanzó suspendido por entre la maleza y el hada lo siguió en silencio. Alcanzaron el linde cuando aún se veía caminar al hombre hacia el pueblo del que provenía.

—*Ve con él, querida mía* —susurró el rey del bosque—. *Acompaña a ese ser y otorga vida a sus pasiones. Así sabremos si su palabra es promesa y verdad de amor. Sabremos cuánto arriesga y cuánto no. Ve ahora. Pronto nos volveremos a encontrar.*

El hada voló fuera de la foresta, atenuando su fulgor para no ser vista, y alcanzó al mortal, introduciéndose en el musgo. Viviría en aquel pedazo de bosque eterno y observaría los quehaceres del humano. Llenaría de vida y luz aquello por lo que él tanto arriesgaba, el tiempo que fuera necesario.

El hombre lo encerró en metal. Y su energía dio vida y movimiento a los engranajes, permitiendo así que la máquina se moviera con la voluntad de la palabra. Y el hada pensó que eso era bueno.

Pero poco tiempo después la máquina llegó a su bosque y, sirviéndose de una enorme hacha, comenzó a sajar la vida del lugar que hasta entonces fuera mágico y eterno.

El gran espíritu reinante vio la barbarie atenazado de terror e incompreensión, y entonces supo que no era amor lo que el hombre pretendía con el sacrificio, sino codicia, egoísmo y obsesión. Quiso liberar a su amiga pero el poder de la palabra se lo impedía, manteniéndola presa en aquella jaula de cobre y acero.

Las criaturas que habitaban la floresta escaparon del lugar. Muchas encontraron la muerte bajo el fuego de los hombres, otras perecieron al quedar desprotegidas, expulsadas de su entorno. Las demás huyeron y jamás regresaron; y el espíritu reinante perdía fuerza y esencia con cada vida arrancada de su bosque, con cada árbol talado, con cada piedra colocada sobre el suelo que hasta entonces albergaba alma pura y naturaleza.

Impotente, decidió seguir los pasos del humano y de su máquina. Apagó por completo su luz para no ser descubierto, para guardar energía en aquel sitio de piedra y madera muerta, y esperó. Esperó en silencio mientras veía como la esencia de su bosque era usada para fines interesados.

Fines puramente humanos.

Y una noche, seis lunas después del engañoso trato, encontró la manera de vengarse del mortal.

Aquella noche, el poder que le había sido entregado fue usado para el acto más vil que el ser humano es capaz de hacer en su consciencia: arrebatar la vida a un semejante. Una profunda y terrible tristeza se apoderó del espíritu.

Tras el asesinato, unos hombres lo buscaban. Cinco entes sedientos de venganza y muerte pretendían atrapar al hombrecillo mentiroso, pero no daban con él ni con su máquina metálica. El regente espíritu puso remedio y, colocándose sobre una huella dejada por el mortífero invento, dejó que su luz se viese en la oscuridad.

Pronto llamó la atención de los ofendidos y estos llegaron hasta el rastro que estaba oculto en la maleza. El señor del bosque avanzó y volvió a señalar el lugar por el que habían huido hombre y máquina.

Los condujo hasta los muros donde antaño medraba su bosque. Ellos hicieron el resto y, tal y como se acordó, el joven encontró la muerte en el lugar exacto donde estuvo arraigado el fresco musgo.

Años más tarde, hombres modernos desmontaron la creación del humano y se llevaron el metal con el que había sido construido. La vida que creció en el interior de la máquina fue dejada allí y se propagó por los rincones sombríos del cementerio, habitando el lugar que, desde que el tiempo es tiempo, le corresponde.

Y el tiempo y el bosque saben que no importa si los árboles desaparecieron casi en su totalidad. Porque el pasar del tiempo es una condena, una cruz bestial que se arrastra por el suelo y asola todo aquello que toca.

Y porque el bosque es un ente que resiste desde el albor del tiempo, que utiliza esa cadencia inabarcable para medrar y hacerse más fuerte, magno y vigoroso, frondoso y vivo. Y aunque el hombre persista en destruir su hábitat, finalmente caerá dejando a la naturaleza continuar con su obra, haciendo de nuevo grandes a los bosques, poderosos los robles, sinuosos los ríos, crujiente la hojarasca, frescos el musgo, los líquenes y los hongos que habitan bajo tierra.

Y todavía hoy, después de tantos años, numerosos papeles se dispersan y descomponen en la tierra del camposanto que un día fue bosque primitivo.

En cada papel, una orden escrita con caligrafía ligera y sutil, ordenada.

En todos menos en uno. Pues hay un mensaje hecho a trompicones en un recorte arrugado: nueve palabras mal trazadas, garabatos apenas comprensibles por el temblor de la mano que las escribió, rezan:

*Mata a Roberto Cotino... y a todos sus bastardos.*

## **AGRADECIMIENTOS**

Quiero agradecer en el alma el apoyo prestado por todas aquellas personas que han estado aquí, conmigo, a la hora de escribir y dar redondez a esta historia.

En especial, no quiero dejar de mencionar a Elia Barceló, a Natalia Calvo y a Román Sanz, pues sus palabras, correcciones y consejos me han servido de lámpara en la oscuridad.

Tampoco me podría perdonar si olvidase a las personas que aportaron —sabiduría— como lectoras cero. Gracias a ellas he podido identificar muchos flecos antes de dar por terminado el libro.

Ellas son: Susi Blasco, Silvieta, Itziar Tejedor, Julio Negueruela, J. Luis Pinar Cózar, Antonio García, Teresa Ingelmo, Ruth Collado, Ian Eisterer, Verónica Ortiz, Jorge Serrano y Carmen Tadeo.

Os estaré eternamente agradecido.